

868

0764re

A 467125

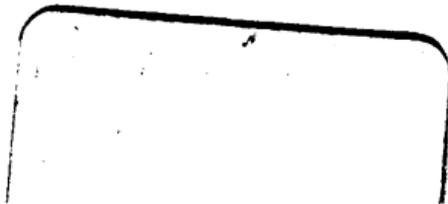
PROPERTY OF

*University of  
Michigan  
Libraries*

1817



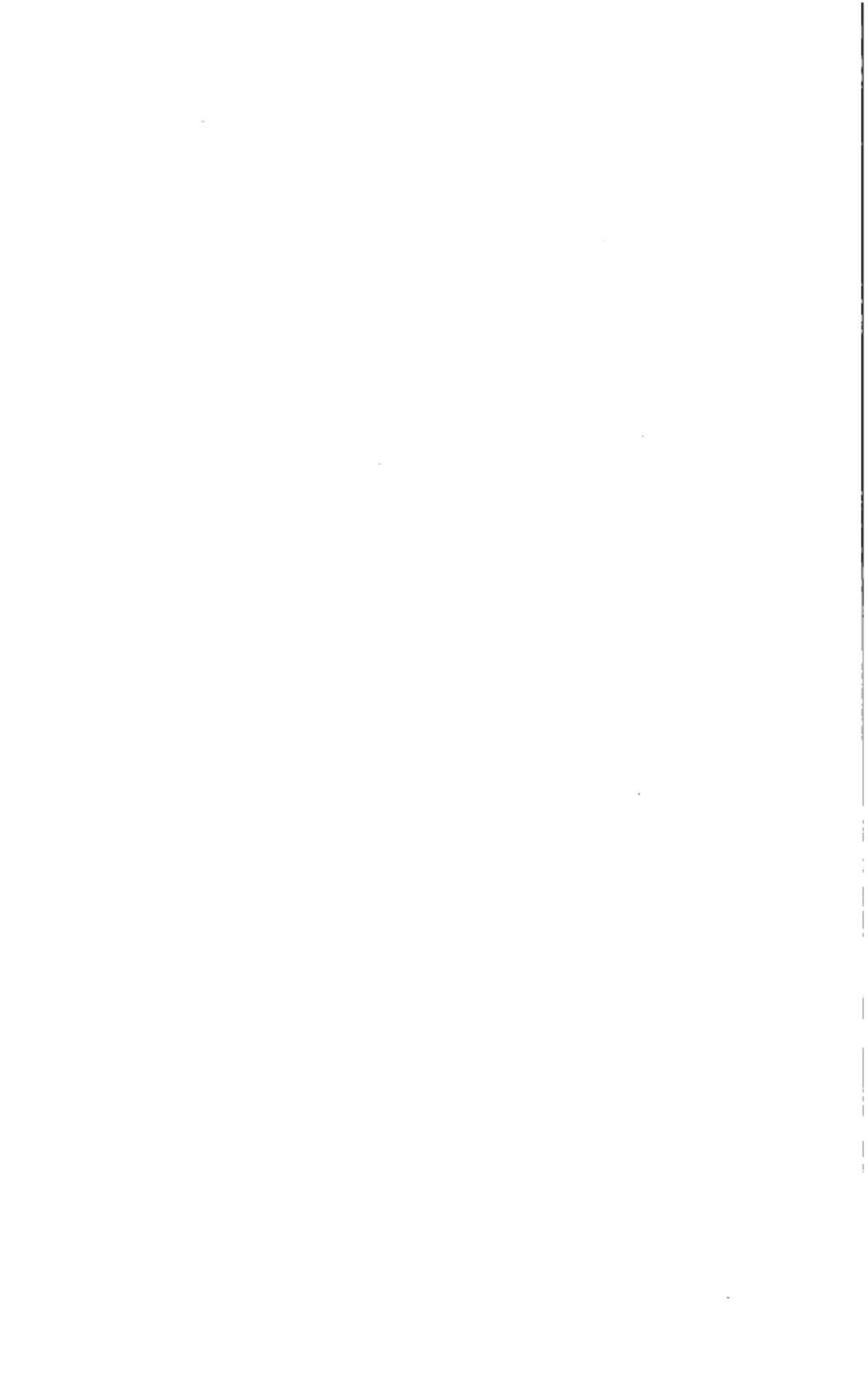
ARTES SCIENTIA VERITAS











J. Ortega Munilla

—

RELACIONES CONTEMPORANEAS.

MCMXIX

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

---

**ES PROPIEDAD**  
**Copyright by Calpe, Madrid, 1919.**

---

---

el expresamente fabricado por **LA PAPELERA ESPAÑOLA.**

J. ORTEGA MUNILLA  
de la Real Academia Española.

# Relaciones contemporáneas

NOVELAS BREVES



MADRID, 1919

UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARIES

868

0764re

79465

## ITINERARIO PARA ANDAR POR ESTAS PAGINAS

---

*Lector: estas RELACIONES largas y cortas, que te ofrezco, sólo pueden tener un interés: el de las mudanzas de un espíritu aficionado a las bellas letras que, a través de los tiempos, casi medio siglo, ha ido recibiendo el influjo de las modalidades novelescas, así las de España como las del Extranjero. Yo nací al mundo del cuento bajo la inspiración de Dickens y de Pérez Galdós. A las veces pasaban por mi cerebro los relámpagos de la antigua literatura, la de Balzac y la de Victor Hugo. Buscaba siempre una afirmación definitiva, una casa en que vivir, un país del que pudiera ser ciudadano. Bien que, en ocasiones, sintiera yo vibrar en mi cerebro un hálito personal, la timidez que me envuelve, como estrecha túnica, me obligaba a seguir y copiar modelos autorizados.*

*Pero en el curso de los días fueron apareciendo novedades impresionantes, y ellas me hirieron de suerte que estuve a punto de caer en las simas del naturalismo. Eran los días de lucha y de gloria de Emile Zola. Estoy seguro de haber sido uno de los primeros españoles que leyeron L'Assommoir* -1. moma

*en que esa obra atrevida, magna en sus proporciones, honda en su intención, maravillosa en su desarrollo, emocionaba al mundo. Y yo sentí esa atracción, sin advertir que mi ingénita calidad era incompatible con el esfuerzo vigoroso de aquel hombre triste que ni siquiera ha conseguido el respeto de sus compatriotas. Aunque ello no importe a nadie, he de confesar que en aquella dolorosa y laboriosísima juventud mía la zozobra llevaba el timón de mi navecilla; y hoy me seducía un estilo, mañana el contrario. Leía los versos y las prosas, que son versos también, de Víctor Hugo, y soñaba con Esmeralda. Me abismaba en las fábulas balzacianas, y pasaba meses cortejando a la protagonista de *Le lys dans la vallée*, aterrándome con las energías dominadoras de *Trompe-la-Mort*, y doliéndome con las desdichas de César Birotteau. Otros días leía y releía las leyendas prodigiosas de Walter Scott, o las pesadillas alcohólicas de Edgardo Poe, cuando no sonreía sobre las fragancias de Teófilo Gautier, el máximo estilista.*

*Pero volvía de continuo a los antiguos amores, a las lecturas iniciales de mi infancia. Desde los ocho años me era familiar el Quijote. En una gran desventura que yo sufría, la de perder a mi madre, hallé consuelo posando en la casa del Caballero del Verde Gabán. Cuanto hay en esta parte del Libro Único de nobleza cristiana, de dignidad española, de generosidad sublime, fué parte a levantar mi ánimo encogido, el de un niño que, al verse sin madre, dudó si debía acompañarla u la otra vida. Y luego, cuando*

*el maestro Galdós creó la novela española, encontré en él lo que yo buscaba inútilmente: orientación y guía.*

*Y, sin embargo, yo, que no me sentía capacitado para la ardua empresa de la creación literaria, no hubiera escrito nunca, si no hubiera aparecido un día en los escaparates de Durán, la vieja librería de la Carrera de San Jerónimo, una novela que se titula Pepita Jiménez. En aquella forma, al mismo tiempo castiza y fácil, analítica y descriptiva, riente y profunda, encontré un estímulo que puso la pluma en mi mano... Valera es el culpable.*

*Por eso soy escritor, por eso llevo tantos años empeñado en una lucha en la que aún no he logrado la victoria; y el no haberla logrado, y el que yo me sienta aún con el anhelo del triunfo, es el único motivo de orgullo que palpita en mi vida: porque es singularmente rara y peregrina una vocación que se contenta con benevolencias corteses y nunca ve abiertas de par en par las puertas de sus ambiciones.*

*Claro es que contribuye a mantener en pie mi vocación el hecho de que he vivido siempre en funciones ajenas a las literarias. He sido, soy periodista, el narrador del suceso, su comentarista, el hombre andariego que hoy tiene que describir el incendio de la Real Armería y mañana el crimen de la calle de Fuencarral; ya un debate en que Salmerón y Cánovas contienden, ya la muerte de un rey, el olvidado Alfonso XII; y en esta labor frenética, que quita el sueño, que aparta de la familia, que aleja de los libros, que destierra de los ideales, cómo ha de haber*

*espacio ni ha de haber serenidad para escribir lentamente, amorosamente, escuchando los latidos del corazón y convirtiéndolos en párrafos?... Es imposible.*

*Y he creído necesario referir estas intimidades, porque sin ellas no sería comprensible al lector la mudanza de conceptos, la rectificación de estilos, el ir y venir de mi fantasía a través de las páginas que siguen.*

*Si la audacia y la vanidad tuvieran en mi alma morada en que albergarse, la memoria de cómo hice lo que he hecho cerraría esos albergues. Y a los que me lean, si son jóvenes y sienten el noble frenesí de las artes, les aconsejaré que no se anden en vacilaciones, que elijan una senda, buena o mala, y por ella caminen sin volver la vista atrás. Para los tenaces no hay error posible. Para los volubles y tornadizos, hasta el triunfo es incompleto y lleva en los esplendores manchas y sombras.*

*Sirva esto de anotación al itinerario de mis trabajos, que, llevando cada uno de ellos la indicación del año en que fué lanzado al público, señala los momentos de la duda y la ocasión de los entusiasmos.*

*Pero aún será precisa otra explicación: la de los descuidos en el estilo, la de las equivocaciones gramaticales, la de las ignorancias de la osadía... Es que todo lo que he escrito fué tiempo robado a deberes diarios, al improbable esfuerzo del periódico. Nunca tuve reposo, y siempre viví en la improvisación. Cuentos y novelas fueron engendrados como los fru-*

*tos del amor furtivo, ocultándome yo para realizarlos, porque me reclamaban los incidentes de la vida política, la imprenta del diario, la polémica ardua y sañuda de los que, defendiendo causas ajenas, ponen en ella la sangre propia.*

J. ORTEGA MUNILLA.

*Febrero 1919.*

---



# ELADIA

(RETAZOS DE UN CUENTO)

---

Parecía Eladia la representación de la generosidad, con ambas manos llenas de trigo que echaba sobre el inquieto y voraz averío de aquellos corrales.

Vestía de negro; falda de merino, que iba rozando con el suelo; pañuelo de seda, del mismo color, con lunares blancos; cuerpo ajustado, que delataba la suave y poco desarrollada curva del seno, y el talle sutil y derecho como un álamo joven. Su rostro era blanco-mate; sus labios, finos, y su nariz, ligeramente aguileña, presentaba en el promedio de su delgada línea una pequeña prominencia, que prestaba a todo el conjunto de las facciones sello de dignidad y nobleza. Sus ojos eran pardos; los dientes, ebúrneos; las pestañas, largas, diseñaban la figura del arco, moviéndose con gracioso mariposeo al parpadear. Así era Eladia.

—¡Vamos, hambrientos!—dijo dirigiéndose a media docena de palomas que frente a ella movíanse torpemente y arrastraban sobre el suelo el plumoso buche—. ¿Cuándo os cansaréis de comer?

Las palomas contestaron con un arrullo, como manifestando esta idea:

«Dame pan y llámame hambriento.»

Y la señorita Eladia metió las manos en los bolsillos de su delantal de lana y las sacó llenas otra vez de trigo. Alborotóse el averío; las gallinas quisieron tomar a picotazos las primeras posiciones; un capón—que así se le llama—, enderezando sobre una pata su inútil vida, meneó la cresta, hízola caer a un lado y a otro, y lanzó de su pecho un cacareo ministerial, que podía traducirse: «¡A mí, que soy tan obediente y pacífico, no me olvidará usted!» Los gansos reclamaron también su parte, y hasta los pavos hicieron la rueda, como hombres que piden algo.

—¡Ea! Se acabó. Ya no hay más—afirmó Eladia, dando resueltamente algunos pasos hacia la puerta.

Luego volvióse a las bardas del corral más cercanas, y asomando su rostro por encima, miró al camino.

Era una faja polvorienta que, serpeando en ondulante línea, perdíase a lo lejos en los altibajos del montuoso paisaje. No se veía un árbol ni una mata. Rastrojos agostados por la derecha; prados sin verdor por la izquierda, y allá, a lo último del horizonte, una cumbre nevada que hundía su cabeza en las nubes grises de un celaje torvo y amenazador.

—Ya son las cinco—pensó Eladia, mientras sus manos arrancaban del lomo del bardal unos hier-

bajos parásitos que allí crecían—. A las tres salió de Casanueva. A las cuatro habrá pasado por la Galianilla, donde le esperaba mi padre... ¡Poco tardarán!

Después miró al cielo con atención profunda. Así se mira cuando se medita.

—¡Qué tonta soy!—exclamó casi casi con la boca—. ¡Qué impaciencia la mía! Si mi padre penetrase lo recóndito de mi ser, se quedaría absorto y asombrado. ¡Qué es lo que aguardo con tanta ansia? ¡Qué es lo que espero?... ¡Calma, calma, calma! ¡Qué adelanto con mirar una y otra vez? ¡Veremos quién puede más, si mi voluntad o mi corazón! Ahora me entro en mi cuarto, llamo a mi hermana, y me pongo a bordar. Aun cuando tarden una y cien horas, no he de dar señales de impaciencia... ¡Qué señales? ¡Ni he de sentirla tampoco!

Hízolo como lo pensaba la simpática señorita, y atravesando el corral, subió una escalerilla de piedra que conducía a la casa, en cuyo aspecto exterior observábase todos los rasgos de la vivienda de un hacendado rural. Había en ella dos pisos, un tejado invadido por hueste trepadora de jaramagos y parietarias, mucha ventana de diversos tamaños y anárquica distribución, balcones corridos de mohoso hierro, dos corrales y un jardín, único paraje frondoso en aquellas diez leguas a la redonda.

Por el interior advertíase en las habitaciones mucha desigualdad en el mueblaje y adorno. En unas salas veíanse muebles de última moda, piano verti-

cal de siete octavas, con su músico de palo santo; arañas de cristal y butacas enfundadas. En otras partes, desnudez completa en las paredes, bancos de pino sin pintar, viejos arcones cuyas bisagras chirriaban al abrirse, y aquí y allá, pendientes de las paredes, collerones de mulas, montones de varas, azuelas, palas y utensilios agrícolas.

Eladia anduvo por el largo pasillo que llevaba a su alcoba, y al entrar en ella, dijo con entonación cariñosa:

—¿Dónde está esa perdida? Me dejas sola, Narcisca, y me desespero esperando.

—¡Ja, ja, ja! ¿Estás impaciente?—repuso la voz dulcísima de otra señorita.

—¿Yo?... ¡por papá!—contestó Eladia, echando una furtiva mirada al espejo, donde se retrató su faz, teñida súbitamente de carmín.

—¡Por papá..., por papá! ¡Picarilla! ¡Qué poca confianza tienes en tu hermana!... ¿Y ese señor don Angel Garrido, no te inspira interés ninguno?

—¡Vaya! ¡Fuera una solemne bobada! ¿Le conozco acaso?

—Le conoces de nombre, de referencias... y de fotografía, que es conocerle poco menos que de vista. Sabes que es un señor promotor fiscal de mucho talento, que tiene ojos negros, barba negra y traje negro; aquello, porque Dios quiso dárselo; esto, porque acaba de morir su madre, buenisima señora, que está, sin duda, donde la nuestra, en el cielo... Todo esto sabes... y algo más que me callo... Sabes que viene a vistas con el intento de que le conoz-

cas personalmente y le trates... ¿en suma, para casarse contigo!

—¡Calla, calla, charlatana! ¡Qué suelta tienes la lengua! ¡Has venido del colegio hecha una oradora!—replicó Eladia, sentándose en las rodillas de su vivaracha interlocutora.

—¡Quieres que siga hablando y me dices que calle! Comprendo tu modestia, tu temor, tus ruborillos... cuando hay gente delante. ¡Pero ahora, cuando estamos solas, yo sentada en mi silla y tú sentadita en mi falda... cuando están nuestras caras tan juntas!...

Así era verdad: los rostros de ambas muchachas tocábanse casi, y sin casi se tocaron cuando Eladia, para poner fin al discurso de su hermana, posó sus labios en los de la habladora, imponiéndoles silencio con aquella dulce mordaza. Fué el beso de la rosa y el coral que nos refiere la fábula árabe. La boquita pequeña, levemente coloreada, de Eladia, selló una vez y otra vez los labios rojos de Narcisa, y durante un breve rato sólo se escuchó en la estancia ruido de besos.

—¡Quieres que vayamos al jardín?

—Sí—dijo Narcisa—. Subiremos al mirador, y desde él podremos dominar toda la campiña... En cuanto veamos el polvo de los caballos, bajaremos a nuestro cuarto, y allí nos pondremos a bordar, a coser, a regar los rosales, a limpiar las jaulas de los canarios, a... a cualquier cosa, a fin de que no se figure ese prodigio, ese Séneca, ese Adonis... pues de prodigio, de Adonis y de Séneca tiene dor

Angel... a fin de que no se figure que le aguardamos con impaciencia... ¡Quiérele mucho, pero no se lo demuestres!

—¡Muchacha! Tú sabes más de la cuenta... No es bueno el disimulo... sobre que no hace falta, pues no hay en mí tal amor, ni tal...

—¡Volvemos a las andadas? Eres incorregible. No disimules, no finjas.

—Tú eres quien me propone el fingimiento.

—Sí, ¡para ocultar el amor que finges no sentir!... ¡En marcha!

Levantáronse las dos señoritas, y tomando dos pañuelos de seda, echáronselos sobre las gentiles cabezas. La de Narcisa era pequeña y no ofrecía facción notablemente hermosa, porque si sus ojos eran vivísimos, negros, fulgurantes, en cambio no tenían grandor extraordinario; si su nariz era bella, fina, de ventanas nacaradas y movibles, en cambio parecía harto chica para armonizar con la anchura y despejo de la frente; si su pelo era negro como el de Cloe, no tenía aquel brillo de grano de mirto que Longo atribuye a la amante de Daphnis. A pesar de esto, mirar a Narcisa y sentir el influjo magnético de la simpatía era obra del mismo instante. ¿Debía atribuirse este hechizo al fuego de sus ojos o al de sus labios? ¿Era la luz de su mirar inteligente, límpido, sereno y claro, o alguna fuerza misteriosa y desconocida, especie de electricidad del alma, que descargaba sus corrientes alrededor de sí, colocándola en una atmósfera de atracción inevitable? Por ahora no sabemos decidir el caso.

Tal vez los sucesos de esta historia nos entreguen la clave del secreto.

Narcisa y Eladia entraron en el jardín, que era grande, y se perdieron en las numerosas obscuridades de su alameda, donde mil pájaros piaban, cantaban y reñían entre los árboles.

—¡Eh, señores pajarillos!—dijo Narcisa mirando a lo alto de los árboles—. ¡Casta endiablada de murguistas, Apolos con alas, tunantuelos holgazanes, guardad silencio!

Cuatro o cinco de los interpelados salieron de la copa de un plátano y fueron a esconderse en la elevada cima de un álamo blanco, cuyas hojas bicolores agitábanse mansamente, mostrando, ora la carita blanca, ora la oscura, al modo de niña coqueta, que ya nos enseña su rostro enojado y sombrío, ya sonriente, luminoso y sembrado de dulces hoyuelos por la sonrisa. Desde su nuevo escondite reanudaron la inarmónica sinfonía de pitidos, gorjeos, trinos y arrullos. Tórtolas, verderones, pitirrojitos, calandrias y mirlos andaban por allí en graciosa bandada. También el romántico, el poeta melencólico, el galán... ¡el ruiseñor digo! hacía arpeggios, modestamente escondido en lo más intrincado del follaje, y el gorrión procaz, y la abubilla de largo pico y ojuelos de señorita, y la orgullosa oropéndola, que busca las soledades, revolaban en lo obscuro de la arboleda... Todos sonaban sus instrumentos canoros, y parecía que estaban enredando una madeja musical, o poniendo en cifra los delirios de Paganini. Ya se podía creer que disputa-

ban, haciendo acudir al pico las razones; ya que, agotadas éstas, se insultaban retándose a singular batalla; ya que hablaban de amores, y entonces era de ver cómo del grupo más numeroso salían volando, por distintos lados, dos pájaros, para ir a decirse en secreto algo que está mal decir «coram populo».

—Hija mía—dijo Narcisa, parándose delante de Eladia, después de haber andado algunos pasos—. Aquí no se puede vivir. Si no fuese por nuestro pedazo de jardín, verdadero oasis de este Sahara, a que llamamos la Mancha, yo me ahogaba, me moría.

—¡Qué exageraciones! ¿No he pasado yo mi vida en este pueblo? ¿No he vivido, durante los cinco años que estuviste en el colegio, sola, completamente sola, sin compañía de nadie, sin distracción de ninguna clase?—repuso Eladia.

—Es que tú eres de la madera de los mártires. Todo lo encuentras bueno... No comprendo la vida en este lugarón. Voy a hacerte la pintura de las felicidades que puede proporcionarnos... Pero andemos y hablemos al mismo tiempo.

—Vamos donde gustes—repuso Eladia, sonriendo y echándose aire con un abanico.

—Primera distracción—continuó Narcisa contando las distracciones por los dedos—: pasear por el jardín. Segunda distracción: sentarse en el jardín. Tercera distracción: volver a pasear por el jardín susodicho... Y así sucesivamente... ¡Ah!, se me olvidaba. Además, se puede gozar mucho, muchí-

simo, recorriendo los barbechos y destrozándose los pies en sus endurecidos surcos, cegar con el reflejo de un sol que echa lluvia de rescoldo sobre la tierra, respirar el ambiente polvoroso, y morirse de tedio después de disfrutar estos encantos de la bella naturaleza.

—Pero, Narcisa; prescindes de uno de los principales placeres nuestros.

—¿Cuál?

—El de la vida de la familia.

—¡Como si la vida de la familia no fuese igualmente agradable en la Mancha que en Madrid! ¡Como si fuesen incompatibles la vida del hogar, el cariño de mi excelente, de mi excelentísima hermana, y el de mi papáito, con los encantos de las grandes ciudades!

—Tanto como incompatibles, no digo; pero confiesa que... un poco reñidillos sí están. Si se vive mucho fuera de casa, algo hay dentro de ella que se queda frío. El tizón que arde en la calle no calienta el hogar.

—¡Filosofía! Yo estoy por las cosas prácticas. Puede arder la mitad del tizón en la calle y la mitad dentro de casa... Me parece que te he vuelto bien la pelota.

Habían llegado al sitio del jardín que se llamaba «El Mirador», y que no era otra cosa que una elevación del terreno que formaba un a modo de montículo, sobre el que estaba un banco de hierro. Rodeábanle diversas plantas de flor olorosa, que, mustias y marchitas por el calor del día, exhalaban su

aroma en el aire quieto y pesado de la bochornosa tarde.

—¿Ves el camino?—dijo Narcisa—. No viene nadie.

—¡Aun no!—repuso Eladia.

—Ahora se levanta un poco de aire... Mira cómo se menean las grandes aspas de los molinos de viento.

Meneábanse, en efecto, las ruedas de tres molinos que en la lejanía más remota se columbraban, y con sus brazos extendidos y su montera de plomo inclinada hacia la derecha por el batir de los temporales parecían una cuadrilla de matones embravecidos, puestos allí para amedrentar al mundo, retando a riña a todos los valientes. Más abajo extendíase el campo infinito, abierto, igual, y sus tonos rojos y pardos no se veían alterados sino por algún manchón blancuzco de peñascos, o por la obscuridad de tal cual zarza silvestre.

—Ni viene ni asoma—dijo Narcisa con tono humorístico.

—Hacia Los Cabezuelos veo un caballo que corre.

—¿Serán ellos?

—No, porque han de venir tres caballos: uno el de mi papá, otro el de don Angel, y además el que trae Toñuelo con los equipajes.

—Entonces, ¿quién es ese jinete?

—Sin duda es don Melitón, el diputado provincial, que viene de Ríonegro.

—¡Uf!, ¡qué hombre más cargante!... El es, sí...

Ahora distingo su caballo blanco y su gran sombrero de paja.

Los Cabezuelos eran tres grandes peñascos de forma esférica que había a la derecha del camino, sobre una pequeña altura; y cerca de ellos venía un jinete, de desgarrado talle, flaco y huesudo como Don Quijote, cuyo Rocinante, peludo y trotón, hacía sonar, andando, el hierro del freno. Traía el jinete polainas de cuero, espuelas viejas y herrumbrosas, borceguíes blancos llenos de barro, y un gabán que, llenándose de aire, a manera de vela latina, con el andar del caballo, aumentaba la extraña apariencia del señor diputado.

Eladia le veía avanzar, y cuando estuvo cerca de la tapia del jardín, púsose en pie para saludarle.

—¡Hola, buenas mozas! ¿Cómo estáis? ¿No ha venido vuestro padre?—preguntó don Melitón, refrenando el feo jaco.

—Aun no. Y ya esperamos con impaciencia.

—Ha sido una locura ir hasta La Galianilla sin llevar gente armada—afirmó el diputado.

—¿Hay algún peligro?—preguntó Narcisa con gran anhelo, mientras que Eladia daba a entender en su semblante la ansiedad con que esperaba la respuesta.

—Si he de hablaros con franqueza, le hay... Esos secuestradores... Esa compañía de muchachos de temple que capitanea Luisillo Cien Reales.

—¿Y andan por aquí hoy?—preguntó Eladia.

—¿Quién sabe dónde andan?—dijo el diputado, acariciando con una mano el cuello del Rocinan

te—. Esos pájaros, de un vuelo se van de esta provincia a la de Ciudad Real, y de otro vuelo se vuelven. Pueden más que el diablo.

—¡Dios mío!—exclamó Eladia—. ¡Que no los hayan encontrado!

—Pero, señor, ¿no hay autoridades?, ¿no hay Guardia civil?—interrogó con indignada voz Narcisa.

—¡Ta, ta, ta!—repuso don Melitón—. ¿No te he dicho que pueden más que el diablo? Gracias que los chicos son gente de buen sentido, y a las autoridades nos permiten circular libremente. Si no fuese por su condescendencia, llegaría a Villar Don Lucas el correo una vez al año.

—Pero eso es una infamia—balbuceó Narcisa—. Eso es vivir gobernada por bandidos.

—No tanto, no tanto, señorita... No os llenéis de temor anticipadamente. Aun no es tarde. Acaso hayan ido los viajeros por la colada real, y entonces no sería extraño que tardasen más. ¿Queréis algo?

—Que usted descanse—dijo Narcisa.

—Adiós—añadió Eladia, sin apartar sus ojos del camino.

—Si ocurre algo, llamadme—repuso el diputado, a tiempo que su caballo, herido por la espuela, partió trotando, con cuyo violento arranque las palabras de su señor salieron completamente dislocadas.

—¡Oh, qué horror!—dijo Narcisa juntando con piadoso ademán las manos—. ¿Habrán caído en poder de los bandoleros?

—No... Dios los habrá libertado de tanta desgracia... Enviaremos a Bonifa para que los busque... Salgamos al menos de esta incertidumbre. Me asustan, menos que la duda, todas las desdichas del mundo juntas.

—¡Bonifa! ¡Bonifa!—gritó Narcisa.

Su voz resonó en lo último del jardín, de donde respondió otra voz menos dulce:

—¡Voy allá, señorita, voy allá!

Escuchóse el ruido de unos pies que pisaban la arena del sendero, rozar de ropas en los bojés y rosales de la vecina calle, y después apareció sobre el mirador la figura del mayoral de la labranza del señor Pantoja.

—¿Ocurre algo, señorita?—dijo aquel rudo hombre, llevando su mano a la cabeza para quitarse a medias el sombrero.

—Ocurre, ocurre...—balbuceó impaciente Eladia—. ¡Dios sabe lo que ocurre! Papá tarda mucho. Tememos que le haya ocurrido algo... Monta a caballo, recorre el camino hasta Galianilla, y averigua dónde están... dónde está mi padre.

—¡Qué, señoritas! No tengan ustedes miedo. Vendrán más despacio; pero no hay nada que temer.

—¿Y esa partida de Luisillo Cien Reales?

—Por ahí anda—replicó el mayoral, señalando al campo con ademán torpe—. Esos tunos se meten con la gente floja, pero con el señorito... ¡Vamos!, ¿adónde irían a parar ellos? ¡Buenos humos gastan los Pantojas! Díganlo aquellos pillastres de la partida carlista de Lirones, que quisieron aco-

quinar una noche a su abuelo de usted... y ¡vamos!, ¡que aun deben estar corriendo! Déjenle a mi señor don Sandalio, que teniendo a mano una herramienta, así huirá él como mi padre, que está en el cementerio... A más que don Sandalio va armado.

Ni un momento siquiera prestaron las dos jóvenes atención a las palabras del viejo mayoral. Lejanos rumores que llegaban confusamente hasta ellos las tenían preocupadas, con las pupilas fijadas en lo más remoto del camino, y el rostro dilatado por el ansia de oír y ver. Eran algo como galopes de caballos, ruidos secos, que parecían aproximarse a veces y huir poco después.

—¿Serán ellos?—preguntó Eladia.

—¿Vendrán ya?—dijo también Narcisa.

—Claro es que son ellos—afirmó el mayoral.

—Bonifa, allí aparece un jinete.

—¿Papá?—exclamó Narcisa.

—¿Angel?—dijo Eladia.

Vióse gran polvareda en un ángulo del camino, y, envuelto en ella, un jinete que corría, corría con desenfrenado galope. Detrás venía otro jinete, y otro detrás.

—¡Ahí están!—gritó alegremente Narcisa.

—¡Por fin!—exclamó Eladia.

El verano oficial había venido diez días antes, pero el verano del sol aun no se había dignado asomar su ruborosa faz por los horizontes manchegos. Las violetas habían muerto, es verdad; pero las azucenas aun no habían salido del capullo en que encierran modestamente su aroma, como perfumis-

tas que no quieren pagar contribución. Las lilas eran las dueñas del jardín, y a un lado y a otro del enarenado sendero se saludaban cual buenas vecinas con sus manos moradas, dándose felices tardes; claveles rojos se pavoneaban en los arriates desafiándose unos a otros con orgullo de bravucón jacarandoso, y la obesa petunia se arreglaba el voluminoso volante de su sangriento vestido, quitándose el polvo con que el viento arisco la ensució.

¡Grandísimo tuno es el viento! El es quien hace girar en fantástica ronda el polvo y los papeles que andan por el suelo, como si una misteriosa fuerza los impulsara a moverse, y los pedazos de periódicos vuelan cual si tuviesen alas, que el genio hubiera prestado a la imprenta. El viento fué la causa de que aquella misma tarde en que llegó a Villar Don Lucas Angel Garrido no comiese la familia de Pantoja en el cenador del jardín, como solía, sino en el salón del piso bajo, donde estaban los muebles más antiguos de la casa, recios asientos de nogal labrado, ancha mesa de encina, con patas de hierro, llenas en su base de hojas de acanto repujadas, y un reloj monumental, en cuyo horario algún artista ignoto había pintado el retrato de un hombre, que meneaba los ojos al oscilar el péndulo.

—¡Famosa tarde!—dijo don Sandalio, entrando en el comedor, precedido de Angel—. Yo pensaba que hubiéramos comido en el jardín; pero sí  
¡Bueno está el tiempo!

—Hemos traído la tormenta con nosotros—  
humorísticamente Garrido.

Era éste un caballero como de veintiocho años de edad, moreno, pálido y con ojos tan grandes, que constituían la facción más notable de su rostro. Hablando, riendo, y aun callado, aquellos ojos decían siempre algo, y hasta al perderse en la contemplación abstracta de lo indeterminado, estaban echando discursos y haciendo preguntas.

—¿Cuándo vienen esas chicas?—dijo don Sandalio, no porque le respondieran, sino por expresar que, en su concepto, tardaban demasiado.

—Aquí están—dijo Narcisa desde la puerta.

—¿Os ha detenido el tocador?—interrogó don Sandalio.

—Es claro—afirmó Narcisa con graciosa prosopeya y cómica ironía—. A la mujer no la puede ocupar otro motivo. El tocador es su único pensamiento.

A pesar de las protestas de Narcisa, en su cabello y en el de su hermana advertíanse muestras de que el peine había hecho poco antes su oficio. Frescas rosas, medio escondidas entre el pelo, debajo de la nacarada orejita, adornaban a Narcisa. Eladia no había querido tal adorno.

Sentáronse en torno a la mesa y circularon las viandas. El substancioso cocido castellano anduvo en rueda, invadiendo la atmósfera del salón el caliente vaho de la sopa. Sobre la mesa descubriánse los entremeses gustosos, la plata de los chuchillos y tenedores, la cristalería fina y la loza de lujo, que, reflejando su limpieza en el mantel, producían un grato efecto aperitivo.

—Prueba el vino, Angelillo—manifestó don Sandalio escanciando de una botella al promotor fiscal—. Es de casa. Come de esas aceitunas. De casa son... ¿No comes otra vez garbanzos?... También son de casa... Come ternera... De eso has de tomar... Esta mañana la mató Bonifa... Es de casa.

Allí todo era de casa, y si el ser de casa hubiese sido razón para que Angel comiese cuanto deseaba don Sandalio, habría necesitado un estómago como el de Lúculo y un hambre como la de tres Salamanca estudiantiles. Comió, a pesar de todo, cuanto le pusieron, porque en tales casos es preciso apurar, con la munificencia obsequiosa del anfitrión, la copa de la paciencia. Cuantos guisos puede condimentar la cocinera rústica salieron a plaza en aquella tarde. Don Sandalio era hombre que sabía hacer las cosas, y para honrar la llegada del promotor fiscal lo dispuso todo en grande. Un cochinillo entero substituyó en su gran fuente al asado; vino después la liebre, y más tarde el jamón, al que siguieron las perdices.

—¿Cuándo piensas tomar posesión de tu promotoría?—manifestó don Sandalio, mientras trinchaba una gallina.

—Pienso tomarla mañana—repuso Garrido.

—El juez me ha dicho que vendrá a verte luego... Es una excelente persona. ¿Verdad, Eladia?

—Sí, lo es—dijo Eladia—. Sumamente amable.

—¿Casado?—preguntó Garrido mirando a Eladia.

—Casado y con hijos—contestó ella.

—Lleva veinte años sentenciando causas.

—También vendrá luego a verte don Melitón, el diputado.

—Y el escribano Pajares.

—Y el notario Rosales.

—Y los dos procuradores... Don Damián y Ansaldo.

—Y... toda la curia del pueblo, digan ustedes de una vez—exclamó riendo el promotor—. Deben ustedes ser muy desdichados con tanto golilla.

—¡No faltan quebraderos de cabeza!—afirmó don Sandalio, apelando al primitivo tenedor de los dedos para sujetar entre los dientes un sabroso muslo de ave—. Pero a bien que ahora vamos a tener la justicia en casa...

Detúvose, porque creyó haber dicho demasiado, y observando que Eladia bajaba sus ojos y que el promotor mostraba cierto embarazo en contestar, añadió:

—Ea, señores: yo no puedo hablar las cosas a medias. Siento una cosa, y la digo. La verdad me hace borbotones en el cuerpo y he de echarla fuera... He dicho que vamos a tener la justicia en casa... Pues está bien dicho. ¿No te vas a casar tú, Angelillo, con mi Eladia?

—¡Ah, don Sandalio!—interrumpió Angel—. Si yo fuese tan afortunado que mereciese su confianza, su amistad...

El promotor fiscal se puso colorado. El, sí, venía decidido a casarse. Al obtener, no sin afanes y recomendaciones de diputados y ex ministros,

una promotoría, tuvo presentes añejas indicaciones de don Sandalio respecto a matrimonio. Sabía que le estaba destinada la mano de Eladia; pero aquella ocasión le parecía extemporánea para hablar de ello, y algo sin nombre e inexplicable le repugnaba en el apresuramiento con que el buen señor quería consumir los planes aún no bien iniciados.

Habían sido grandes amigos el padre de Angel y don Sandalio. Juntos estudiaron la carrera de leyes, y si luego les separó la diversa inclinación de cada uno, pues mientras Garrido se dedicó al noble ejercicio de la magistratura, Pantoja vivió en Villar Don Lucas consagrado a la dirección de su labor, jamás dejaron de conservar dulces recuerdos de aquella juvenil amistad, que con frecuentes correspondencias alimentaban. Hay quien dice que más de una vez acudió la bolsa escueta y chupada del juez a la gaveta ancha y bien provista del labrador, y aun alguno añade que en estos casos jamás dejó Garrido de hallar en Pantoja al amigo cariñoso y entusiasta de la juventud; mas de tales pormenores secretos nada sabe quien nos contó los detalles todos de esta historia, y habremos de prescindir de ellos. No prescindiremos, en cambio, de decir que al acabar el padre de Angel su trabajosa existencia, no pudo dejar a su heredero ni medios materiales de felicidad, ni una carrera en que abriese paso. Fué obra personal de Angel todo lo que ahora poseía. El trabajó con incansable afán hasta obtener la licenciatura en Derecho, y en sus ansias

de ser algo, rompiendo esa sombría línea, al lado de allá de la cual queda la juventud desventurada, ejército glorioso de la miseria, que perece de hambre o de tisis—¡esa hambre de los pulmones!—, soñando con laureles, apoteosis, triunfos y glorias, había no sabemos qué de heroico y meritorio que despertaba simpatías en todo pecho generoso. ¡Lucha cuyo campo es la vida, y en la cual es el mayor enemigo el desaliento, y la fe sinónimo de victoria! Muchas veces durante esta época de combate y amarguras recibió noticias y hasta cartas de don Sandalio.

Contestólas éstas y agradeció sus ofrendas de protección, sin aceptarlas. Cierta fiebre orgullosa vibraba en su ser con enérgica nota, que dominaba a todos sus demás impulsos y sentimientos.

Cuando terminó la carrera, no acabó la de su martirio, porque ser abogado constituye en España tan grande título para ganar dinero como ser español. Siguiéron los apuros, y muchas noches durmió con el estómago vacío y el bolsillo desierto de monedas. Pero conseguido su primer propósito por esfuerzo suyo, en que nadie le ayudara, no juzgó que desdoraba su dignidad solicitando el apoyo de los amigos de su padre, y éstos le recomendaron al ministerio de Gracia y Justicia. Más de diez veces entró en el negociado del Personal de aquel departamento un volante en que se había escrito el nombre de don Angel Garrido, con algunas líneas debajo, en las que se consignaban, no los méritos del recomendado, sino el nombre del recomen-

dante, que es en tales materias la verdadera hoja de servicios que se consulta. No es preciso puntualizar cuándo consiguió don Angel su anhelada promotoría, sino que al fin la consiguió, y que entonces el acaso le hizo encontrarse con Pantoja. Hablóle éste de matrimonio, de su hija Eladia, y con la ruda franqueza que caracterizaba al labrador, le planteó el asunto como si se tratara de un contrato. Angel no dijo que sí ni que no. No conocía a Eladia sino por retrato y por referencias de su padre; pero como los retratos de la fotografía y los de los padres suelen favorecer mucho, parecióle aventurado e indiscreto todo compromiso. Pocos días después supo que le habían trasladado desde la promotoría fiscal de Albuérniga, de que aún no había tomado posesión, a la de Villar Don Lucas. Vió en ello la mano de don Sandalio Pantoja, y no supo si agradecersele o sentirlo. Aquel juzgado era, aunque de entrada, de mayores ventajas para él, y, por este lado, se hallaba ganancioso en el cambio. Aceptó, pues, la traslación y emprendió el viaje sin demora. Pantoja le escribió anticipadamente para que se alojara en su casa, y con Pantoja no había más remedio que aceptar o morir.

—¡Su amistad!—dijo don Sandalio contestando a la modesta duda del promotor—. ¡Su amor, hombre, su amor!

—¡Qué cosas tiene usted, papá!—dijo con airado acento Narcisa—. Eso no se dice de esta manera. No hablemos más de ello.

—Pero...—quiso objetar el padre.

—Suspenda usted esta conversación. Se continuará cuando se continúe—afirmó Narcisa.

Eladia callaba. ¿Qué podía decir que fuese oportuno y digno de su difícil situación? Con las manos doblaba y desdoblaba la servilleta puesta sobre su falda, tejiendo, como Penélope, una fantástica tela.

El promotor fiscal, en tanto, daba pequeños golpecitos sobre un pedazo de pan con su cuchillo, como llevando el compás a alguna música que sonara dentro de su alma. Quiso cambiar el tema del coloquio, y como comprendió, con penetración dichosa, que esto era una de las cosas más difíciles de hacer tratándose de don Sandalio, el cual se afeerraba a la conversación tirando de ella hasta que no quedaba nada que decir, fuera bueno o malo, en aquel asunto, apeló al único nervio sensible del alma del buen hombre: la curiosidad.

—¿Conque mañana empiezan las obras del ferrocarril?—dijo.

—¿Tan pronto?—respondió Pantoja—. Así debe de ser, porque hoy he visto en el pueblo mucha gente desconocida, mucho jornalero francés, con su gorra de seda y su corbata al cuello.

—Ya han llegado los ingenieros—añadió Narcisa.

—Pues, creedme, es para mí una contrariedad terrible esto del ferrocarril. ¡Invento del diablo!

—¿No es usted partidario de tan grande progreso?

—No, y no, y cien veces no... ¿Qué he de ser? Calcula tú si lo seré, cuando el pícaro que ha hecho el trazado ha puesto los rails dentro de La Ga-

lianilla, y con ellos me ha partido mi mejor finca por la mitad. Soy «antiferrocarrilista» decidido. ¡Muera el vapor!

—¡Reaccionario!—dijo en tono de amistosa censura y burla don Angel.

—Eso no, caramba. Siempre fui liberal y progresista. En Cádiz comí una vez con el Duque, y cuando se marchó desterrado, yo, yo fui uno de los pocos que le escribieron a Londres ofreciéndole dinero.

—Pues, a pesar de todas esas hazañas, es usted reaccionario.

—¡Gran cosa debe de ser el ferrocarril para los pueblos!—exclamó Narcisa—. Los une y hace vecinos, a pesar de las distancias y de las montañas,

—A mí me da miedo ir dentro de un coche que va arrastrado por una fuerza bruta—afirmó Pantoja—. Los árboles, los campos, las casas, pasan volando junto a la ventanilla, como aristas de hierba seca que el huracán mueve en las eras... No se puede gozar de la vista del paisaje, ni casi respirar, porque la celeridad vertiginosa del viaje quita a los pulmones el fácil uso del aire...

—¡Qué cosas más raras le pasan a usted en el ferrocarril!—dijo Garrido.

—He podido observarlo recientemente, cuando traje del colegio a Narcisa. Vinimos, porque ella se empeñó, en el ferrocarril de Aranjuez... Y os lo aseguro, bajé del vagón mareado...

—Llueve—exclamó Eladia, por decir algo, mirando al balcón, sobre cuyos cristales sonaba el ruido de las gotas de agua que el viento impelía.

—Se nos aguó la fiesta, se nos desbarató el paseo—repuso con mal humor don Sandalio—. Bien decía Bonifa esta mañana contemplando el cielo...

—¿Es un metereólogo ese Bonifa?—interrogó Angel.

—Es el mayoral de la labranza; pero sabe más de cosas de cielo que el mismo que inventó los barómetros... En el campo todos sabemos poco o mucho de esas cosas.

—Yo misma sé predecir la lluvia—dijo Narcisa.

—¿Cómo la predice usted?—preguntó Angel.

—Miro el Pico de Alerce, que es un monte que hay más allá del río, y si está arrebujaado entre nubes, es cosa decidida.

—El refrán lo declara: «Alerce embozado, el prado mojado»—añadió Pantoja.

—Es una ciencia curiosa la de ustedes, en verso y todo.

Eladia era la más silenciosa de todos los comensales. Estaba pensativa y ruborizada. Quería hablar, y cuantas ideas acudían a su mente eran luego desechadas por vulgares y sandias. Iba arrancando flores del jardín de su modestísima inteligencia, y luego que tenía formado un ramo, arrojábalo lejos de sí por feo, pobre y mal oliente.

Había arreciado la lluvia, y al caer en el follaje del jardín, producía ruido seco; sobre el que se destacaban las notas cristalinas que el agua sonaba chocando con el vidrio del balcón.

—¡Ay, el mirlo se está mojando!—gritó Narcisa.

Y alzándose bruscamente, tanto que hizo tem-

blar la mesa con la sacudida, acercóse al balcón y abrióle al punto.

Notábase en sus movimientos algo de la ligereza infantil, recuerdos de una edad aún no bien terminada, y en sus arranques, de caprichoso origen, no sé qué impremeditación encantadora.

Allí fuera estaba el pobre mirlo calado hasta los huesos y tristemente encogido sobre sus patas.

—¡Adentro, caballerito!—dijo Narcisa metiendo su dedo índice por entre las cañas de la jaula para acariciar al pájaro—. Esta lluvia durará poco.

—Ni cinco minutos—afirmó Pantoja—. Ya sale el sol.

Era verdad, que el sol salía entonces, asomando media cara entre los nubarrones grises y echando miradas bizcas a la tierra.

—Aún podremos pasear—dijo Eladia.

—Un paseo por el jardín después de la lluvia—añadió don Sandalio—, es la cosa más bonita que puede imaginarse. Todo está allí lavadito y nuevo. La lluvia es la modista de las flores... ¿Tomarás café, Angel?... ¡No faltaba más! Aquí no le tomamos porque nos quita el sueño y nos pone nerviosos; pero le tenemos guardado en su bote para cuando viene gente de Madrid... Allí es el café como el maná en el desierto cuando los israelitas le atravesaron. Un sevillano se mantiene con una naranjita, y un madrileño con una taza de esa agua ne-gruzca traída de Oriente.

Sirvieron el café a Garrido, y no hubo pequeñas dificultades para hacerlo. Dos máquinas tenían y

ninguna se hallaba servible; una de ellas con el tubo de cristal roto, otra con el colador obturado del no uso, fueron declaradas inútiles para el servicio, siendo preciso apelar a un puchero de barro, vidriado a trechos, el cual, puesto al fuego, hirvió, coció, borboteó y dió de sí, no el café deseado, sino el agua negruzca traída de Oriente, de que hablaba don Sandalio.

Cesó la lluvia, y un grato vientecillo agitó las ramas de los árboles, haciéndoles doblarse levemente con suaves oscilaciones; mas despejado el cielo, permitió ver toda la noble cara del sol, el cual dibujaba sobre la tierra las sombras de las nubes, viajeras celestiales, verdaderos judíos errantes de la atmósfera.

Los comensales abrieron la puerta del comedor que daba al jardín, y un agradable aroma de tierra mojada llenó el aire.

—Paseemos—dijo Pantoja—. Quiero enseñarte la noria de nuevo sistema... Una noria americana, que da vueltas ella sola... Para que veas que soy amigo del progreso, del verdadero progreso.

Iba delante Eladia y a su lado Angel; detrás seguía Narcisa con una sombrilla apoyada graciosamente en el hombro, y por último, cerraba la marcha don Sandalio, con un sombrero inmenso de castor, flexible, y su caña de Indias en la mano. Según costumbre suya, echó ambas manos atrás, y juntándolas con fuerza, oprimió entre ellas el bastón, haciéndole girar rápidamente. El andar torpe y cansado de Pantoja, la fatigosa respiración

de su pecho y aquel movimiento mareante del bastón dábanle risible semejanza con un viejo vapor de hélice, que nada soplando y agitando su tornillo de acero.

—Vea usted, Eladia—dijo Angel a su compañera de paseo—. Vea usted qué hermoso está el jardín.

—¡Ah, sí! Muy hermoso.

—Veo en él la mano de usted. Aquí hay una mujer que dirige la vida de estas flores; una mujer que ha hecho de un jardín un poema.

—No, pues se ha equivocado usted... No soy yo; es mi hermana, es Narcisa quien lo dispone todo aquí y quien manda en jefe en esos ejércitos de tiestecillos, que están formados, como reclutas, a derecha e izquierda.

—Yo creía que era usted—dijo Angel.

Y miró a Narcisa, que, con una sonrisa de candoroso orgullo, exclamó:

—No quiera usted arrebatarme glorias que me corresponden... Durante mi ausencia, y en todo el tiempo que permanecí en el colegio, escribí a Eladia dándole instrucciones para el gobierno de esta ínsula, habitada por tribus de rosas, legiones de árboles y escuadrones de magnolias. Eladia fué la regente de estos reinos mientras no viví yo en Villar Don Lucas.

—¡Dispéñeme usted que me ría, Narcisa!—manifestó Angel—. No es por burla, es por admiración mi risa. Tiene usted, indudablemente, el genio del mando. Mandar en los hombres no es fácil, pero mandar en flores y por el correo...

—Nada hay tan obediente como las flores—dijo Narcisa, alzándose con la mano derecha la falda para saltar dentro de un arriate—. Ejemplo al canto: ¿Ve usted esta rosa encarnadita, que se esconde entre hojas porque no la descubramos? Pues bien: la mando yo que se me entregue y... aquí la tiene usted cortada y en mis manos... La mando ahora que busque un sitio bueno donde estar, y... mire usted, mire usted, mire usted cómo se va derecha, derecha, derecha al ojal de su americana de usted. ¿Qué tal?

Lo había hecho como indican sus palabras, sólo que la rosa no llevó a cabo aquel viaje por su voluntad semoviente, sino prisionera entre los dedos de Narcisa.

—¿Qué tal?—dijo don Angel, mirando la rosa y la mano que se la prendía—. La flor, obediente, y usted, encantadora.

—Esas son dos flores, amigo; la de usted y la mía. O una u otra sombra—exclamó Narcisa.

Alguien ha dicho que la frivolidad forma en la mujer parte de la gracia. De aquí, sin duda, el secreto de la gracia hechicera de aquella criatura. No tenía ni el aplomo y supremo reposo propio de augusto linaje de las mujeres hermosas, ni esa seriedad grave y reconcentrada bajo la cual arde el apasionamiento, y, sin embargo, en sus vacilaciones injustificadas, en sus decisiones repentinas, había un atractivo ciego y poderoso.

Pasearon arriba y abajo, vieron la noria americana, el pequeño invernadero, la glorieta y el ce-

nador. Después, una criada les vino a avisar la llegada del juez. Regresaron a la casa. Era tiempo ya, porque el cielo habíase de nuevo tapado y proseguía la lluvia.

---

*\*Villar Don Lucas, 15 de julio.*

«Querido Claudio: No me has escrito desde que te marchaste de este horrendo villorrio. Estamos separados por doce leguas de tierra no más, y parece que han echado un mar entre nosotros. Pero aunque no me escribes, yo sé de ti por los operarios de la línea, que vienen frecuentemente a Villar Don Lucas para comprar provisiones y gastarse bonitamente el dinero que ganan en seis días de afanosa labor, en un domingo de embriaguez, blasfemias y puñaladas. ¡Bien me dan que hacer tus malditos operarios! Desde que vinieron a esta tierra ha aumentado el número de causas criminales de un modo que causa pavor. Las gentes dicen aquí que todo este desencadenamiento de pasiones lo trae consigo el ferrocarril. Yo respondo que cuando Noé se emborrachó no existían aún, que se sepa, las máquinas de vapor.

«¿Ves cómo no hay nada de aquello que tú me decías? ¿Ves cómo te engañaste? ¿Ves cómo un ingeniero, a pesar de que su oficio consiste en medir la cantidad y apreciar la calidad de las cosas materiales, puede errar de medio a medio como un soñador poeta?

»Quedas, pues, desacreditado como adivino.

»Narcisa me ha dado afectos para ti; se ha puesto muy morena de andar siempre al sol entre las flores del jardín; pero así, con su tez bronceada, sobre las que brillan y hablan con doble elocuencia sus ojos, está más bonita que antes. Ahora mismo he sentido unos pasos leves en el jardín y me he asomado a la ventana de mi cuarto. Allí abajo estaba ella, envuelta en un peinador blanco, con una redecilla de torzal azul sujetándola el cabello, y armada de una regadera, con cuyos chorros iba chapuzando plantas y más plantas. Su padre la llamaba desde dentro, pero ella no respondía, y la he visto durante más de cinco minutos parada, quieta, absorta, con la regadera vacía, inclinada hacia adelante, como si aun estuviere vertiendo por el agujereado cañón el agua; sus pupilas, fijas en el suelo, parecían gravemente ocupadas en contar las arenillas del sendero... Cansado Pantoja de llamar, ha salido él mismo al jardín en mangas de camisa, sobre la que cruzaban los tirantes bordados y un escapulario muy viejo y desteñido. Narcisa ha vuelto de su éxtasis y ha tornado a llenar la regadera.

.....

.....

»Ven a vernos; te lo agradecerá tu aburrido amigo.—ANGEL.»

---

«Collado Viejo, 18 de julio.

«Ay, Garrido, Garrido, Garrido! Estoy a punto de morirme de tedio, de aburrimiento y de calor. La vía progresa, y mi desesperación progresa también. Ambas tendrán el mismo término: Madrid; que cuando los raiis entren en la estación de Atocha, mi alma saldrá de esta congojosa atmósfera de monotonía.

«Estamos terminando el puente de Valdeorros, que tendrá tres tramos; después haremos el túnel de Balsalobre, el cual no nos costará gran trabajo' porque debe practicarse en una montaña de arena. Con mi bastón ferrado me comprometo a atravesarla. Acabada esta obra, o sea a principios de agosto, seré contigo en el paraíso; es decir, en Villar Don Lucas.

«No creas que paraíso significa en mi idioma lo que en el de los católicos, ni menos aún en el de los mahometanos. Significa un lugar algo mejor que este mísero caserío, donde no hay otra vegetación que un tiesto de hierbaluisa que tiene en su ventana la vieja que me hospeda; ni otra conversación que la de su marido, antiguo soldado lleno de herrumbre como el fusil que guarda en su cuarto; ni más sociedad que la de mis operarios, que ahora, ¡ahora!, empiezan a hablar.

«Haz presente mis recuerdos a Narcisa. Dices que se ha puesto morena. Mejor. ¡Poquito que me gustan a mí las caras de mulata!

»Pero, hombre, de Eladia no me dices nada. ¿Qué es esto? ¿No tiene la que va a ser tu esposa un recuerdo en tu memoria cuando escribes a los amigos?

»Te veo en mal camino. Ahora, que tú desechas mi profecía y me quieres arrebatar de la frente la llama de la presciencia, ahora es cuando yo vuelvo a repetirte lo que te aseguré entonces. Te conozco como a esta pícara tierra en que estoy trabajando. He visto tu corazón como si hubiese hecho un túnel en tu pecho. ¡Ay, Garrido, Garrido, Garrido! ¡Que vas mal, que vas mal!—CLAUDIO CASTILLO.»

---

*«Villar Don Lucas, 7 de agosto.*

»Estoy mejor, y tú no has cumplido tu palabra. Estas son las dos cosas que antes que todo debo decirte, Claudio Castillo. Mi pierna derecha empieza a funcionar, y hoy ha sido el primer día en que he podido salir de mi cuarto desde aquel en que el maldito caballo de don Sandalio me lanzó al aire como un pelele. La fractura se ha consolidado, pero la debilidad de mi cuerpo continúa; tanto, que hoy, al mirarme al espejo que Narcisa me presentó, no he podido menos de entristecerme; estoy en los puros huesos, mi palidez es cadavérica, mi respiración jadeosa y cansada. Para aliviar este negro humor, cojo la pluma y te escribo.

»¡Caramba, que me vengas a ver en seguida! Te

portarás como un amigo desleal si así no lo hicieras, Claudio Castillo.

»También ha estado mala Eladia; pero ha sido cosa pasajera, y ahora ha salido a pasear con su padre y hermana.

»¡Qué buenas gentes son! Me han cuidado como a un hijo. He visto en todas partes, durante mi enfermedad, el interés y el cariño. El silencio de la casa, otras veces llena de ruidos con la aglomeración de criados, parecía ahora decirme: «Aquí se vela por ti.» Para un hombre que no tiene parientes ni habientes es esto tan agradable, que pensando en ello lloro como un muchacho. Acaso sean estas lágrimas hijas de la debilidad de mi dolencia... Pero no, deben proceder de otra causa. Yo no sé qué insólito enternecimiento se va apoderando de mi alma poco a poco. Es como si una inundación fuese entrando pulgada a pulgada en mi pecho, o como si cada día se ablandara más mi corazón, dejando de ser de carne dura para convertirse en mengue.

»Ven, Claudio Castillo, ven pronto. Me canso de escribirte, y lo dejo... Además, no sé qué decirte de tantos pensamientos como acuden a la pluma. Todos quieren ser los primeros en salir por el pico de ella... ¡Pues todos vais a quedar iguales! Aquí pongo un punto. Y luego me despido de ti y cierro la carta.—ANGEL.»

---

*«Villar Don Lucas, 10 de agosto.*

«Amigo Claudio: El día 14 te esperamos sin falta. Pasarás con nosotros el día de la Virgen, y después regresarás a Collado Viejo.

«Tu carta de ayer me ha extrañado sobremanera. ¡Tú metido a predicador! ¡Tú dejando el compás y el teodolito para coger el libro de las exhortaciones piadosas y el capuchón frailuno! Permíteme que me ría. . . . .

«Diez y nueve puntos suspensivos de risa han desahogado mi alma, por la cual hiciste retozar tú ese impulso, y vuelvo a mi carta, es decir, a la tuya. Me preguntas si ha hecho bien don Sandalio en educar a una de sus hijas en el colegio, y de los más aristocráticos, mientras a la otra la ha dejado en el pueblo entregada a la vulgaridad del trato de cuatro señoritos hidalgos y de media docena de estudiantones con el pelo de la dehesa. ¿Yo qué sé? ¿Está eso en el Código?

«Yo no sé por qué encuentras reprehensible que un padre eduque a un hijo mejor que a otro, no pudiendo educar a los dos lo mismo, y me maravilla la dureza, injusta a mi ver, con que tratas al pobre don Sandalio por haber hecho esto. ¿Querías que se hubiese quedado el buen señor solo, entregado al desconsuelo de su viudez? El hubiese preferido que Narcisa y Eladia fuesen al colegio; pero eso de separarse de ambas era demasiado fuerte para su amante corazón.

»Muchas veces hemos hablado de esto. Muchas me lo ha dicho: «Yo consulté las inclinaciones de cada una de mis hijas, y no era preciso ser un zahorí para descubrir en Narcisa una inteligencia más emprendedora, una valentía de espíritu superior a la de su hermana, una iniciativa resuelta y gallarda, con que imponía desde pequeña a todos los de la casa hasta el más insignificante de sus caprichos. Por el contrario, Eladia es la timidez en persona. ¡Qué sensibilidad la suya! La sola idea de apartarse de Villar Don Lucas, de mí y de su hermana, marchando lejos de aquí, a vivir entre gentes desconocidas, en un colegio, donde se encuentra todo menos el cariño de la familia, con lo que parece realizarse el principio universal del equilibrio, que, así en lo físico como en lo moral,rige a las cosas, pues mientras la inteligencia hace su campaña aprendiendo, el corazón descansa de la suya en los cuarteles de invierno de la indiferencia; esta idea, repito, le llenaba los ojos de lágrimas... Aun quedando conmigo, cuando su hermana marchó, en ocho días no pude ver sus ojos sin llanto... ¡Pobre Eladia! Tú no sabes qué perla te llevas. Una palabra dura matará a mi hija; un desaire de su marido hará encogerse sobre sí misma a su alma, como caracol herido, y morir encerrada en la concha de la resignación dolorosa.»

»Si después de tener en cuenta estas advertencias sobre el carácter de Narcisa y Eladia aun si-gues censurando a don Sandalio, será preciso con-venir en que eres muy injusto.

«Te esperamos el día de la Virgen. Aquí se prepara gran fiesta. Habrá toros, músicas, fuegos artificiales, grande y solemnísimá procesión, en que lucirá la Patrona del lugar un ropón de terciopelo y oro, bordado por las hijas de Pantoja. Esto va a ser estupendo... Sobre todo, si tú nos honras con tu visita.—ANGEL.»

---

«*Collado Viejo.*»

«Pasado mañana salgo, querido Angel. A las cinco de la mañana cabalgaré emprendiendo mi viaje a Villar Don Lucas.

«He recibido tres cartas tuyas, una de las cuales tengo abierta ante mis ojos al escribir ésta. Es aquella esquelita en que precipitadamente trazaste cuatro renglones, contestando a mi recomendación sobre esa causa criminal seguida al guardaagujas Morquecho. Cogiste, sin duda, de tu mesa un papel cualquiera, escribiste en él unas cuantas palabras de respuesta a mi carta, y metiendo la tuya en un sobre, se la diste al mismo recomendado, que aguardaba contestación. Este recomendado trae a mis manos la carta, yo la abro, y al comenzar su lectura me asombro y lleno de curiosidad. ¿Qué es esto? ¿Se ha vuelto loco Garrido? ¿Qué me dice a mí de citas, de señas hechas con el pañuelo, de huertos a las doce de la noche?... Pero después encuentro, entre este logogrifo, un nombre que me saca de dudas.

»¡Ah, tunante! Esto te lo digo muy serio. ¿No me negabas tener la más pequeña inclinación hacia Narcisa? ¿No me asegurabas que te era indiferente? No persistirás en tu hipócrita negativa después que una casualidad, en que Pantoja, con su ciega fe primitiva, vería la mano de la Providencia, ha puesto en mi poder una carta que tú escribías a Narcisa dándole una cita para las doce de la noche en el jardín, junto al huerto. Quiero que vuelvas a leer esta carta, que tú tendrás por perdida y habrás buscado inútilmente entre tus papeles. Dice así:

«¿Cómo no fuiste anoche? Yo a las doce maté  
 »la luz y salí al pasillo, asomándome a la galería.  
 »Vi morir una a una todas las luces de la casa;  
 »sólo quedaba la de tu cuarto, que brilló hasta más  
 »de las dos. Bajé al huerto y me senté al lado de  
 »la noria, aguardándote... ¡Nada! ¿Cómo no baja-  
 »rá?—me preguntaba cada tres minutos...—. Ten-  
 »go ansia de oír tu voz a solas, y quiero que otra  
 »vez me digas que me amas. Quiero que dejes una  
 »hora tus manos entre las mías en dulce guarda y  
 »depósito de amor... Pero tú no me quieres. No te  
 »pongas seria. Esa es la verdad: tú no me quieres.  
 »Desdeñosilla, ingrata, alma fría: ¿cómo no me  
 »adoras queriéndote yo tanto?... Ahora recuerdo  
 »que anoche, al levantarnos de la mesa, después de  
 »terminada la cena, me hiciste señas con tu pa-  
 »ñuelo; pero yo, que en esto de señas soy la torpeza  
 »misma, no las entendí. Acaso quisiste decirme que  
 »no podías bajar al huerto. Yo me quedé en ayu-

»nas de lo que significaba aquel gracioso revoloteo de tu pañolito perfumado. Esta noche volveré a aguardar a mi Narcisa en el mismo sitio.—*Angel.*»

»¡Angel! Eso te parecerá a ti. ¡Dæmonio, demonio, y de los más empecatados y perversos, si es que hay grados de maldad en el infierno: eso eres tú! ¿Cómo has podido dar acceso en tu alma al amor de Narcisa, olvidando las esperanzas que hiciste nacer en Eladia?

»Te advierto que mi reprimenda será terrible. Cuando nos veamos, no vengas a abrazarme. Yo no abrazo a pícaros de tu redomada condición.—**CLAUDIO CASTILLO.**»

---

Coged el pincel y describid sobre el lienzo un círculo, tomad una de arena y otra de cal y edificad en torno a ese círculo una fila de casas microscópicas. Probadlas de un hormiguero humano, que se mueve, sube, baja y corre; llenad el aire de ruidos, de músicas, de cantares castizos, de tacos castizos, de palabrotas castizas también, y podréis contemplar a vista de pájaro el plano moral de Villar Don Lucas el día de la Virgen de Agosto, cuando el religioso sentimiento de sus vecinos conmemoraba el glorioso nombre de la patrona con cohetes, toros y puñaladas.

Era un día caluroso y apacible, la atmósfera pesada, el cielo nublado a trechos, sin que el más leve movimiento de los céfiros agitase las flores

que en las ventanas del pueblo exhalaban su aroma en honor a la Virgen. En las calles apartadas, el silencio era completo. Parecía que en aquel pueblo, como en el cuerpo de un paralítico, se había refugiado la vida en el corazón. Pero en el corazón, en la plaza, ¡qué baráúnda, qué mareo!

Aplicad la pupila al vidrio de un kaleidoscopio y haced girar sobre sí mismo el tubo de aquel instrumento. No veréis allí dentro, en aquella combinación de colores, en aquel caos de luz que nace y se tiñe de cambiantes matices, nada que no veáis en la plaza de Villar Don Lucas en el momento en que nos plugo ponerla delante de vosotros.

Confúndense, en pintoresco revoltillo, las telas blancas de las camisas de los que van en mangas de ella con los chaquetones pardos; el sombrero de anchas alas, que poco a poco se apodera de las cabezas rústicas con las ideas de la civilización, y el gorro de piel de oveja, vulgarmente nombrado pasamontañas; las capas de paño obscuro—especie de frac de la aldea—, con las airosas chaquetillas de terciopelo que cubren las gallardas formas de un mocetón entre patán y chulo. Pañuelos de seda de abigarrada coloración agitan sus picos sobre las cabezas, como mariposas que van a alzar su vuelo; mantillas de casco, tan olvidadas en las grandes ciudades con notoria injusticia, sirven de marco negro a rostros de marfil, naciendo entre su calada sombra flores que contrastan sobre el pelo de azabache, cual grano de nieve en el ala de un cuervo.

Sobre este indefinible motín de colores y contrastes álzanse, como el humo sobre la llama, un vaho de aroma campesino, olas de bullanga estrepitosa, vibrar de cornetines, que apaga y domina a veces el ruido de la multitud; el seco estampido del bombo, que, heroicamente manejado por aquel muchacho que desempeña en la música del Hospicio de la ciudad vecina tan trascendentales funciones, corta con el ritmo enojoso de una enorme péndola tal concierto de armonías.

Ya nos vamos acercando. Ya distinguimos los balcones, en cuyo barandaje de madera flotan las percalinas. Ya se descubren completamente la agitación de la muchedumbre y aquellas filas de hermoso mujerío que asoma por las ventanas, rejas y tragaluces, como enjambre de rosas trepadoras que va en busca del horizonte libre. Destácanse, a la manera de figuras sueltas que avanzar hasta ocupar el primer término del cuadro, hombres de ruda complexión, muchachos vestidos con aquel traje grosero y tosco que les da apariencia de muñecos... Corren, corren hacia un edificio grande, destartado, en cuyo balcón de hierro brilla, esgrimido por una mano morena, el bastón autoritario, y a su orden aquella multitud se agolpa frente a una puerta que, al abrirse, pone en dispersión a todo el mundo. El gentío experimenta oscilaciones concéntricas, como las que causa en el agua la caída de una piedra, y que van ensanchándose rápidamente.

Es que ha saltado a la plaza un novillo, berrendo en «colorao», de gran romana, el cual trae pen-

diente del cuello un desaforado cencerro, con el que mete mucha bulla y mucho miedo al correr. Suenan mil gritos, y un cohete sube al cielo silbando para estallar en lo alto con seca detonación. Mas no se alzan los ojos a ver aquella lluvia de flores doradas, sino que, fijos todos en la imponente fiera, delatan la ansiedad, el temor y el anhelo de buscar un peligro para salvarse luego de él, que constituye el fondo de nuestro nacional carácter. Vuelan las mantas por el aire, y los capotillos de encarnada percalina ábrense como irmensos abanicos de la muerte: el sombrero de terciopelo pasa de la cabeza a la mano y de la mano al suelo, donde rueda entre las pezuñas de la res, que se encabrita y piafa, levantando polvo y mosqueando el rabo; parte el novillo sonando su cencerro, y en aquella aglomeración de toreros se abre un camino limpio y derecho como tirado a cordel, por el cual se precipita el ingeniero armado que le hizo. Gritos en los balcones; vociferaciones abajo; el novillo ha dado el primer revolcón.

Era en aquel balcón grandísimo y boleado, cuyos hierros adornaban palmas rubias y hojarasca de olivo, donde la flor y nata del lugar asistía al heroico espectáculo de la lidia. Estaban delante los hombres, y de cuando en cuando abríase paso por entre ellos un rostro femenino, el cual iba a esconderse poco después, haciendo gestos de miedo. Quiénes con más ahinco palmoteaban, asomando medio cuerpo fuera del balcón, como si fueran a echarse a la plaza, eran aquellos dos muchachua-

los, rubio el uno y moreno el otro, que apenas frisarían en los ocho años. El rubio tenía unos ojos azules muy pálidos y como sin vida, y su cabeza, adornada de bucles de oro, parecía demasiado grande para las proporciones menudas de su enteca persona. Su compañero de balcón y alegría era un chiquillo de tostada faz y ojillos pequeños, que con el pelo cortado al rape, con su inquietud y su charla, traía a la memoria la figura, movilidad y picotera condición de la urraca. Vestía el primero un trajecillo negro, con mucho adorno de azabache, y el otro un pequeño redingote verde, de antigua moda y cargado de botones de acero.

—Bernardín—gritó desde dentro del balcón la voz de Narcisa—, entra ahora mismo. Te está dando el sol en la cabeza... Tú no quieres cuidarte, y a los niños malos Dios los castiga.

No hizo maldito el caso Bernardín de tal promesa de la divina cólera con que Narcisa le amenazaba, sino que, formando un puchero lastimoso con la boca, se aferró más y más al balaustre del balcón, dando a entender que sólo la fuerza podría arrancarle de la vista de aquel drama que en la plaza se había trabado. Fué preciso que unos brazos, más robustos que hermosos, asomasen como humana tenaza por entre la fila de espectadores masculinos, y cogiendo el enano cuerpo de Bernardín, le metieran prontamente adentro, mientras él pataleaba furioso.

Anselmillo, su compañero de balcón, no dió muestra de sentimiento y ni se dignó apartar sus ojos

de la fiera, que entonces se había parado en el promedio de la plaza y allí escarbaba el polvo, bajando y subiendo la cabeza y husmeando el aire. El hombre se acostumbra desde niño a la indiferencia.

—Bernardín—dijo una voz gutural y ronca—. Que te calles... Es mucho chico éste.

—Déjele usted que vea la fiesta—repuso Narcisa.

Era su interlocutora una mujer que bien podría haber cumplido los cincuenta años; de compleción hombruna y robusta, de macizo cuerpo, en que había más hueso que carne. Vestía un traje de lana negra, y adornaba sus sienes con dos pequeños rosetones de pelo atravesados por sendas horquillas de alambre.

—Mejor será—respondió, sosteniendo entre sus brazos al inquieto Bernardín—que le dejemos tomar el sol... Narcisica, créeme a mí... El que quiera saber, que compre un viejo... Si permites a este muchacho todos sus gustos, mañana te pediré la luna.

La sala en que esto sucedía era ancha y destartada. De puro aljofilado, era el suelo un encarnado espejo en que se reflejaban las figuras de los muebles y las personas, confundiendo las líneas de una mesa de pino humildísima, alarde del lujo lugareño, con los zapatos de Narcisa, y el dorado trespiés en que la entonces olvidada copa del fuego se sustentaba, con la caña de Indias que el señor juez movía entre sus manos, mientras repantigado cómodamente en el viejo sillón de cuero fumaba un papelillo.

—¡Pobre niño mío!—exclamó Narcisa mirando con amor al chiquillo enfermo—. ¿Quieres venirte conmigo?

Dijo Bernardín que «sí», bajando la cabeza, y dejándola caer sobre el pecho, púsose a mirar de hito en hito a la linda muchacha.

Tomóle ella en sus brazos, sentóle sobre sus rodillas, cogió con su mano blanca el desencajado y anémico rostro de Bernardín y le obligó a que recostara la cabecita sobre su seno. ¡Oh dulce almohada! Allí se quedó medio dormido el muchacho. ¡Ocho años inocencia! ¡Qué bien dormís en el regazo de la juventud! Era bello aquel conjunto de hermosura y marchitez, de lozanía y enfermedad; era el grupo bucólico de la espiguilla de trigo moreno junto a la pomposa amapola, una alegoría de lo hermoso protegiendo a lo débil.

También estaba en aquella habitación el buen ingeniero, a quien sólo conocemos por el desenfadado estilo de sus cartas, y que departía amistosamente y en jocosos tonos con el juez, cuya enorme boca reía sin cesar y cuyos ojos pequeños, guarnecidos de grandes cristalerías con aro de oro, cerrábanse fuertemente a los impulsos de la risa. El señor don Claudio Castillo usaba de festiva crítica en su conversación, y sin poseer aquella ruda franqueza que Galdós puso por divina manera en el simpático Pepe Rey de *Doña Perfecta*, gustaba de zaherir irónicamente con las finas agujas de su burla las preocupaciones religiosas, sociales y políticas de la burda gente de Villar Don Lucas.

Alzóse don Claudio del asiento y fué a mirar a una ventana del salón que caía al patio. Veíase allí un emparrado, que con su abundante follaje ocultaba el piso; pero aquí y allá había algunos agujeros por los que podía desguindarse un alma tocada del deseo de saber; y haciéndolo, como lo hacía el alma de Claudio Castillo, podía divisarse un sillón ancho y cómodo, en cuyo respaldo, y sobre una almohada blanca, veíase una cabeza pálida, densamente pálida, cuya enmarañada y larga cabellera formaba un a modo de nimbo negro en torno a aquellas facciones. Podía verse a más, sentada en una silla baja, a la modesta Eladilla, que deshacía entre sus dedos un pedazo de lienzo para luego distribuirlo en pequeños haces de hilas. Podía verse, por fin, una urraca de larga cola, que ora venía andando con un paso duro, que sonaba en las losas, como si fueran de alambre aquellas zancas negras; ora en un vuelo se ponía en el respaldo de la silla de Eladilla; ya picoteando en el suelo perseguía a una familia descarriada de hormigas. Filtrábanse a través de la hojarasca algunos rayos de sol, que dibujando movibles festones de oro en las piedras, ensanchaba o disminuía los focos de su luz, según el aire agitaba más o menos las hojas de la parra. Llegaban hasta allí, desvanecidos y confusos, los ruidos mil de la plaza y el vocerío de la multitud, la bullanga musical de los hospicianos, el palmo-teo del pueblo, o bien la discorde algarabía de los chiquillos, rumores que parecían a veces perfectamente separados como en el arco iris los colores, o a veces

se mezclaban y revolvían en confuso y sonoro trueno.

Dijo la cabeza pálida:

—Eladia, ¡cuánto siento que por mi causa deje usted de ver la corrida!

—¡Qué!—replicó ella mirando fijamente a Garrido, pues éste era su interlocutor—. A mí no me gusta ese jaleo insoportable de la plaza. Me asustan los toros y me marea el ruido... Además, ya ve usted, Ángel, que mi hermana y yo nos relevamos de hora en hora.

—¡Qué dos ángeles! ¡Cuidan ustedes de mí con un esmero!...

—Pronto se cumple el plazo de mi guardia... ¿Oye usted?... Da las tres el reloj de la iglesia... Ahora vendrá Narcisa y...

Dejó cortada su frase Eladia, y como si hubiera ocurrido algún grave suceso imprevisto en el lienzo que deshilaba, reconcentró en él toda su atención y bajó la cabeza sobre sus manos para ver mejor lo que hacían sus dedos.

—Pero ¿por qué no me dejan ustedes solo? Yo estoy violento y mal humorado al considerar que privo a ustedes de un placer que aquí no se repite mucho... Al fin y al cabo, esta inusitada animación de un pueblo muerto, que vive sólo una vez al año, no debe perderse. No es preciso que ustedes se molesten ni que lleven este caritativo turno de guardias para acompañarme... Aquí tengo unos cuantos libros... Novelas escogidas, otras obras de gustoso entretenimiento... Con ellas pro-

curaré endulzar las amarguras de mi larga convalecencia.

—¿Cómo se siente usted ahora?

—Ahora no me siento peor... Alguna punzada me da el dolorcillo en la pierna... pero pasa pronto.

—¿Cuánto tarda Narcisa!—exclamó Eladia, casi antes de que acabase de hablar Garrido.

Garrido, que estaba inmóvil en el sillón, sin poderse volver hacia la puerta, miró con el rabo del ojo a aquel lado y prestó oído al ruido de la conversación que en el balcón del principal se sostenía. Estaba demasiado alto para que ni una sola palabra pudiese llegar cabal e inteligible hasta los oídos del promotor fiscal, quien sólo oía las notas agudas de quien hablaba como un siseo, y las notas guturales como el hervor de una cacarola puesta al fuego con agua.

Hablaban allí Claudio Castillo y Narcisa. Hallábase ésta sentada en una banquetilla con Bernardín, dormido entre los brazos. El ingeniero permanecía de pie y apoyado en la baranda del balcón.

—Así es mi hermana, señor Castillo. No exagero.

—Pero ¿es que ella se complace en sacrificar sus deseos?

—¡Ah! No diré a usted que goce con este bárbaro asesinato de sus caprichos. Eso no. Yo pienso que cada sacrificio suyo le cuesta un esfuerzo cruelísimo de voluntad; lo que sí afirmo es que le lleva a cabo sin vacilación, sin miedo.

—¿Qué heroísmo!... ¿Y usted?...

—Yo he querido imitar mil veces su conducta,

pero no he podido. Francamente, perder aquello que se tiene en la mano porque a uno le da la gana perderlo, me parece, no sólo horrible, sino tonto además.

—De manera que en este... asunto... porque así debemos llamarle... en este asunto usted no quiere sacrificarse.

—Mire usted, señor Castillo... Yo no sé por qué me inspira usted tanta confianza. Ocho o nueve veces he hablado con usted, y parece que le conozco desde antes de nacer.

—¡Amiguita!—dijo él en broma—. Es que las almas felices y las almas insensibles vienen al mundo del mismo país. Usted y yo, en ese país, hemos vivido juntos.

—No sé si esa fábula es verdad... Lo que sí es verdad es que yo le hablo a usted con franqueza, y que me parece que al decírselo a usted me lo digo a mí misma.

—Gracias.

—No es galantería. Es franqueza, lo repito, franqueza sólo.

—Bueno; pues dígame usted con esa franqueza que a mí me gusta tanto, si usted se ha propuesto apelar al heroísmo del sacrificio.

—Quiero apelar... pero...

—Pero no quiero. ¿Es verdad? ¡Ah, grandísima egoísta!

—Ese es el calificativo que me corresponde... Mire usted—exclamó Narcisa alzando de improviso la cabeza para mirar al ingeniero, como quien,

tras breve vacilación, decide lanzarse a algo importante—. A mí me parece más natural que mi hermana deje de amar a Angel, que no dejar yo de quererle.

—¡Bravo! Siga usted diciendo verdades.

—Ella tiene educada su alma para el sacrificio.

—Y usted la tiene educada para el egoísmo.  
¿Es eso?

—No... ¡Si es que desde pequeñita se acostumbró a ceder!

—¡Muy mal hecho! Quien cede una vez, cede siempre. Eladia le cedió a usted el primer muñeco, y usted se empeña en que también le ceda el último... porque un marido es el último muñeco de la niña, y no otra cosa.

Narcisa se quedó pensativa, más aún de lo que antes lo estaba, y bajó de nuevo la frente. Castillo separó sus manos del balaustre de hierro y las introdujo en los bolsillos del chaleco, mientras, fijando la mirada en la cabeza rubia de Bernardín, exclamó:

—Usted dirá que yo soy uno de esos Quijotes inaguantables, para quienes la vida es un Puerto Lápice, en el que buscan doncellas perseguidas que amparar, desventuras a que prestar consuelo y empresas sandias en que comprometer el poderío de su espada... No lo negaré... Yo soy algo Quijote. Admirame aquel loco que tomaba tan a pecho los males ajenos, y cuando le veo llenarse de congoja por la desgracia de la destronada Micomicona, me dan ganas de cogerme a su cuello y lle-

narle de besos «las estrechas quijadas...». Pero aun cuando tengo este principio de locura, no es completa aún... Limitase a no poder contemplar con indiferencia el mal ajeno... Y eso de pensar que yo no procure remediarle, y que después de ver que van a pegar un pisotón a uno, me aleje sin decirle: «Levante usted ese pie, hombre, que se le van a destrozar», es pensar lo imposible.

—A mí también me duele lo que pasa... Es una cosa atroz...

—Sí, todos nos dolemos en abstracto del mal ajeno; pero ¿quién procura remediarlo?

—Yo bien quiero...

—Quiere usted y no quiere. A todos nos pasa lo mismo... Diré a usted mi pensamiento enterito. Acaso este predicador practicara menos moral de lo que dice. Acaso yo no me sintiera con bastante fuerza de ánimo para realizar lo que aconsejo a usted que realice...

—Pero yo creo que Eladia no quiere mucho a Angel.

—¿Usted cree eso, o quiere usted creerlo?

—Lo creo... Más bien le demuestra indiferencia y temor... diría que hasta prevención... Cuando está con él apenas habla. En su presencia hay que sacarle las palabras del cuerpo con tirabuzón, como los corchos de las botellas.

—¡Ay, Narcisa! ¡Qué desgraciada es Eladia!... Sí, es muy desgraciada, porque lleva a cabo sacrificios que los demás no ven... Lo que hace esa criatura es ir echando pedacitos del alma al ave negra

de la indiferencia, y se los echa cuando ninguna pupila humana puede divisar su acción.

—¿Qué dice usted? No entiendo esas comparaciones. Es un lenguaje helado el de usted, que me hace la misma impresión que la vista de la nieve.

—Eladia sabe que usted quiere a su novio.

—¡Lo sabe!—balbuceó Narcisa, a tiempo que su cara se sentía arder con un fuego que coloreó súbito las mejillas.

—¡Lo sabe, pero no lo dice! Acaso no conoce ningún hecho determinado. De fijo que no ha visto una carta como aquella que me puso a mí, a un amigo de ayer, a un hombre para usted indiferente, en posesión del secreto, dando ocasión a que yo, Quijote de la modestia vencida y caballero andante de la debilidad tronchada, hablara con usted de este modo y le autorizase a que, cansada de escucharme tan enojoso sermoneo, me prohiba dirigirle otra reconvención más...

—No haré yo tal... Aun cuando usted me dijese cosas más fuertes... Usted tiene la razón. Además, yo no sé qué influencia ejercen esas palabras sobre mí...

La gente que se hallaba en el balcón lanzó un grito de horror, y mientras las mujeres se retiraban, aproximáronse más a la barandilla los hombres.

—¡Le ha matado!—gritaba uno.

—¡Tres veces le introdujo el asta!

—¡Y en el lugar donde la herida no tiene cura!

Afuera, el vocerío, que por un momento se con-

virtió, de lejano y sordo rumor, en chilladiza aguda y en gritar desesperado, calmóse luego de repente, y un solemne y trágico silencio dominó el tumulto. Era que el toro había enganchado por la faja a un mozo, y revolcándole en la tierra, después de darle varias feroces embestidas con la testuz, habíalo levantado con espantable velocidad sobre uno de sus cuernos, haciéndole girar en aquel aparato cruel de muerte. Todos los alientos se hallaban suspendidos. El mismo aire había dejado de moverse, como una respiración enorme que espera el desenlace de algo para exhalar su aliento de nuevo.

Narcisa se quedó silenciosa, pálida y sin acción. Alargó la cabeza hacia la ventana y dijo:

—¡Alguna horrenda desgracia!

—Sí—le contestó la mujer que había arrancado del balcón a Bernardín, y cuyo nombre era Quiteria—. Ese bruto de Poco Pelo, que ha ido a echar una suerte al toro, y, claro está, la borrachera le ha entregado a los cuernos.

—¿Y le ha matado?

—No se sabe; pero abajo dicen que es sólo una herida de poca monta.

—¡Dios mío, qué atrocidad!—exclamó Narcisa sintiendo que corría por su epidermis un calofrío de horror.

—Cuarenta años—añadió Quiteria sentándose con mucho cuidado por no ajar ni descomponer los pomposos pliegues de su falda—, cuarenta años hace que presencio estas corridas. Ni una sola vez ha dejado de haber que sentir. Eso consiste en que

los que aquí tolean no entienden de capa y salen a probar ventura como unos bárbaros que son.

El señor juez entró en la sala entonces, retirándose del balcón, y dijo:

—Esto debía prohibirse. Comprendo las corridas dadas por los toreros de oficio; pero de ningún modo estos brutales alardes de ferocidad. ¡Estas gentes desprecian la vida!

Había dejado de mover la caña, y sus lentes no servían ya de escaparate a aquella perpetua risa con que el representante de la más tremenda autoridad decoraba sus facciones. Un leve reflejo del sol en los cristales de los citados lentes parecía una huella visible de la risa de sus ojos, que sólo en las grandes ocasiones de su profesión se suspendía.

—Señor juez—dijo Quiteria—. Hablando de otra cosa. ¿Sabe usted algo de mi pleito?

—Doña Quiteria—repuso él—, aún no me ha contestado el amigo de la Audiencia a quien escribí.

—¿Y usted qué cree?

—Doña Quiteria, mil veces se lo tengo dicho. Su negocio de usted es seguro; aun cuando esos parientes mal nacidos que su esposo de usted, que gloria haya, dejó en este mundo, son unos enredadores insoportables.

—¡Tunantes!—exclamó ella con calor, sin acordarse más de lo que en la plaza había ocurrido—. Esos parientes son todos una mentira detrás de una mata, como el otro que dijo.. ¡Propalar que yo había falsificado el testamento de mi difunto don Dimas! ¡Infamia igual!

Aquella buena vieja había sido durante treinta años ama de llaves, criada y compañera, todo en una pieza, de don Dimas Bermejo, a quien llamaba el vulgo maldiciente don Dimas «el mal ladrón», a causa de que aumentó su hacienda prestando a premio, y con uno nada desmedrado ni equitativo. Nadie sabe por qué pasó su vida en virginal celibato, aunque se supone que fué por economía; como nadie sabe tampoco por qué una mañana, de las últimas de su vida, se le antojó casarse con su ama de llaves, con la virtuosa Quiteria, que había paseado su cuerpecito por el mundo durante cincuenta años, con toda su doncellez a costas, como la condesa Trifaldi. Capricho fué aquel que dió mucho que reír al pueblo, y en los corros de desocupados que se congregaban en la plaza de diez a doce de la mañana, o a la puerta de la iglesia, si había maitines, por la tarde, se inventaron mil chuscas historias para justificar una cosa injustificable.

Ello es que don Dimas «el mal ladrón» y la santa Quiteria unieron sus arrugadas manos en dulce coyunda de amor ante el sacro Evangelio de San Marcos.

Lo peor del caso fué para unos sobrinos que tenía «el mal ladrón», en quienes quiso la negra ventura reunir todas las plagas sociales que abruma a esos señoritos de pueblo, pobres como las ratas, holgazanes como el gorrión y presuntuosos como el mono. Aguardaban la herencia del tío para salir de trampas, y en tanto, se pasaban la vida de

casa en casa, de visita en visita, de la tertulia del boticario, donde se jugaba al tresillo, a la del confitero y cerero, donde se jugaba al mus ilustrado, y aderezando sus pláticas con la pimienta picante de la murmuración. ¡Cuál no sería su sorpresa al saber el matrimonio de Quiteria y don Dimas! Puede calcularse con el dato de que aún fué mayor el que les produjo la noticia de que Quiteria se hallaba encinta. Si les hubieran asegurado que el pico de Alerce había dado a luz un toro, no les hubiese sorprendido más que aquella mueca burlona y epigramática de la naturaleza, que reservaba para la edad caduca de Quiteria la facultad maternal, que parece signo y emblema de la juventud robusta y poderosa. Murmuróse en el pueblo que aquello era obra de brujería, y no faltó comadre parlanchina que jurase «por ésta» (la señal de la cruz hecha con los dedos grueso e índice de la mano derecha) haber visto a Quiteria salir por la chimenea de su casa, caballera en una escoba para ir a un aquelarre donde el diablo la otorgó, a cambio del alma de don Dimas, aquel hijo que llevaba en el seno. Cuando dió a luz, creció más el rumor, porque el niño salió, según era presumible, encanijado y mísero y con una idiosincrasia débil y enfermiza. Bien es verdad que su cara era lindísima y que sus ojillos azules parecían dos espejitos de los ángeles; mas con tener aquella criatura, hijo de la necesidad y la vejez, medio cielo en la enferma carita, no pudo apartar de sí la fama fabulosa y brutal de su fantástica generación. Con tan negra fortuna vino

este mundo Bernardín, aquel niño cuyo padre murió el mismo día de su bautizo, créese que del disgusto que le causara el verse obligado a aflojar lindamente la bolsa para las ceremonias eclesiásticas de rúbrica en casos tales. Morir «el mal ladrón» y caer sobre la casa mortuoria un enjambre de ladrones, peores que el que acababa de cerrar el ojo, fué obra del mismo instante. Manos irreverentes anduvieron registrando los cofres del finado, las cómodas de la ropa blanca, la alacena de la loza, el arcón del pan, las candioteras vacías y hasta las sábanas mismas del lecho donde reposaba con el sueño escultural sin fin aquel cadáver amarillo, cuyas entreabiertas pupilas y cuyos labios, contraídos por una como feroz sonrisa, parecían enviar despreciativa e iracunda maldición a los malvados descendientes que así profanaban sus restos.

Quiso la justicia que no encontraran ni un doblón, ni una peseta. Era previsor don Dimas, y todo lo tenía dispuesto en forma: el dinero alzado, el testamento hecho, las alhajas en manos de Quitéria, y hasta el reloj de plata sobredorada que solía usar, entregado, como único regalo de su vida, al cura don Froilán Malaparte, que le ayudó en la hora postrera a trepar con sus patas de cuervo pecador los peldaños de esa escalera, que es de palo aquí, donde empieza, y es de rayos de sol allá arriba, junto al trono celestial del que todo lo puede.

---

Los anteriores sucesos, noticias, retratos e impresiones nos fueron remitidos desde Villar Don Lucas por un amigo nuestro que en aquel pueblo reside de temporada. Enviónoslos, y en la carta con que los acompañaba nos decía así:

«No sería del todo falta de interés la historia de unos amores raros que aquí sienten dos hermanas por un abogadillo. Yo procuraré tener a usted al corriente de estos amores que han trascendido al pueblo y son objeto de la conversación. Hacen notar las gentes cómo, naciendo dentro de una misma familia seres de tan diversa condición moral como Narcisa y Eladia, una ley fatal, dura y terrible obliga a ésta a ser sacrificada en aras del bien de los otros; y con filosofía vulgar, de muy buen sentido, afirman que quien principalmente podía impedir tan injusta e irritante lógica de los caracteres es el padre, educándolos de modo que, enderezados en sus torceduras, remediados en sus defectos, corregidos en sus yerros, limitados en sus demasías, y alentados en sus desmayos, cada uno adquiriría aquello que le faltase y le fuera más necesario para la lucha de la vida. Pero yo creo—no sé si usted pensará como yo—que los padres no tienen obligación de ser filósofos, y que su mismo cariño les ciega la razón natural, no viendo claro, como es preciso, para imponer la medicación espiritual que el vulgo quiere, a sus hijos y hechuras. Por otra parte, y en lo que al caso concreto de Eladia y Narcisa atañe, aún no puede decirse que sea aquélla la sacrificada, por más que es presu-

mible. Sobre ello escribiré a usted cuando y como pudiere.»

.....  
 .....  
 .....  
 Más de un mes se pasó después de recibida la anterior carta, y una tarde llegó a nuestras manos esta otra:

.....  
 .....  
 «¡Albricias, dirá usted, albricias! Al fin puedo terminar este cuento, pues mi amigo me manda los datos que me faltan para poner fin a estas comenzadas e inconexas cuartillas.» Desgracia, señor, desgracia, respondo yo a su imaginada albricia de alborozo. No sólo no le envió esas cuartillas que le faltan, sino que me es absolutamente imposible el cumplir mi compromiso de remitírselas.

»Los sucesos han venido tan aprisa que nadie se los explica. He procurado buscar una causa, razonarlos, ponerlos en orden e irlos enhebrando en el hilo de lo verosímil. ¡Inútil faena! ¡Tiempo perdido! Los sucesos se resisten a la lógica, como vasallos insurgentes a ley marcial, y se quejan cuando se les aplica para juzgarlos.

»Sepa usted lo que dice, y saque de ello lo que buenamente pudiere.

»Narcisa, perdida toda esperanza de conseguir el logro de sus deseos, y viendo que don Sandalio disponía el matrimonio del promotor y Eladia, cayó enferma. Tuvo calenturas y síncope, y vióse

a las puertas del sepulcro. No se sabe qué papel jugó don Claudio Castillo en el asunto, ni cómo influyó en el ánimo del promotor, el cual, convencido sin duda de que era una infamia arrancar a Eladia las ilusiones ya marchitas de su amor, accedió resignado al matrimonio después de una explicación dramática habida entre él y Narcisa. Advierto a usted que todos estos incidentes del negocio pasaron inadvertidos absolutamente para Pantoja, mientras que el pueblo de mil encontradas maneras lo comentaba.

»Es el caso que la enfermedad de Narcisa iba de mal en peor; que sus mejillas, enardecidas por la fiebre en los primeros días, viéronse después pálidas y amarillentas como secas hojas de magnolia; que enflaqueció rápida y visiblemente; que sus labios, en que antes anidaba la mariposa de la sonrisa, enmudecieron escondiendo aquel paraíso de alegrías tras el severo gesto de la taciturnidad, y que sus ojos adquirieron súbitamente la opaca negrura del terciopelo.

»El promotor fiscal, a quien la caída de un caballo, según comuniqué a usted, había fracturado una pierna, tampoco adelantaba gran cosa en su curación, y en las aburridas soledades de su cuarto, con la cabeza apoyada en el respaldo del sillón y entablerada el alma entre los duros maderos de un deber ingrato, como lo estaba su tibia rota entre los tablajes de un apósito quirúrgico, largas horas de negra meditación pasaba.

»Eladia vió todo esto, comprendió el motivo de

aquellas desgracias, que ella inocentemente causaba; asustóse de su obra, llenóse de horror pensando que no podría dormir jamás el sueño tranquilo de las conciencias limpias si no trataba de impedir la desventura de sus semejantes, y olvidándose de que para llevar a cabo tan noble pensamiento de abnegación tenía antes que asesinar su dicha, sus esperanzas, sus ilusiones, habló con don Sandalio reservadamente y largo rato. Qué cosas diría Eladia a su papá son presumibles, si se lleva cuenta del número de veces que Pantoja se santiguó, que era el modo con que él expresaba su asombro. Parece que Eladia dijo, con una positiza sonrisa en los labios, que Dios sólo sabe cuánto trabajo le costaría fingir; con una alegre carcajada que vino a reflejarse sobre el obscuro lago de su silencio e ignorado llanto, como la luz del sol sobre un mar negro:

—«Antes me dejaré matar que casarme con Angel.

—«Pero ¿y mi palabra empeñada con ese excelente joven?—preguntó don Sandalio apelando al último recurso que su menguado magín le ofrecía.

—«Casémosle con Narcisa—repuso Eladia.

—«Eso es una atrocidad... ¿Quiere ella?... ¿Querrá él?

«¡Que si querían los dos le preguntaban a Eladia! ¡A Eladia, que sacrificaba en el altar de aquel amor el suyo! A punto estuvo Eladia de soltar la presa de su llanto. La sonrisa que fingían sus labios obscurecía un punto como estrella que tiem-

bla al hundirse detrás de una nube; pero reapareció serena y tranquila poco después.

—Yo respondo de eso—contestó.

«Ella respondía del amor de Narcisa y Angel; ella respondía de un amor que le arrancaba el alma. Era como decir: «Esté usted tranquilo, yo respondo de mi desgracia.»

«Tres días después corrió por el pueblo el rumor de que don Angel y Narcisa se casaban. El rumor era exacto. Don Sandalio le confirmó en la plaza un domingo, después de misa... Ayer se ha llevado a cabo el matrimonio... Así, de repente, como quien suelta el tiro, así es como vienen las desgracias a los seres débiles, y así es como se consumó la de Eladia.

«Como por ensalmo se han restablecido los enamorados enfermos. Fuéronse noramala aquellas palidices, aquellas tristezas de ojos, aquella penita sin fin de los ánimos. Están alegres, dichosos y contentos, y esta noche creo que salen para Madrid y París. Me han asegurado que Angel tuvo una escena desgarradora con Eladia, en la que se echó a sus pies, besó sus manos, llamóla santa, diosa, mártir, y en que, tras mil palabrejas de letanía, él aseguró que jamás olvidaría aquella abnegación sin ejemplo; pero acaso luego de dicho este discurso hubo de acometerle la modestia, y añadió que sin duda Eladia no le había amado nunca, y que renunciaba a su mano con menos heroísmo que gusto. Ella no supo qué contestar a estas palabras. ¿Qué podía haber dicho? ¿Que le amaba con toda su alma, que el sacrificio de su amor era infinitamente do-

loroso, que su corazón quedaba hecho trizas después de someterle a aquel machaqueo horrible de sus sentimientos en el duro yunque de la voluntad? Se hubiese muerto de vergüenza antes que declarar los secretos de su alma delante de un hombre, del hombre que inspiraba aquel hondo y arraigado afecto. Prefirió callar, sacrificando el diezmo del agradecimiento que su cuñado debía pagarle, en aras del pudor.

»Don Sandalio dice que Eladia es un ser excepcional, y que desconfía de casarla.

—»Miren ustedes que lo que ahora me ha pasado con ella no tiene nombre. Concertéle la boda con un muchacho buen mozo, listo, de excelente familia, de porvenir. Estaba todo arreglado, la boda se disponía, y de la noche a la mañana me dice mi señora hija que antes que casarse se dejará matar... ¿Tiene esto el más pequeño grado de lógica... de lógica, señores, que es la razón de las cosas, la filosofía de la vida? Yo digo que no, una y cien veces.

»Eladia oye estas crueles burlas, y al ver que nadie la comprende, que su heroísmo ha sido simplemente echada en la arena improductiva de la ingratitud, una tristísima sonrisa se abre en sus labios como una flor amarilla sobre la fosa sepulcral. Largos ratos permanece quieta, muda, aborta, silenciosa, con las manos cruzadas, la labor de «crochet» abandonada en el cesto sobre cuyos mimbres la urraca anda picoteando y arrojando de su metálico garguero duros chirridos. Su acti-

vidad ha disminuído, y a veces pasa días enteros sin ocuparse, como antes solía, de los menesteres de la casa, que anda desde hace días en poder de los criados. Don Sandalio se halla muy disgustado con tal motivo.»

.....  
 .....  
 Anteayer nos remitió nuestro amigo esta otra carta:

.....  
 .....  
 «Una noticia final. Don Sandalio se casa... se casa con doña Quiteria. ¡Quién lo diría! Refieren que últimamente el abandono en que Eladia tenía a la casa era completo; que ha perdido la salud, y que las mil atenciones de la labranza no se hallan dirigidas con la acucia que han menester. Don Sandalio, que había hecho varias indicaciones sobre esto a Eladia, como viese que ella perseveraba en su retiro a las últimas habitaciones de la casa, en sus soledades, en su mutismo y en su encerramiento en la capilla, y como, según él dice, no quiere contrariarla en lo más mínimo, ha buscado un medio de conciliar su bienestar y el de su casa con el capricho de su hija; el medio consiste en casarse con doña Quiteria, la cual correrá con el manejo de la labor, con el trato de los criados y con el gobierno absoluto de la cocina.

—»Quiteria y yo—dice don Sandalio—nos completamos mutuamente. Yo necesito una mujer que supla a Eladia. Ella necesita un hombre que mire

por el buen desenlace de su pleito y espante a la turba de negros golillas que vienen sobre él como tupida bandada de mosquitos chupones.

»Aquí tiene usted, pues, reducida a Eladia a un papel secundario dentro de casa de su padre. Cada día está más delgada. Yo creo que acabará por enfermar.

»Las gentes que conocen la verdad del caso se dividen en dos partidos al apreciar el sacrificio de Eladia. Dicen unos que es una mártir sublime. Dicen los otros que ha procedido como una grandísima tonta. Este segundo partido está en mayoría.»

*Junio, 1879.*

---

# EL NIDO DE UN DRAMA

(APUNTES PARA UNA NOVELA)

---

## I

### Un parroquiano del café del Oriente.

Indefectiblemente, a las ocho de la mañana aparecía Jerónimo Cándido en el mostrador del café, con su gorrilla de paño encasquetada sobre la frente. Era aquella la hora de limpieza en el establecimiento, y los mozos, vestidos con el traje de labor, sacaban brillo a los cristales, barnizaban los espejos, esgrimían el plumero y con los recios puños pulían el mármol de las mesas, quitándole las manchas que produjo el tráfago de la noche anterior. Madrid es un pueblo poco madrugador. El alba es un fenómeno celeste que no conoce de vista este rey ciudadano, a quien los geógrafos llaman madrileño. Era, pues, escaso el público que entonces acudía al café del Oriente. Algún viajero que iba a tomar el primer tren de la mañana, algún mísero y desperdigado panza-al-trote, de esos que duermen al raso y viven de café con media tostada. La

luz cenicienta de una mañana nubosa colábase por las grandes puertas de cristales, sacando líneas de brillo en los dorados de las columnas, jugaba y sonreía en los espejos y producía espléndida claridad en el aparador de licores del mostrador, haciéndose lechosa al meterse en el frasco del anisado, empurpurándose con la proximidad del coñac y colgando jirones de oro en las alas de metal blanco del ángel del mal que coronaba dignamente en una eterna cabriola inverosímil aquel infierno de alcoholes destilados y teñidos... Pero no; no eran sólo alcoholes teñidos por la industria engañosa de algún habilísimo adobador de vidueños los líquidos que llenaban las ampollas de cristal de Bohemia tallado. Dígalo si no aquel viejo que cada mañana entra de siete a siete y media en el café, bajo la sombra protectora y secular de un añosísimo sombrero de castor, de alas inmensas, al cual viejo sirve un mozo, sin que él lo pida, señal de que es conocido en el establecimiento el gusto del parroquiano, una copa de ron legítimo de la Jamaica, que el consumidor saborea con deleite. Aquel día eran las ocho, y Jerónimo Cándido no había aparecido en el mostrador.

—¿Y el amo?—preguntó el viejo de las alas.

—¿No sabe usted?—respondió con cierto misterio el mozo, metiéndose el paño bajo el brazo y apoyando los dos puños en la mesa—. ¡Si hoy es la boda!

—¿Quién se casa?

—El señor... Ahora están en la iglesia... En el billar se ha dispuesto el *buffet*.

—¿Y quién es la novia?

—¡Una muchacha bastante pobre, pero muy bonita!... ¡Un puño de oro!... ¡Ya verá usted su carita de rosa asomando por entre los frascos del mostrador!

—¡Hola! ¡Hola!... El amo tiene gusto... para todo menos para el ron... Esto es un veneno... *Distillatio papaveris*... Yo soy como Mitrídates... He llegado a ser insensible a los venenos... *Insensibilia noscentur*.

Era el viejo de las alas y del bárbaro latín un ser anómalo y extraño. Solterón recalcitrante, tenía sus doctrinas volterianas respecto a la mujer y al matrimonio. Una pequeña renta le aseguraba el puchero, y él invertía todo lo sobrante de bolsa y todo el vigor de su alma en el servicio de una pasión científica. Es común en esta clase de hombres a quienes un desengaño risueño hace odiar la vida sin dar a su odio el tinte melodramático de esos *Hamlet en gerbe* que crecen en los lugares húmedos y sombríos, el que una afición artística o científica, adquiriendo dentro de su espíritu el imperioso influjo de una pasión y la tenacidad de una monomanía, los hace seres fuera de regla en la vida. Don Mateo Alemán era botánico y ratón de biblioteca; gran coleccionador de obras raras y de plantas. Tenía vecinos en dos armarios la biblioteca y el herbario.

—¡Mis dos frascos de perfume!—decía señalándoles con ambos índices, mientras aquella sonrisa de burla pasaba por sus labios cárdenos, con sus alas húmedas de hiel.

Sus sentimientos, sus instintos habían huído de las demás acciones y esferas de la vida, y sólo se excitaban si la rosa de Jericó se pulverizaba seca entre las hojas de piel que la envolvían o si un roedor destruía alguna cantonera dorada de su magnífico *Linneus Lacerius plantaque alicaque*. Después de desayunarse con una copa de ron, encaminábase a la Casa de Campo, aunque lloviera. Perdidó bajo la sombra de los álamos, buscaba allí una flor y se la traía dentro de una cajita de cartón a su herbario. El decía:

—Una noche se acostaron juntos la mujer de Linneo y Voltaire... A los nueve meses nació yo...

Cuando oyó las explicaciones, tan prolijas como torpes, que el mozo le diera, desaprobó con la cabeza:

—¡Pobre amo tuyo! Se ha hundido... No se podrá tomar aquí una copa de ron... Se ha casado... El celibato es el estado perfecto del hombre... El célibe tiene alas... el marido, pies... y frecuentemente pezuñas... Apuleyo llama al célibe «discreto» y al casado «intruso»... Tráeme agua...

—Aquí llega la boda—dijo el mozo.

## II

### Cortejo de Himeneo.

Cuando tres carruajes de alquiler detuvieron los cascós de sus famélicos caballos a la puerta del café del Oriente, una murga apareció en escena,

y sus cinco individuos, vestidos de ropajes míseros, de inverosímiles levitones, con caras de hambre, guarnecidas por barbas de descuido, con guantes de estambre en las manos, que oprimían los instrumentos crudelísimos de metal como se oprime un arma homicida, formaron simétrico grupo, especie de círculo dantesco de la inarmonía. Tocarón el «cancán».

### III

#### B o d a .

- Como era la hora en que los criados se asomaban a las ventanas para limpiar alfombras y vestidos, y en que se instalaban en las esquinas los vendedores de periódicos, los mozos de cuerda y los guardias de Orden público, el cortejo de la boda tuvo público curiosísimo y numeroso. A la puerta del café llegaron los tres landós más averiados y clásicos de Castilla, con su enorme montera de charol resquebrajado a trechos, con las ballestas fortalecidas por un repaso de cáñamo torpemente disimulado, con sus troncos de caballos ingleses y normandos, tan peludos y lacios que parecían las hacaneas del hambre enganchadas a la carroza de la vanidad. No fué obra fácil la de que el contenido humano de aquellos carruajes saliese de las estrechas portezuelas. De un lado lo dificultaba la excesiva angostura de los landós, complicándose con la superabundancia humana, y de otro lo impedía

la urbanidad ridícula de aquellas gentes de la clase media, cuyo principal carácter consiste en ser con exceso corteses cuando la cortesía molesta y sobrado libres cuando la cortesía es necesaria. Todos querían dejar salir delante a las señoras.

—¡No consentiré!—decía el novio, ofreciendo el brazo a la señora de Rodado, comerciante en chocolates—. Usted primero.

Salió por fin el novio, con su levita de negro paño de Sedán, nueva y bien entallada, sobre cuya solapa, con vivo albor, lucía un cuello planchado a maravilla. El rostro de Jerónimo Cándido Urbide tenía todos los síntomas de que el espíritu del afortunado cafetero se hallaba dominado por la estupefacción de la felicidad. ¡Ya era dueño de Leonarda! ¡De Leonarda, que salía entonces del mismo coche, pálida, elegante, aristocrática, con su vestido de negra seda y su velo de Flandes prendido al cabello con dos agujas de filigrana! Toda la felicidad del mundo hallábase reconcentrada en Leonarda, en sus dos ojos zarcos, en su hermosura esbelta y semialada, en ver y estrechar su talle, en provocar y oír su risa, que tenía notas de agua que corre y de flauta que canta. Cuando el viejo cotorrón don Heriberto dió un solemne apretón de manos a Jerónimo Cándido Urbide, éste se hallaba embobado, traspuesto a la región de la dicha suprema, entontecido. Sentía estremecimientos nerviosos en las manos, y la sangre le caldeaba todo el cuerpo. Temía moverse demasiado violentamente y romper toda aquella máquina de felicidades que le envolvía.

—¡Oh fortuna!—decía colocándose sobre la sien derecha el sombrero y señalando con una expresiva sonrisa al novio el autor dramático Comellas, que jamás pudo ver una obra suya en escena—  
¡Oh fortuna, amante de los necios!

Era, a pesar de su frase, poco caritativa para Jerónimo Cándido, amigo de él, y aun dicen gentes enteradas que el cafetero le abrió alguna vez su gaveta. Comellas era de edad proveya; pero su rostro moreno, feo, tortuoso y lleno de arrugas, carecía de toda severidad y alejaba la idea del respeto. Un cierto reflejo obscuro que la luz producía al encontrarse con el brillo untuoso de aquel rostro, causaba impresión de asco y alejaba de él.

Los convidados pasaban de veinte, y todos atravesaron el café y ascendieron la escalera de caracol de los billares, para llegar a un salón donde iba a servirse un almuerzo. Pudo verse, al ascender el cortejo por la estrecha escalera, en la que iban de uno en uno, toda la variedad con que el mal gusto adorna a las mujeres de ciertas clases sociales. ¡Qué vestidos amaranto, qué lazos como mariposas, qué fichús de tul, con pretensiones de españoletas de Cluny; qué guantes de color de caña, y qué sombrillas moradas y verdes, sin mentar la colección de abanicos que en toda femenina mano se ostentaban con sus toreros amarillos pintados en el paisaje!... Luego subieron los señores, y aquella espiral de la escalera se quedó silenciosa y solitaria, mientras en las salas de los billares temblaba el pavimento bajo el peso de la comitiva.

## IV

**El tren de circunvalación.**

Más abajo del puente de Segovia, entre un rezo de huertas donde una lágrima de riego produce un ramo de verdura, hace un recodo la vía férrea de contorno y se introduce por bajo los cimientos de Madrid, a través de una abertura negra y fumosa. Es una pequeña explanada lo que allí forma el terreno, y en ella hay una plataforma giratoria para facilitar las operaciones de los trenes, y una caseta de madera, que habita el guarda. Delante de la puerta de esta caseta juega una niña. El polvo del carbón que cubre el suelo se ha apoderado de la niña, y ha manchado sus ropas y ha teñido su cutis... ¡Pobre mariposa que se cayó en un tintero! Cuando llega la noche, esta niña se sienta en el quicio de la puerta y aguarda ansiosa... Bien pronto se oye un lejano temblor de tierra y una sorda vibración metálica; luego, un silbido; luego, un estrépito de coces dadas por cascotes de hierro en piso de hierro también, y la locomotora pasa majestuosa, con su cabellera de chispazos de luz. La niña contempla aquel fantástico personaje de acero y llamas, y no es dudoso que en su imaginación infantil le atribuya todos los prestigios de la magia blanca y negra, todos los imposibles deliciosos del cuento infantil; acaso le compara con la bota de las siete leguas; tal vez con el caba-

llo de Astarot... ¿Quién es capaz de seguir el obscuro camino que una idea lleva a través de las circunvoluciones de un cerebro apenas formado?

Esa niña había cumplido los once años cuando nosotros la conocimos. Era delgada, esbelta y agradable. Carecía de esa corrección de líneas que constituye una belleza acabada; pero estaban en aquella frente plana y espaciosa, en aquellos labios delgados y breves y en aquel corte general de la fisonomía las semillas de la gracia, que con la primavera de la juventud echarían flores y aroma.

En el mundo de la historia, donde se habla de Eva, de Agripina, de Eudoxia, de María Teresa, no se hablará, sin duda, de este ser obscuro, pequeño e insignificante a quien los siglos conocen con el nombre de Leonarda Aldero.

Aquella noche había caído un poco de lluvia, y el sol se había puesto entre brumas sangrientas. La atmósfera estaba empapada de agua; el piso, húmedo, y cuando la luna salió, después de dibujar en las rotas nubes formas de sudarios rotos, reflejó en la tierra sobre los charcos fulgores de cirios funerales.

—¡Ay, madre, qué triste está el mundo!—exclamó Leonarda, metiéndose dentro del casetón.

Pero este casetón de pino no era ni podía ser un hogar. El hogar exige lumbre, y allí no había lumbre, si no es en un anafe de hojalata, donde hervía la olla que pocos momentos después debían comerse Pablo y Paula, tíos y protectores de la huérfana Leonarda. Porque Leonarda era huérfa-

na, y vivía poco menos que de la caridad de su tío Pablo, el guardaagujas, y de su tío Ernesto, cocinero de la fonda de los Dos Mundos, una ilustración del arte culinario.

Después de la cena llegó Clotilde, una criatura de diez y ocho años, que era prima de Leonarda, y en el mundo, vendedora de flores. Allí descansaba la florista. Venía de la huerta del Llusio, con su cesto de nardos y rosas, que después debía vender en los teatros. Era la hora de dicha para Leonarda aquella en que Clotilde llegaba cantando sobre un aire de malagueña no sé qué coplas de un color verde subido. Pero Leonarda no entendía el sentido diabólico de la canción. Su conciencia pasaba sobre ascuas sin quemarse.

## V

### La vendedora de nardos.

Clotilde le contaba toda aquella magia de la vida elegante, y la diabólica florista, con su lenguaje chulesco, que es como una caricatura del castellano, desarrollaba a los ojos de la absorta y curiosísima criatura telas llenas de figuras fantásticas, que se destacaban sobre fondo de oro, como los muñecos de una mampara china. Clotilde sabía de memoria lo que sucedía en el gran mundo, y en sus diez y ocho años, enanos y nerviosos, una erudición del vicio precocísima y ma-

ligna le anticipaba los frutos de una vejez corrompida. Aquellas cuatro horas pasadas en los teatros, con el canastillo de mimbres recostado en el talle, entre los *dandys*, repartiendo nardos y camelias, fueron la cátedra de Venus, de donde salió Clotilde sin decoro moral aun antes de haber perdido la pureza física. Ella estaba ducha en mil historias de encantamientos sociales, y sabía la lista de amantes de la duquesa del Castillo, como los muchachos de las Escuelas Pías saben la lista de los reyes godos. Clotilde era un diablillo de los teatros; llevaba billetitos perfumados y rosas de invierno; tercera de muchas infamias conyugales, ignorante de su misión y de su papel, sin alcanzar, a pesar de su vivísimo ingenio, la trascendencia y gravedad de cada uno de sus pasos por la vida. Sus padres la dejaban hacer. Fué una suerte para ellos que tan diestra y hábil saliese la muchacha, porque había aumentado en un cuádruplo el valor de las flores de la huerta de Llusio, que ellos cultivaban, y que está más allá del cementerio de San Isidro.

## VI

**Luz, aire, agua... ¡Vida!**

Era un día de fiesta en la naturaleza. El sol incendiaba los espacios, y en la cavidad vacía de los cielos palpitaba ciega la estrella, mientras en

la superficie de los campos hervían las mariposas y los grillos. El arroyo se evaporaba; la luz arrancaba a la fuente reflejos y centelleos... El idilio flotaba en el aire. Leonarda no había salido nunca de aquel rincón prosaico del mundo enclavado entre las Peñuelas y el Matadero, ni sus pies pequeños y lindos, como pies de duquesa, dignos de bailar la gavota de Gluck en los salones dorados de Varsovia, habían pisado otra alfombra que la del polvo de tan horrendos lugares. Y ahora, ¡ay!, se encontraba de improviso con un tapiz abajo, hecho de todos los colores de la primavera, y otro tapiz encima, hecho del azul profundo de los cielos castellanos. La pobre Leonarda, aun cuando iba a aquella fiesta en la humilde condición de la criada, para fregar el servicio de la comida, se creyó nereida o ninfa cuando penetró sola y asombrada bajo la bóveda verde de los olmos. Allí se le ensanchó el corazón. Sus quince años batieron las alas.

## VII

**Más luz... ¡Ahora suena la música!**

Esto era cerca de San Fernando, ese pequeño nido de vegetación colocado a la vista de Madrid como una esperanza de los ojos, tristes de contemplar la aridez clásica de Castilla. Pocos años antes, hace ya muchos, una larga fila de coches,

de que tiraba el caballo de vapor, había unido a San Fernando con Madrid.

La expedición se hizo, pues, en un vagón que, al abrir su portezuela, dejó escapar aquel ejército de la alegría y la locura, el cual bien pronto se diseminó bajo las sombras de la arboleda. Imaginaos que esto acontecía en el mes de mayo; recordad que en Madrid no existe la primavera, y pensaréis qué estremecimientos de júbilo correrían por aquellas almas cuando se encontraron ante el espectáculo de la naturaleza lujosa, aunque severamente engalanada. Eran jóvenes de las clases acomodadas, hijos de la fortuna y del capricho, espíritus frívolos y alegres, de esos que pasan la vida en un continuo aburrimiento, ensordecidos por el ruido de las orgías. Gentes de quienes nunca puede decirse que se divierten y gozan, a pesar de que son el entresijo de las bacanales y la espuma de ese hervor de la alegría cortesana. Hijos de la raza de hombres que produjo a los guardias de Corps, pero que no han heredado de ellos el arte sublime de hacer calaveradas.

¿Cómo se encontraba Leonarda en este sitio y en tal compañía?

No creáis que iba allí como señora, sino a desempeñar humildes menesteres domésticos. Iba como auxiliar de su tío Ernesto, el gran cocinero de la fonda de los Dos Mundos, célebre en los anales del estómago por haber inventado la «Omelette Vienesa».

## VIII

## Dios.

El asombro de Leonarda no tuvo límites cuando se encontró sola en medio de una plazuela formada por simétrico corro de olmos. Ella no sabía lo que era la Naturaleza, que ahora se le mostraba agitando los guiñapos multicolores de su traje y las sartas de diamantes de los arroyos. Aquella niña, dentro de cuyo ser comenzaban a despertar los anhelos de la pubertad, tuvo un momento de adivinación misteriosa para penetrar el secreto de aquellos campos cubiertos de verde, de aquellas filas de olmos y almeces rebosantes de savia, de aquella abundancia pletórica de fuentes y arroyos, que llenaban sus pilones y sus cauces y se extravasaban y corrían, inundando los arriates de flores. Hubo un instante en que Leonarda, fascinada, cerró los ojos, cruzó las manos, y elevando su pensamiento en indeterminado vuelo, más allá de las cosas visibles, exclamó:

—¡Esto... es Dios!

## IX

## Contorno.

Cuando cumplió Leonarda los quince años aún era de bien pequeña estatura, y nada prometía el crecimiento. Profetizábanle un porvenir canijo y

enfermo. La savia de la vida no podía subir en el árbol de su organismo y extenderse por todas partes, llenando de color y aroma las hojas brillantes de la juventud. Pero de improviso, entre el primer mes del año décimoquinto y el primero del décimosexto, estalló la ola de la pubertad, la salud se desbordó en la huérfana como un torrente de luz y armonías y creció hasta pasar su cabeza de la línea ideal con que la escultura griega daba vida a sus creaciones. El desgarbo con que antes una infancia pertinaz descomponía la idea de la gracia en el conjunto personal de Leonarda se sometió a la proporción que emanaba de las diversas partes, sabiamente combinadas. El cuello, siempre delgado, columpió graciosamente una cabeza pequeña y carnosa, en cuya frente las líneas doradas de las cejas dulcificaban el resplandor negro de las pupilas, espejos ustorios del amor. Su nariz era algo gruesa y ligeramente curva, con dos alillas movibles y rosáceas, que eran el primer punto del rostro donde el pudor hacía acudir la sangre cuando el corazón, en violenta presión, la repartía por el cuerpo. La oreja, cartilaginosa y breve, de forma ovoidea, con su lóbulo agudo de que pendía un zarcillo de cobre, era tan linda, que podía decirse que el amor no encontró jamás poterna tan bella para introducirse con la conversación, su Celestina. El cutis no era completamente fino, ni la musa clásica podría compararle con raso, mármol, nácar o algún otro de sus materiales poéticos preferidos. Cierta pastosidad

aterciopelada hacía nacer en los ojos el ansia de examinar más de cerca aquella superficie facial que se apoderaba de la claridad. Debía de ser la suavidad misma con una transparencia que permitía a las venillas azules serpeantes jugar con la luz.

Bajo un pañolillo de lana de feísimos cuadros rojos y blancos, con que solía cubrirse Leonarda, iba rápidamente aumentando la curva de su línea el antes recto y delgado seno. Las dos curvas del seno son las dos alas del pudor plegadas.

Ella, la pobre, deseaba un vestido de percal nuevo, unas botas imperiales y un corsé que encerrase la desbordante riqueza de su cuerpo. ¡Un corsé! Costaba el más barato treinta reales, y muchas veces, al pasar por la calle de Barrio Nuevo, se había detenido en el escaparate del «Corsé Nupcial», para contemplar aquella muñeca de cartón que llevaba su cuerpo de seirín y encañadura dentro del precioso estuche de raso y ballenas.

Pero para Leonarda no había corsé posible. Sus tíos no ganaban lo bastante para tales lujos. Por otra parte, aunque hubiesen nadado en la abundancia, y aun cuando realmente querían a Leonarda, lo cierto es que no podían apartar de sí los viejos un vago sentimiento de egoísmo. Ella había querido muchas veces ponerse a servir. ¿Qué otro porvenir le estaba reservado? Llevar chiquillos al Prado y jugar al corro con ellos alrededor de la luz de un farol.

Su tío Ernesto había prometido buscarle una

buena casa, porque él conocía a muchas familias principales, como que había sido cocinero del conde del Chimborazo y trataba a la aristocracia con cierta familiaridad de buen tono, hablando sin cesar de Fernán-Núñez y de Uceda.

## X

### Dintorno.

Dentro de aquel cuerpo el alma se conservaba inmóvil y recta, dormida y sin curiosidad de la vida, desprovista de los arranques de dicha y pena que templan las pasiones. Leonarda no había aún apreciado el conjunto de la vida, sino únicamente sus detalles. Una educación moral nula y ciega, fundada sólo en la práctica, muy esmerada, del culto religioso, había engendrado en el alma de la muchacha una obscuridad profunda en punto a criterio ético. Las ideas del bien y del mal vagamente se descubrían dentro de aquel caos como pasajeros lejanos apercebidos desde una montaña en el fondo de un valle. Difícilmente se percataba el observador de su naturaleza. Sólo cuando obraban los impulsos mostrábase la condición moral de Leonarda, clara, evidente y notoria, rica en desbordamientos de entusiasmo, indignada ante la injusticia, cobarde ante el poderío bárbaro. Y en medio de todo no se distinguía aún el despertar de la pubertad, ni oía en el silencio de la inocen-

cia el ¡alerta! que se dan los sentidos, cercano ya el momento de la invasión de la luz. ¡Qué sueño tan profundo el de aquella naturaleza! Hermosa, potente, rebosante de gracia, salud y gallardía, era, sin embargo, como la sombra de una mujer, porque la faltaba la chispa animadora de la sensualidad que cabrilleara en sus ojos como un reflejo en un diamante, el átomo bullidor e inquieto de los desasosiegos carnales que alborozado y punzante corriese por sus venas, produciendo esos estremecimientos del pudor ofendido, que son como la agitación de la materia poseída de un ensueño de embriaguez. Detrás del alba cortina de esta pureza sensual se diseñaba el contorno de Venus.

## XI

### ¡Fiat lux!

Una vez estuvo detenido delante de la puerta del casetón un muchacho que no tendría los veinte años, pero de rostro tan serio, que podía decirse que desde el cuello al pelo era viejo, y del pecho a los pies joven. Llevaba en la cabeza la gorra distintiva de los empleados de la Compañía del ferrocarril, y envolvía su alta estatura en un carrik gris, con embozos de felpa negra, tan traídos como llevados. Una sombra de barba bosquejábese en sus mejillas, y encima del labio el bigote trazaba una curva lánguida como es la del

bigote judaico, siendo de notar que, mientras la barba era negra, el bigote se acercaba confusamente a las fronteras de la rubicundez, sin que, a pesar de este contraste, se advirtiese desentonación en el conjunto de la fisonomía.

Leonarda le vió curiosa y sorprendida. ¿No era un hombre como los demás? Cierto. Y, sin embargo, al hallarse con él ante los ojos, ella experimentó un sentimiento de sorpresa y algo extraño que, como toda impresión de asombro, no dejaba de dar cuenta al ánimo de su existencia.

—¿Está el señor Pablo?—preguntó el joven.

—Está en la vía—contestó ella sin dejar de coser un pañuelo de seda a que hacía dobladillo.

—Soy su sobrino.

¡Su sobrino! Leonarda se levantó, dejando en la silla el pañuelo de seda y los trebejos de costura.

—¿Usted es su sobrino?... Es decir que...

—Es decir, que si usted es su sobrina Leonarda... somos primos.

—¿Primos?

—Primos por toda la vida...

¿Pero era posible? Leonarda se quiso hacer a sí misma cien preguntas sin sentido común. ¡Qué necesidad más sublime la de aquella muchacha! ¿Por qué le extrañaba a ella que un muchacho de veinte años, de quien había oído hablar mil veces, hubiese venido a ver a su tío Pablo?

—Ya sabrá usted que yo estaba de factor en la estación de Mérida... Yo soy de la Vera, cerca de Plasencia... de donde es nuestro tío Pablo...

Mi madre está muy enferma... No quería venir... ¡Como tiene tanta gente enterrada en Plasencia! Ella dice que su alma está en aquel cementerio... Se resistía... Pero me ascendieron... Ahora soy factor en Madrid... La pobre se decidió a seguirme. Llegamos hace cuatro días... En un camaranchón de la calle de Mira el Río nos hemos metido... Ella hubiera querido venir a ver a ustedes... Pero ¡ca!, si está baldada. No puede moverse.

—¡Pobre señora!

—¡Yo tenía tanto deseo de venir a Madrid! ¡Era mi único deseo, mi único deseo! Me dije: «¡Cuando cumplas los veinte años... en la corte!» Y lo he conseguido. Porque ayer cumplí los veinte años... Me llamo Evaristo.

¡Evaristo! Pero, Señor, ¿qué le sucedía a Leonarda, que no podía explicarse que se llamase Evaristo aquel hombre? ¿No es un nombre como otro cualquiera? ¿Qué motivo había para que le produjese la impresión que le producía? Bien es verdad que cualquier otro nombre le hubiera producido efecto igual. El que no lo entienda, que no siga leyendo. Yo sé que alguien ha de seguir.

Evaristo sacó del bolsillo del chaleco un reloj de níquel sin tapas, y dijo:

—Me marchó... Son las cinco... Entro de guardia a las seis..

Leonarda había permanecido en pie: él se despidió alargando la mano, y ella se dejó estrechar la suya sin hallar una palabra de cariño para la pobre enferma, ni una sonrisa de amistad para el pariente.

## XII

## ¡Fiat!

La llegada del primo modificó algún tanto la vida de Leonarda. Hubo frecuentes paseos desde la caseta de las Peñuelas al camaranchón de la calle de Mira el Río. Era éste uno de esos alvéolos casi habitables en que se pudre la humanidad pobre. La madre de Evaristo Ramos, acostumbrada a la suelta y anchurosa vida del pueblo, no podía resistir el ahogo de las estrechas paredes ni acostumbrarse a la contemplación del panorama de tejados, colonizados por un ejército gatuno y en que hacían el papel de arboledas las cañas colocadas en ángulo para sostener la nada limpia ni bien oliente ropa colgada a secar. ¡Y la comida! El garbanzo comprado por cuarterones, la carne de buey tísico, con más piltrafa que magro y más hueso que blandura, hacían del puchero, de aquel puchero castizo de la ardiente Extremadura, un purgante corrosivo, a que no podía resistir el estómago de la enferma. Era ella alta, y habría tenido hermosa juventud, de que daban indicios su cabellera, ya blanca, pero aun abundosa, y el trazo rectilíneo y suave de sus cejas, su boca y su nariz. Así como detrás de la miseria de su traje y de la conformidad que con su situación precaria expresaba su persona entera, fulguraban encantos y prestigios de una época en que la señora Rosario

fué principalísima dama. Pero sus actuales disgustos y el enojo ocasionado por el cambio de vida dábales por bien empleados, pues ayudaba con ello a su hijo. En medio de sus desastres, que habían helado en el alma de la vieja todos los entusiasmos, únicamente le quedaba uno: el del amor maternal. La señora Rosario adoraba a su hijo con una admiración singular. El pobre Evaristo era tan bueno como desgraciado. No se le conocía vicio. Su paga entera iba a la faltriquera de la madre. ¡Cuántas veces Leonarda escuchó de labios de la señora Rosario la relación de sus grandezas pasadas, en que no se omitía el nombre ni el mote de aquellos buenos hidalgos de Garrovillos, participadores, con la narradora, de una época de fe y de dinero, y la descripción de las alegres expediciones a las viñas, coronadas de verdes hojas y de rubios pámpanos! Luego venía el drama, y los colores de oro y rosa con que el idilio se esmalta se entenebrecían, desvaneciéndose súbitamente. Tras la dicha vino el dolor, representado por la enfermedad de Bautista, el padre de Evaristo; por sus tercianas incurables, por la ruina del hogar, por la miseria del arca y la mezquindad de la despensa. Era cuando Evaristo empezaba a crecer, a espigarse. La movible fisonomía de Leonarda expresaba todos los cambios de la conversación. Ora chispeaba con la leticia de las comilonas rústicas sobre la hierba de la feraz Extremadura; ora se enlutaba con las veladas de la esposa que iba poco a poco quedándose viuda; bien con los encarecimientos que la

madre hacía del hijo y con los arrebatos y efusiones de ternura que causaban la abnegación, la delicadeza y la bondad de Evaristo, los ojos lloraban y sonreían de admiración y júbilo, sintiendo entonces ella allá dentro del pecho la impresión que produce en la epidermis un pedazo de hielo derriéndose.

Gustaba mucho doña Rosario de la compañía de Leonarda, y no se oculta al observador que entre ambas mujeres existían los lazos que unen en la tierra a una hermosura agostada y a otra hermosura naciente, conjunto de dos soles, el uno en su ocaso y en su aurora el otro. Lo que deplacía sobremanera a doña Rosario en su sobrina era la inculteza del espíritu. ¡Horror de los horrores! ¡Si apenas sabía leer! Además, su lenguaje estaba lleno de palabrichas de mercado y de chulerías del peor gusto, que al salir de los divinos labios de la hermosísima huérfana hacían el efecto de una azucena que oliera a ajo. Doña Rosario se propuso purgar la conversación de la muchacha de horrores, aficionarla a leer, y así la obligaba a deletrear novelas terroríficas o cursis, llenas de asesinatos y sensiblerías, de puñales y lágrimas, de bandidos y duquesas, escritas—¡cómo decirlo!—en un estilo cortado, que revela una intermitencia cerebral como el goteo de una fontanera mal cerrada. Cual la yesca encendida en la hierba seca prendió la llama de lo maravilloso en la imaginación de Leonarda, que antes estaba limpia y tranquila como la nieve recién caída, y desde en

tonces se turbó y vino a convertirse en un caos. Generalmente, Leonarda iba por las tardes a la calle de Mira el Río y ayudaba a coser a doña Rosario, que hacía camisas para El Corte Militar. Su gozo era por las noches, cuando llegaba el primo Evaristo, embozado en su viejo carrik y tan grave como siempre. Leonarda admiraba aquel muchacho, que tenía en la primera juventud la seriedad triste de la vejez desengañada.

Había en el cerebro de Evaristo algo del pensamiento de Werther. Si se sentaba cerca de Leonarda y la casualidad ponía en contacto sus rodillas, la pobre niña sentía un deliquio divino, parecía haber perdido la condición grave de los cuerpos y flotaba en una atmósfera azul, entre alas y besos. Cuando la pantalla del quinqué caía hacia la derecha, ocultaba el rostro de Leonarda y enviaba un chorro de luz amarilla sobre el rostro de Evaristo, la criatura enamorada embebíase contemplando los detalles de aquel semblante y distinguía las lineaciones venosas de la córnea y los menudos poros de la piel y el desorden hermoso de la barba. Digámoslo así, porque ésta es la verdadera expresión del sentimiento experimentado entonces por Leonarda: su espíritu se abismaba en la belleza de Evaristo como un nadador sofocado en las dulces honduras del claro río.

Evaristo, por su parte, parecía no advertir los estragos que había causado en el alma de la niña; pero alguna vez sus ojos se detuvieron, por hechizo de amor atraídos, en el semblante de Leo-

narda, y descendieron por la línea de su cuello a buscar todo el caudal de perfecciones que allí se encerraban. La juventud y la hermosura son el *abyssum abyssus* de la Biblia. ¡Se atraen, se atraen!

### XIII

#### Por fin.

Era el día de la fiesta populachera y horrible de Madrid. ¡San Isidro! Tres bueyes fantásticos rasgaron el cielo de la corte, echando en el surco de la fe simiente de estrellas. Hoy esa memoria religiosa se ha convertido en una orgía de mal tono, en que apenas si podría flotar la mantilla de Santa María de la Cabeza en el río de vino que se derrama sobre las conciencias de los fieles.

¡Amanecer hermoso! ¡Espléndida mañana! Tenía ese lujo andaluz con que el mayo de Castilla se engalana. Los árboles de las acacias en flor, los tiestos de las ventanas, rebotando perfumes, y en cada esquina, y a las puertas de los templos, y en las plazas, y en las calles más concurridas, un ejército de muchachas y chiquillos vendedores de lilas, rosas, violetas y pensamientos. Estos mercaderes de aromas van en guñapos. Hay niñas lindísimas, delicadas, que con una triste sonrisa en los labios y su mano derecha tendida, os dicen al pasar algo triste... ¡Es una violeta que pide una limosna!

Aquella mañana, el sol caldeaba los horizontes, las ramas de los árboles de la ronda de Segovia estaban quietas y como inmóviles. Los arriates del riego, henchidos de agua, rebosaban música y frescura. Una muchedumbre inmensa corría, se empujaba, a pie, en coche. Apiñábanse unos sobre otros. No era andar por un camino. Era formar una masa de cabezas que disputaban y de brazos que se oprimían, hablando en el elocuente lenguaje de los codos. La fila de coches serpeaba entre la gente de a pie. Había un hormigueo de ojos que se tiroteaban, un mariposeo de pañuelos de seda, una flotación de cintajos de sombreros, de tules de mantilla, de mechones morenos y rubios, peinados al desgaire; una vibración de abanicos de todas formas y jerarquías; una reverberación de pendientes, de alfileres de *doublé*, de joyas de infinito linaje, unas más cursis que otras... Y el ruido tomaba todas las formas: la del relincho en el caballo, la del llanto en el muchacho, la del pregón en los naranjeros y vendedores de silbatos, la de la conversación en la gente culta y principal, la del alarido en el pobre sin pies ni brazos que pedía un cuarto a aquella loca personificación de la humanidad. Era un *maelstrom* de ruidos y colores. Y no faltaba la nota chillona del pañuelo rojo, ni la figura relumbrante del burgués enriquecido, ni el ros desbordante de cordones áureos del oficial de bisoño, ni la sombra grave de la pañera de paño de los labriegos de los llanos de Castilla, ni la ruda cabeza llena de pelo que encierra

en círculo de colores un fular de seda del aragonés heroico, ni, en fin, la seta negra del sombrero curro, que es la tiara de la chulería.

Leonarda estaba allí. Iba con su tía doña Rosario y con su primo Evaristo, empujados por las corrientes diversas de tan violento oleaje.

—¡Salgamos de aquí! Yo me ahogo—dijo doña Rosario, echándose con el abanico un suspiro de aire y una nube de polvo.

—¡Fácil es eso! Bien dije que no debíamos aventurarnos en este turbión—repuso Evaristo.

—¡Por qué no?—objetó Leonarda—. ¿Nos van a atropellar? Ya ve usted, tía, cuánta gente va al Santo. Pues como van todos, iremos nosotros.

Leonarda tenía en la cabeza un pañuelo de color de rosa pálido, cuyo matiz acentuaba la negrura de sus pestañas y la supina elocuencia de sus ojos. Un esmero particular se advertía en su traje, que, con ser de percal, era bonito, de un claro color que la sentaba a maravilla, y de un corte moderno y elegante, en el cual se habían confundido las artes de doña Rosario y la intuición de la coquetería, que, con otros impulsos de la juventud femenina, dentro del pecho de Leonarda despuntaban. A ella le llevaba su gozo volando en vilo, sin sentir el polvo que ensuciaba el ambiente ni los tropezones que dificultaban la marcha. ¿No estaba allí Evaristo? Leonarda se quitó el pañuelo de la cabeza y quedó al descubierto su peinado, en que las negras hebras de lisa seda despedían acerados reflejos. Llegaban con esto a la entrada del Pontón Verde. Allí

ocurrió una cosa horrible. La gente se aglomeraba en el estrecho paso del puente, como el agua del río crecido en el agujero de la esclusa cerrada. Los dependientes del Municipio pedían a todos su billete, que en los cantones inmediatos se despachaban. Mil manos pedían billetes, dos mil manos los mostraban a los guardias municipales en la punta de los dedos, y no había quien abriese el ancho cauce al torrente. La romería estaba detenida. La alegría madrileña había encontrado un dique y se encrespaba, saltaba, rugía, convirtiéndose rápidamente la risa en amenaza, el júbilo en furor, la broma en insulto, el codazo insinuante en empujón furioso, y la turba de romeros, caldeada por el fuego místico de Valdepeñas, en legión de energúmenos poseída de Luzbel.

Fué preciso verlo, que no basta contarlo. Porque para que yo acertara a daros idea de lo que allí acaeció había de poseer un idioma que tuviese el color, la línea y la música, algo del estro del Apocalipsis y mucho de la risa bullidora de la Pasquinada, todos los compases más estruendosos de la partitura del escándalo y la tremenda turbonada del motín... Querían pasar cincuenta mil personas, y no podían pasar sino una a una. Imaginad el río de las Amazonas habiendo de filtrarse gota a gota por el pedazo de carbón mineral del destilador químico, y tendréis presente las angustias, las impaciencias de aquel pueblo. Recordad además que allí bullía en la sangre de aquella gente el átomo que inflamó las venas de los que

fusilaron a los mamelucos el año 8, de los que convirtieron el empedrado de Madrid en barricadas el año 54..., y ahora sobre este plano levantad el edificio.

Así como el sentimiento de un ser, puede simbolizarse el de un pueblo. Y entonces aquellas cincuenta mil personas experimentaban la impresión del ahogo. Y realmente unos a otros se ahogaban, y como a cada minuto más gente de Madrid venía, los unos sobre los otros hacían el efecto de cuñas, y cada ómnibus que arribaba, vaciando su contenido, producía un movimiento concéntrico de oleaje, que de ser en ser iba transmitiéndose hasta la entrada del angosto puentecillo.

¡Era demasiada paciencia para un público español! El oleaje aumentó, creció, se encrespó. La gente, empujándose, tuvo brincos de ola que asalta un barco. A un mismo tiempo, en diversos lugares de aquella gran masa de gente se produjeron violentísimos remolinos, y giró la multitud con gritos y alaridos de muerte. El miedo mujeril puso en música el sentimiento por todos los ánimos sufrido. Hubo lamentos de madre espantada que cree perder a su hijo. El horroroso y tremebundo empuje de la multitud dislocó las agrupaciones familiares, separó las madres de las hijas, a los niños de sus padres. Este fué el momento de pánico. La multitud avanzó al puente. Los guardias municipales fueron arrollados. Se pasó sobre ellos y el puente fué invadido. Sonaron crujidos de madera que estalla, y súbitamente las barandillas del puen-

te reventaron. Racimos de gente cayeron al agua. Por la reventazón de las tablas la muchedumbre se desparramó, y en obra de tres segundos el río se llenó de náufragos. El agua corriente se llevó pañuelos y cestos. La alegría de Madrid tomó un baño de pies. Todos los lamentos del pavor subieron por los aires. Vióse en el puente un movimiento vermiforme. La muchedumbre se sentía suspendida sobre el vacío. ¿Hay algo más vacío que el álveo del Manzanares? La presión aumentó con el susto. En el lugar de aquella masa humana donde se hallaba Leonarda no se sabía lo que había pasado en el puente, y la ansiedad aumentaba el pánico. La niña, oprimida entre la rueda de un coche y un pelotón de gente despavorida, creyó morir. Perdió el aplomo de sus pies y la serenidad de su cabeza. La nube roja del horror flotó ante sus ojos. El último momento de sensibilidad puso en su cerebro la idea de que alguien la tenía asida de la cintura y la llevaba, la llevaba, la llevaba..., atravesando una nube de ruidos y polvos.

#### XIV

**¡Cómo coinciden los besos debajo de un árbol!**

¿Pasaron cinco minutos o un año? Leonarda volvió en sí, y abrió los ojos en la ribera del Manzanares, más allá de San Isidro, donde la naturaleza castellana recobra su imperio y, olvidada del

polvo de la romería, quiere florecer y verdegear. Estaba recostada en el suelo, y más allá su primo Evaristo la miraba.

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?—preguntó ella.

—Nos hemos separado de madre... Se ha perdido con esos apretones de la gente.

—¿Y yo?

Pronto lo explicó Evaristo. La había visto palidecer e inclinar la cabeza, y se había apresurado a recogerla en sus brazos. Después de atravesar el campo de horrores había llegado a la orilla del río, y allí dejó descansar el cuerpo inanimado de Leonarda, ayudándola a volver a la vida con el aire del abanico. El primer sentimiento de ella fué el pudor. Echóse una mirada inquiridora y asustada que bajó de sus ojos a sus pies, como queriendo cubrirse toda ella como una nube. Sus pies asomaban bajo el falso del vestido, y su corpiño, que había reventado los botones con la ansiedad del miedo y las violencias del choque, mostraba el seno trémulo e inquieto. Cubrióse con las manos, y el oleaje de la sangre hizo subir una sombra a las mejillas. Evaristo la contempló embelesado, vió aquel despliegue de hermosuras turbadas, y en su naturaleza virginal de niño, que no sabe lo que es una mujer, experimentó una invasión de impulsos que son la poesía de la carne. Cogió una mano a Leonarda. Parecieron haberse, con esta acción, agotado todas las fuerzas de Evaristo. Cerró los ojos, y con una voz suave como un suspiro, dijo:

—¡Qué hermosa eres!

Ella miraba al suelo y veía un gorrión picotear en la rama más baja de una mimbrera. Allí estaba el mundo encerrado: en aquel sol que se ponía tras los cipreses del cementerio; en la mimbrera que oscilaba haciendo arcos con sus ramas; en el gorrión que movía con graciosa inquietud su cabezuela, vibrando los negros y relucientes ojillos; en aquellas tres dulcísimas palabras que robaban a los querubines su música; en el agua que, haciendo pequeñas ondas, corría; en el lejano rebullicio de la feria, sobre el cual flotaba la algarraba de un cornetín de pistón ejecutando una *quadrille*.

Leonarda se sintió dominada por la fermentación de sus emociones. Estrechó la mano huesuda y varonil que la oprimía el talle, y acercando su rostro al rostro caliente y trasfigurado de Evaristo, balbució:

—¡Tú no sabes lo que te quiero!

## XV

### El desenlace del mundo.

Ahora bien: arrancad de este árbol las hojas, despojadle del afeite literario, cercenad de lo que habéis leído aquello puramente descriptivo y pintoresco. ¿Qué queda? Un amor, una pasión, una

afición, un hechizo de dos almas... ¿Pensáis que se unieron? ¿Se casaron?

No; a Leonarda le salió un novio rico; a Evaristo, una querida muy hermosa. Sus destinos quedaron divorciados. Ella se casó con el dueño del café del Oriente.

Pero si otra vez se encuentran en el mundo, ¿dejará de estallar el drama?... ¡Ah! Si estalla, yo os lo contaré.

*Marzo, 1885.*

---

# ANGELES Y BRUJAS

---

## 1

### El teatro.

Era la iglesia parroquial de Villahonda un monumento barroco, macizo y pesado, en el que se había prescindido por completo de la elegancia para buscar únicamente el ideal de la solidez. Líneas rectas en los basamentos y capiteles, ninguna columna, pórtico sencillísimo, y sobre él la estatua de un santo, que debió representar a San Juan; pero que ya no era mas que un trazado confuso, donde todos los insultos del tiempo habían puesto su mano destructora. El cimborio, poco elevado, donde refleja el sol sus últimos resplandores de la tarde, inflamando los coloreados cristales de la linterna, parecía envidiar la elevación de la torre, que allá en las alturas sostenía tirada plática con las nubes, y las cantaba no sé qué enormes estrofas con sus incansables lenguas de bronce. En los cuatro ángulos de la torre, sendos dragones berroqueños, con sus alas tendidas, montaban la guardia de honor de las alborotado-

ras campanas y semejaban mirar el infinito espacio a sus pies tendido, con sus pupilas, que, según la fábula, despiden llamas y azufres. La puerta del templo, que al girar en sus jambas producía un ruido desagradable, especie de aviso que algún invisible portero daba a los fantásticos habitantes de las inmensas naves de que un ser extraño penetraba en ellas, era una artística pieza de hierro y de encina, si bien maltratada por los años y cubierta de herrumbre. En las hojas de esta puerta, una de las cuales sólo se abría en las grandes solemnidades religiosas, habíase esmerado la mano del artífice, tallando multitud de alegorías bíblicas y escenas sacadas de las Parábolas. Las altas paredes de la iglesia, cubiertas de la sombra de la vejez, presentaban en algunos puntos rojos manchones y salpicaduras violáceas y cárdenas, a modo de sarna u otra enfermedad vergonzosa del granito.

En las paredes de la torre descúbrese dos agujeros circulares, que desde lejos confunde la fantasía con los ojos negros de aquel gigante de piedra, ojos siempre abiertos, que exploran el país, como si la impaciencia de esperar a alguien que nunca llega les mantuviese en perpetua vigilancia. Por estos ojos, en las noches muy oscuras, sale un resplandor tenue, que aun cuando la soñadora mente se empeña en que es el brillo de una retina fosfórica, no es sino la luz del candelabro con que se alumbraba el tío Basilio, el campanero, amén de algunas copas de vino tinto con que a

da al cuerpo en el rudo oficio de voltear las campanas.

El tío Basilio... Pero ¿qué digo? El tío Basilio merece capítulo aparte.

## II

### El traidor y su sobrina.

Era el hombre más perverso de Villahonda, y más feo del mundo. Aquella espalda encorvada, aquella cabeza monumental, puesta al extremo de un cuello larguirucho como una calabaza en la punta de una pipa; aquellos ojos pequeñuelos, verdes y procaces, a cuyos cristales parecía asomarse el alma de un demonio burlón e insolente, no tenían igual en muchas leguas a la redonda, como tampoco era empresa fácil hallar otro espíritu más miserable y contrahecho en toda la esfera terrestre. Pensábase, observando al tío Basilio, que cada arruga, corcova o fealdad de la carne, corresponde a otra deformidad del ánimo; cada paso de sus desgarbadas piernas, a un traspiés moral y a un mal propósito.

Así como Dios al crearlo feo le creó malo, al hacerle casado le dió una pareja digna de sus virtudes. La tía Requiescat era una lengua de arpía en un cuerpo de Medusa, y merecía ser la esposa del campanero de Villahonda. Todo era, pues, con-génere y adecuado en aquel tugurio de la torre

donde vivían tío Braulio y tía Requiescat, desde las negras paredes hasta los muebles viejos y hundidos que llenaban el inmundo zaquizamí, nido de águilas habitado por mochuelos.

La curiosidad que nos inspiraron ambos personajes, y el deseo de referir su historia, nos han llevado a practicar minuciosas disquisiciones, de las que hemos sacado, entre otros datos, el de que a fines del mes de junio de 1853 llegó a Villahonda, caballera en un jumento, cuya jáquima guiaba un arriero, cierta muchacha aún no entrada en años núbiles, que traía por todo equipaje una funda de almohada rellena de algún vestidillo o par de enaguas y zapatos, y una carta con sobre en que se leía el nombre del tío Basilio. Era sobrina suya, hija de un hermano que murió media semana antes, y que, dejando sola a la niña, se la recomendaba al tío Basilio, pidiéndole por Dios que no la abandonase a los duros trances de la vida. Consta asimismo de nuestros datos que el campanero leyó la carta sin derramar una lágrima; consultó a su mujer, y después de un animado debate en refunfuños sostenido entre ambos, se expresó la tía Requiescat en estos términos:

—Di, chica, que has nacido con suerte (¡y acababa de morir su padre!), pues llegas a puerta donde se albergan dos buenos corazones, que no han de consentir en que revientes de hambre y frío. Tu padre ha obrado muy mal al mandarte a que te mantengan los que no te engendraron; pero ya que él fué imprudente, seamos nosotros

benignos. Así, puedes decir que has hecho tu fortuna, pues acá vivirás como de la familia. Precisamente hoy había encargado a tu tío buscara una mozuela que me ayudara a subir cántaros y al trajín de la casa...; conque tú desempeñarás estas obligaciones... porque yo me siento muy mala, y no estoy para el trabajo.

Y era verdad que la tía Resquiescat se sentía agobiada bajo el peso de una rara enfermedad, nacida indudablemente del abuso del vino y de su endiablado humor; cosas las dos que acabaran con la salud de una roca, cuanto más con la de flaco ser humano. Esta circunstancia, y no otra, decidió a la tía Requiescat a admitir a la sobrina, que caída del cielo le venía para cuidarla en sus dolencias.

Sí... caída del cielo, porque Leandrilla era un ángel con figura humana.

¡Qué rostro el suyo tan apacible, qué hermosos sus ojos, no menos azules que el firmamento! El cabello, abundante y rubio, formaba sobre las sienes de la niña un encaramado moño de apretadas trenzas; la carita, redonda y animada, parecía despedir un fulgor angélico; la voz sonaba como deben sonar las músicas del Edén. En su presencia, y a su lado, experimentábanse ambiciones ignotas de bienes que aquí no es posible conquistar; nacíanle alas al espíritu, y volaba, volaba, guiado por aquel ángel, no sé dónde, muy lejos, más allá de las estrellas.

Había cumplido Leandra los doce años; era alta,

espigadita, con formas robustas, pero sin rotundidez, mostrando en esperanzas los frutos de una juventud espléndida.

Causaba lástima verla en la fuente soportando el cantarillo de encarnado barro que la abrumaba con su pesadumbre, y aun más lástima contemplar cómo trabajosamente subía los doscientos escalones del revuelto y entornillado caracol de la torre con aquella carga en la débil cadera.

### III

#### Empleza el martirio.

La niña trabajaba cuanto podía. La tía Requiercat conjugaba en el lecho el verbo latino que la sirvió de mote, y el tío Basilio, o zarandeaba las campanas en el último piso de la torre, o zarandeaba el vaso de vino en la taberna, hasta que perdía pies y cabeza y empezaba él mismo a zarandearse, si no entregaba las costillas al suelo a la primera ese. En el caso de que esto no ocurriera, a duras penas alcanzaba la altura de su domicilio, y, cayendo y levantando, ascendía por la tortuosa escalera y entraba estrepitosamente en el chiribitil.

—¡Siempre en la cama—gritaba, señalando con el dedo índice a su mujer, sin interrumpir ese clásico contoneo que produce la embriaguez—,

siempre entre las mantas! Alzate y trabaja, que lo que tienes sólo es pereza y vicio.

—Calla, borracho—solía contestarle la vieja con calma propia de quien está acostumbrada a tales flores y cariños—; yo estoy mala; sí que lo estoy. Tu sobrina... Leandra... ésa es la que me ha hecho mal de ojo... Pícara, holgazana... Cada día me siento peor... Me han echado una maldición. Desde que vino a casa, que antes era una balsa de aceite, se me metió «el malo» en el cuerpo... Ese es el premio que concede Dios al que hace obras de caridad... ¡Leandra, holgazana!... Baja por un cubo de agua... Mira, Leandra, acércame ese jarro... Yo me malicio que pones algún veneno en las medicinas...

La pobre niña rompía a llorar amargamente, y se apresuraba a obedecer; pero su turbación y amargura trastornábanla de manera que equivocaba todo lo que pedían, lo cual era motivo de crueles reprimendas y fuertes porrazos que campanero y campanera le pegaban. ¡Pobrecilla! Un día recibió en la espalda un golpe tan fuerte del canalla de su tío, que rodó cerca de veinte escalones, y quedó sin sentido. Permaneció en la escalera hasta que, vuelta en sí, el frío y el dolor de las heridas que sufriera la demostraron que no habían terminado sus desgracias, y subió a la habitación para escuchar una atroz filípica, salpicada de bárbaros epítetos y palabras feas, ¡porque se había estado en la calle jugando con las chicuelas de la vecindad! La infeliz Leandra cru-

zaba el sendero de la vida entre zarzas y matorrales, que la moritificaban lastimosamente; pero era tan buena, que nunca experimentó deseo de venganza de aquellos ultrajes, ni manifestó de otra suerte su dolor que derramando lloro amarguísimo en silencio.

Hay algunas personas cual Leandra. Para estas personas hizo Dios el llanto, como hizo para otras la risa. ¡Triste repartición!

Más de cinco meses se cumplieron de la muerte del padre de Leandra, y ésta seguía en la torre, perdiendo de día en día aquella salud, aquellos colores y aquella robustez con que al principio la vimos. No iba mejor la tía Requiescat, cuyo consumido cuerpo no era sino un montón de huesos encerrado en un saco de piel amarillenta y verdosa. Habíase enronquecido su voz, que nunca fué dulce y bien templada, y agriándose su carácter, que tampoco se tuvo jamás por sociable y afectuoso. En vano se aplicó cuantos remedios prescribe la terapéutica casera de ciertas gentes, desde colgarse al cuello un alfilerero que encerraba dos pares de lagartijas, hasta dormir tres noches con los brazos en cruz; en vano el tío Basilio apeló a la ciencia de un su amigo, gran saludador y hábil curandero, el cual, tras detenido examen y juicioso análisis de un pelo de la enferma, según es uso y costumbre entre los de su andariega facultad, resolvió que el demonio estaba en el vientre de la tía Requiescat y no saldría ni a tres tirones de la habitación que había elegido; inútilmente,

en fin, se llamó al doctor, que dispuso la privación del vino, que la paciente usaba a grandes dosis. La tía Requiescat declaró que el único hombre entendido en medicina era el saludador, que descubriera en un punto la causa de la postración en que ella estaba, determinando no apartarse de su querido jarro, antes bien dispararle a la boca dos o tres veces cada veinticuatro horas, con lo que si el diablo no tomaba el portante y se largaba a buscar menos húmedo hospedaje, era preciso reputarle el mayor borracho del universo mundo. El tío Basilio, por no ser menos que su mujer, dióse también a la bebida, y, en medio de este matrimonio, la desdichada niña pasaba las penas del purgatorio.

La tía Requiescat mandaba a Leandra subir a la torre veinte o treinta cántaros de agua, y la niña obedecía, resignándose a ese mortal ejercicio. Dijérase que la endemoniada vieja tenía la manía del agua como la del vino; pero no hay tal, sino que el gusto de mirar a la niña angustiada de fatiga era el único que sacaba de su vil existencia.

—¡Tunanta!—la decía—. ¡Holgazana! ¡Cuidado con subir los cántaros a medio llenar!... ¿Quieres que los demás trabajemos para ti? ¿Quieres que todos los de la casa nos afanemos para que la princesa se tumbe a la larga? ¡Miren la señora Melindres! ¡Ánda por agua, que me has embrujado, y mientras no sane yo has de vivir en el mismo infierno.

Leandra adquirió al cabo la costumbre del silencio, la de la obediencia pasiva, y aceptaba aquella lenta muerte que la Providencia le ofrecía con el nombre sarcástico de vida.

## IV

## Los Santos.—Extasis.—Paliza.

Era llegado el día 31 de octubre, y la iglesia se preparaba a conmemorar nuestros difuntos. En las desiertas naves del templo de Villahonda, cuyo silencio de sepulcro predisponía el alma a la oración, sólo se hallaba algún devoto murmurando sus oraciones. Todas las capillas permanecían a oscuras; sólo en la nave principal ardía una lámpara de aceite derramando tembloroso fulgor sobre los objetos que la rodeaban y haciendo aumentar o disminuir alternativamente sus siluetas de sombra. Había sonado el reloj las seis de la tarde. En un rincón de la más apartada capilla oíanse suspiros y sollozos. Allí estaba Leandra, arrodillada, con ambas manos cruzadas y sublime expresión de tristeza en el semblante.

—¡Padre mío—exclamaba—, padre mío! ¡Acércate más, acércate a mí! ¡Siempre te veo en las sombras, lejos... muy lejos!... ¡Te llamo y no me escuchas!... ¡Dame la mano, cógeme en tus brazos!... ¡Yo quiero subir contigo a ese sitio que te

vas cuando dejas de mirar tu rostro! ¿Por qué me hablas sin acercarte? ¿Cómo suena tu voz tan débilmente, que yo apenas la percibo en mis oídos, y suena en mi alma como una trompeta?

Después de balbucear estas palabras, calló de nuevo; luego continuó:

—¿Acaso ya no me quieres? ¿Me has olvidado? ¿O es que yo he cometido alguna falta contigo? ¿Por qué me abandonaste?... Mi tío es muy malo... Me pega... Allí viene... ¡Ah! Se acerca a esta capilla... Adiós.

Y alzándose trabajosamente del frío suelo, cogió su cántaro. Aquel cántaro debía estar rebozando en lágrimas. ¡Pobre Leandra!

Salió la muchacha de la iglesia. ¡Cómo estaba la infeliz! Tan delgada, tan pálida, que podía asegurarse que de su antigua belleza sólo la restaban los ojos, en cuyos melancólicos cristales cabrilleaba no sé qué extraña y vaga luz. Su brazo derecho, flaquísimo, enlazaba la esfera del cántaro, que se había colgado a la cadera, y el izquierdo la colgaba, marcando las ondulaciones del inseguro paso como un péndulo. Caminaba muy aprisa, pero no tanto que pudiera evadirse del tío Basilio, que la había divisado en la capilla.

—¿Entras en la iglesia a dormir?—la gritó el bárbaro—. Sube a casa, que tu tía se está muriendo.

La niña subió aquellos interminables escalones. ¡Dios sabe con cuánto trabajo! Detrás de ella, el tío Basilio subía maldiciendo. Al entrar en el zquizamí, Leandra tropezó, escapóse el cántaro de

sus brazos y rodó por el suelo, quebrándose en mil pedazos.

—¡Torpe!—gruñó la tía Requiescat desde su cama—; si yo estuviera levantada, pagarías caro tu descuido. No te tomas interés por nada de esta casa. Estoy en los últimos instantes, y te maldigo, porque tú me has matado... ¡Ay! Siento aquí en el pecho una cosa que me abrasa, un fuego que se enciende y apaga, una «llama» que va reduciéndome a cenizas el corazón.

La vieja se lamentaba a gritos, que retumbaban bajo los muros de piedra con eco espantable.

—¡Esta maldita chica—tronó el borracho, que había logrado ascender la penosa escalera—; esta maldita chica nos va a perder con sus descuidos!... ¡Romper un cántaro nuevo!... ¡Ah, Leandrita, Leandrita! Dos días hace que no entra por tu boca mas que aire; pero a fe a fe que no probarás el pan mientras no te corrijas.

En tanto que hablaba así el tío Basilio, habíase tirado en un colchoncillo que en medio de la estancia estaba. Leandra lloraba en un rincón. Tan prolongado martirio iba siendo superior a su débil resistencia.

Los golpes de muerte que la daban, y el no comer, acababan de agotar sus fuerzas físicas. Una frialdad inexplicable se difundía por su cuerpo. La niña se dejó caer en el suelo, inclinó la cabeza sobre el pecho, entornó los párpados, volvió a abrirlos convulsivamente y lanzó un suspiro. Un largo espacio de tiempo transcurrió sin que nin-

guno de aquellos tres seres moviese pie ni mano.

El reloj tocaba las siete. Entonces el tío Basilio se incorporó.

—¡Diablo de noche!—murmuraba, buscando en los rincones del cuarto el jarro del vino—; ahora, a tocar las campanas, a pasar frío. No; pues antes he de prevenirme el estómago contra las pulmonías... ¡Vaya un trago..., otro..., otro!... ¡Media azumbre me he colado!... Que vengan los cierzos... ¡Arriba, campanero, a cumplir tu obligación!

Salió Basilio del cuarto, y a los pocos momentos las campanas preludiaban su canción monótona y lúgubre. La campana «María», la mayor del campanario, dominaba el sonido de las otras con sus badajazos, que semejaban descargas de cañones.

## V

### El último repique.

Sólo en la fiesta de los Santos se tocaba aquel grandísimo instrumento, bautizado con el nombre de «María» y colocado en la abertura oriental del campanario. Cuando los villahondinos la escuchaban, era hora de rezar por los difuntos.

Pesaba cincuenta quintales, girando, no obstante, con notable ligereza, merced a los bodeques de hierro y piedra en que estaba montado su eje. De este eje partía una grande palanca de hierro

a que se agarraba el campanero para mover la mole de bronce.

En medio del campanario, en un asiento de madera, estaba sentado el tío Basilio.

—¡Cosa más rara!—murmuró, agarrándose con las manos al banquillo—. Juraría que la torre da vueltas, juraría que está saltando... Sí, no hay duda... ¡Anda! ¡Pues si las campanas bailan unas con otras! ¡Y ya no suenan! ¡Ja, ja, ja!... Esto sí que es divertido.

El tío Basilio estaba extremadamente borracho. Después de dar el primer impulso a las campanas, habíase tirado en el banco, y su embriaguez le impedía oír el ruido de aquellos monstruos de bronce, capaz de ensordecen un tímpano de piedra.

—¡Ahora sí que vais a volar, ahora! La grandona, la grandona va a ser la primera... La «María» va a voltear como una peonza... ¡Ja, ja, ja!

Levantóse el tío Basilio y se acercó a la campana mayor haciendo eses y sin cesar de reír. De repente experimentó una sensación horrible de miedo. Sintió una cosa fría, dura, que penetraba en sus carnes y le alzaba del suelo; un tentáculo férreo que se prendía en su chaqueta y le desgarraba la espalda; una zarpa que le suspendía sobre el abismo. Basilio abrió los brazos, vomitó una blasfemia, se vió fuera de la torre, miró a sus pies... y, como sale la bala del obús, fué lanzado al espacio, describiendo con su cuerpo veloz trayectoria.

Era la grandona, la campana grande, que le había alcanzado con su palanca.

## VI

**Liberación.—Alma que flota, burbuja de alcohol.**

Consta de nuestras investigaciones que aquella noche anduvo la opinión pública de Villahonda muy preocupada por el inexplicable suceso de que no doblasen las campanas en tan señalada fiesta cristiana sino breves momentos, y que corrieran diversos rumores poco favorables a Basilio; pero cuando a la mañana siguiente tampoco se tocó al alba ni a misa, ya a las diez, el cura en persona subió a la torre, seguido de monaguillos y demás cohorte sacristanesca, para informarse del extraño silencio de las campanas; el señor cura encontró en la torre el sombrero de Basilio, y al entrar en la habitación de éste, ofrecióse a sus espantados ojos espectáculo atroz y lastimoso. En la revuelta cama yacía la tía Requiáscat, con el cuerpo hinchado y ennegrecido, la boca abierta, mostrando las oscuras y desdentadas encías, y los párpados amoratados; en el suelo, blanca, pálida, Leandrilla, la pobre Leandrilla. Parecía una estatua de mármol. Tenía las manos cruzadas y los exangües labios dulcemente contraídos. El alma de Leandra, al escaparse al cielo, habíase despedido de la que fué su persona visible con una sonrisa.

## VII

## «Vox populi»

Villahonda cree a pies juntillas que toda aquella familia pertenecía al diablo, quien en la noche de los Santos sube a la tierra a recoger sus cosas. Si trataras de convencer a aquella ciudad, a sus mujeres especialmente, de que en la catástrofe sólo intervinieron causas naturales, te objetarán:

—¿Y el cuerpo del tío Basilio? ¿Dónde fué a parar? ¿Quién sino el demonio pudo escamotearle?

Para que contestes, benigno lector, a estas observaciones de las villahondinas, te referiré que el año último, al componer el tejadillo de un vetusto edificio fronterero a la iglesia, que sirve de cuartel de Caballería en la actualidad, se halló junto a una chimenea un esqueleto cubierto con un pantalón y una chaqueta iguales a la chaqueta y pantalón que usaba el tío Basilio, y que, según opinan personas dignas de crédito, allí fué a parar el campanero cuando le arrebató a los aires la campana.

Y es todo lo que me proponía contaros. No es mucho. Podía ser más, y puede ser demasiado.

*Febrero. 1877.*

# EL PADRE S I S E T

(CUENTO DE LA GUERRA)

---

## I

El heroísmo de Gerona había llegado a su último extremo: luchábase allí con los franceses y con el hambre, enemigos ambos tan malos, que si me pusieran en el caso de optar entre uno de los dos, no sabría con cuál quedarme. Ya íbamos perdiendo la mala costumbre de comer.

Se publicó un bando para que todos los vecinos llevasen a la carnicería sus mulas y caballos. Yo cumplí mi deber, pues, aun cuando sólo contaba entonces nueve años, ya me hacía cargo de la gravedad de las circunstancias; y sobreponiéndome a la pena que me causó la muerte de mis padres, ocurrida la semana anterior, y sin oír los gemidos de mi abuela, que se empeñaba en no dejarme salir de casa, cogí de la rienda a mi querida y anciana yegua *Pardaleta*, y me dirigí al arrabal de la Rutlla, donde estaba la carnicería. Por el camino iba pensando en los horrores de la guerra, en lo tunante que debía de ser Napoleón cuando aquellos disgustos nos proporcionaba y en el mal

rato que yo iba a pasar cuando matasen y descuartizasen a la pobre *Pardaleta*, que tantas veces me había llevado en su anguloso lomo a la Dehesa, a Bañolas y a la fuente del Galligans.

En la carnicería vi más de treinta bestias entre mulas y caballos. El de don Mariano, el gobernador, que era un hermoso potro cordobés, de finas patas y lustrosa piel, fué el primero sacrificado al hambre de aquel vecindario heroico. Después llegó el turno a mi *Pardaleta*. El pobre animal parecía conocer de antemano su trágico fin. Con las narices dilatadas por el temor, aspiraba las emanaciones sangrientas que despedía el suelo de la carnicería, cubierto ya de cadáveres, y con sus ojos tristes y lánguidos me miraba como para pedirme socorro. Pero, ¡ay!, no pude prestársele. El tío Gasparet levantó el cuchillo, asió del ronzal a la yegua y..., ¡zas!, hundió el reluciente hierro en el cuello de mi *Pardaleta*. Esta no se movió siquiera. Cayó a tierra como herida del rayo, y expiró con toda la dignidad de un mártir.

Diéronme la parte de carne que correspondía a los dueños despojados, y volví a mi casa llevando auestas unas cuantas libras de lo que fué mi *Pardaleta*. Al salir de la carnicería y ver colgada de un palo su blanca piel goteando sangre, no fuí dueño de contener mis lágrimas, y lloré copiosamente. Mi abuela me aguardaba con impaciencia, y así que me vió manchado de sangre, y con la triste carga encima de mis hombros, gritó, subiendo y bajando sus manos con ademán de dolor:

—¿Han matado a la *Pardaleta*? ¿Cuándo nos matarán a nosotros? ¡Hambrientos! ¡No piensan mas que en comer!

Luego se arrodilló debajo de la campana de la chimenea, y poniendo sobre la losa del hogar sus manos descarnadas, en que se descubrían las venas gruesas como cordeles, siguió diciendo:

—Esta piedra se ha enfriado para siempre. Nunca más volverá a arder aquí la llama de la alegría, que hizo sonreír a tus padres y alumbró tus juegos primeros...

Parecía mi abuela una vestal decrepita, exasperada porque un soplo de los huracanes hubiera apagado el fuego cuya custodia se le confió.

El gato husmeaba la carne de la yegua, y lanzó un plañidero maullido, fijando en mí sus pupilas fosforescentes.

—¿También tú quieres atracarte?—dijo mi abuela al gato, como si éste la entendiera, y añadió a su reconvención una manotada que hizo declararse en fuga al famélico bicho.

—Déjele usted que coma—repliqué yo a mi abuela—. Si los soldados se comen los ratones, ¿qué les queda a los gatos?

Entonces sentimos unos pasos sigilosos en el portal y, volviendo la cabeza, vimos al padre Siset. Su pardo hábito franciscano, todo harapiento y lleno de manchas; sus pies, descalzos, sucios, horribles y juanetudos como los de un diablo; sus piernas, nerviosas y peludas; sus enormes manos, que no podían hacer otra cosa que agarrar, y que

una a otra se mortificaban con sendos apretones —a la manera de sus amigos, siempre juntos y siempre zahiriéndose—; su oblonga cabeza, y sus ojos descoloridos y sin expresión, cual los de un ciego, formaban un conjunto que no se me olvidará mientras viva.

—¿Qué hacéis aquí?—gruñó mirando a mi abuela, que seguía arrodillada—. ¡A las mura-llas! ¡A los hospitales! ¡A las obras! ¡A trabajar! ¡Canallá, cobarde! ¡Voto al cordel de Judas, que no merecéis ser españoles! ¡Vieja, levántate! ¡Tunantuelo, sal a la calle! ¡Idos a la puente de Fran-cia, donde hoy se prepara un buen baile de gaba-chos!... Pero antes dadme las vituallas que ten-gáis...; la carne, el pan, los garbanzos que os que-den; todo hace falta en los hospitales.

—No tenemos nada—gruñó mi abuela, contem-plando con desconfianza al fraile, que, al aspirar el aire, parecía inquirir con las fosas de su gruesa nariz, pobladas de cerdas, el lugar donde podría-mos ocultar las provisiones.

—¡Mientes, vieja egoísta! Aquí hay carne... Esto es para los que se baten. ¿Con qué derecho piden de comer los que no pelean?

Y apoderándose de la presa de carne de la *Pardaleta*, la sepultó en las amplias mangas de su hábito, como si hubiese sido una manzana.

—¡Ciudad de traidores y cobardes!—dijo—. No encierras, ¡oh miserable Gerona!, dentro de tus carcomidos muros mas que cobardes, almas de paja y cuerpos de alcorza. Aquí no hay sino tres

hombres enérgicos y patriotas: un cadáver, un enfermo y un sano. El sano soy yo; el enfermo, don Mariano Alvarez; el muerto, San Narciso... El, él es quien me ha infundido este valor que me impulsa a despreciar la muerte y despreciaros a vosotros más aún. El es quien la otra noche, cuando yo rezaba en San Feliú delante del sarcófago, resucitó para encomendarme esta misión... Aquella arrugada momia, que tantas veces habéis visto dentro de la caja de plata y cristales, se incorporó, sí; apartó con sus manos los pliegues del manto de tisú que le cubre, y cogiendo aquel báculo puesto al lado de su cuerpo, me tocó en la cabeza con su extremo. No era de oro aquel báculo, no; era de luz, de fuego divino, de lo que deben ser las estrellas que pisan los ángeles; y al sentir su contacto, un alma nueva y vigorosa me entró en el cuerpo, como el espíritu de Dios por mis venas, y me levanté del suelo diciendo: «¡Oh padrino mío! ¡Santo excelso! ¡Yo te obedeceré! ¡Sí; Gerona será salvada por mí! ¡Tú darás a mis ojos el poder de descubrir los traidores, y a mis manos la fuerza necesaria para destrozarlos!» Por eso vengo a vuestra casa y voy a la de todos; por eso recorro las murallas día y noche. Es Dios quien me manda. ¡Por el cordel de Judas os juro que yo he de vencer a la traición! ¡Yo he de ahogar entre mis brazos a ese monstruo hediondo que se oculta en los huecos de los hendidos murallones! ¡Aún no le he visto, pero le tengo cerca siempre; ya he perdido el olor de su infecto resuello! ¡Al fin le en-

encontraré! ¡Cordel de Judas, yo he de vencer! ¡Mue-  
ra la traición! ¡Mueran los Napoleones!

El padre Siset acabó sus frases descargando un furioso puñetazo sobre la débil mesilla de donde había cogido la carne. Estaba espantoso. Tenía la morena faz horribilmente contraída, los dientes apretados; y sus ojos, pálidos y fríos, contrastaban de manera extraña con la expresión de las descompuestas facciones. Hablaba como un loco y hacía con los dedos de sus manos violentos ademanes, que les prestaban apariencias de garfios, tenazas y otros objetos de análogo uso.

Acercóse a mi abuela, y empujándola con el pie dijo:

—¿No me has oído? Vete al hospital. Allí son necesarias las mujeres... En las murallas hacen falta pechos de varones para que reciban heridas; en el hospital, manos de hembras para curarlas.

—Déjeme usted, padre Siset—balbució mi abuela—; déjeme usted acabar aquí mis días.

—Muchacho, vente al polvorín—añadió el fraile, poniéndome su mano en el hombro y estrujándome fuertemente.

—Yo no voy a ninguna parte—grité, escapándome del padre Siset y colocándome en el dintel de la puerta—. Váyase usted de mi casa... Ya se lleva lo que vino a buscar...

El franciscano echó a correr detrás de mí, y tuve que apelar a la ligereza de mis piernas para salvarme.

Al llegar a la calle de la Cort-Real venía un

grupo de voluntarios trayendo varias camillas cargadas de heridos.

—¡Ayudadnos a llevar a estos desdichados al hospital—decían a cuatro o cinco mujeres que se asomaron a las ventanas—, y dentro de un rato volved por nosotros, que ya estaremos heridos... o muertos!

Las piadosas mujeres descendieron a la calle y cargaron con las camillas. Yo me acerqué a ellas y contribuí a la cristiana obra.

## II

Desde ocho días antes, el bombardeo no cesaba. Las altaneras águilas de Wagram y Austerlitz hablaban por cien bocas de bronce, arrojando sobre los muros chafados de Gerona horribles esputos de fuego. Cada detonación tenía un eco dentro de Gerona, y apenas perdido en los aires el tronido del cañonazo que agitaba la atmósfera, como el aleteo de un pajarraco inmenso, surgía de las calles otro estruendo mayor: el desplome de los edificios aplastados por las granadas y balas rasas. ¡Atroces momentos aquellos!

Mi casa fué de las que primeramente se hundieron. De entre los escombros salió ilesa por milagro mi pobre abuela, que gritando y lamentándose de la general desgracia se metió en la catedral, sobre cuyo cimborrio, dirigidos por el médico Castelví, varios payeses estaban montando una

batería. Yo vagaba por la ciudad como una alma en pena, desfallecido por el hambre. Un soldado de Ultonia me dió cuatro patatas, con las que me regodeé de lo lindo. Crudas, podridas, llenas de tierra como estaban, me supieron a gloria; fortalecido con aquel banquete espartano, sentí curiosidad de ver el campo enemigo. Acerquéme a un cubo del fuerte del Condestable, y arrastrándome por el camino cubierto, me metí entre las ruedas de un cañón que asomaba su boca sobre los fosos.

Era la hora del obscurecer; el día caluroso, el cielo despejado, prometían una noche serena y apacible. Tendidos por la llanura de Salt se veían grupos de soldados franceses, y llamas azules anunciaban aquí y allí improvisados hogares en que condimentaban los ranchos.

El lugar en que yo me encontraba era un foso acústico, adonde aflúan, distintos y separados, todos los rumores del campamento: el chirrido de las ruedas de una carreta que conducía bastimentos al paso tardo de sus bueyes; el cantórico de algún centinela que graznaba desde su garita cual una lechuza desde su nido; el alarido de una trompeta sonando allá, a lo lejos, como la voz de vigilante gallo; el sordo rumor del río al colarse por la esclusa de Oña, que hacía gárgaras antes de tragar el abundante líquido, y de rato en rato, periódicamente, con intervalo de cuatro o cinco segundos, el estampido de los cañones, que semejaban un ritmo de muerte con que monstruosa péndola contara los últimos momentos de la invicta Gerona.

Más de media hora estuve atento al examen de aquel paisaje, cuya obscuridad crecía por minutos. Cuando quise salir de debajo del cañón sentí allí cerca el ruido de unos pies, bajo cuyo peso crujía la arena del glacis. Miré y distinguí un enorme figurón, un grandísimo espantajo, en quien reconocí el padre Siset. Traía, según su costumbre, una cruz muy pesada en la derecha mano. El temor de que me viera obró en mí el prodigio de hacer elástico mi cuerpo, y como una culebra me deslicé bajo la cureña del cañón, hasta sacar mi cabeza fuera de la muralla. A mis pies veía el ancho foso, inundado de agua; en sus orillas nacían y prosperaban, reproduciéndose con la fecundidad de todo lo malo, varias familias de zarzas y cabrahigos, cuyas ramas se agarraban a la sillería del muro, tratando de tomarlo por asalto.

El padre Siset se detuvo detrás del cañón. Yo encogí aún más mi minúscula persona para que no me advirtiese, y hasta dejé de respirar. El fraile se asomó a la muralla y miró al campo.

—Siempre ahí esos bergantes—gritó, alzando sus brazos para señalar el real de los franceses—. Aquí no hay quien los eche a tiros. Aquí sólo viven cobardes y traidores. ¿Dónde fué Leónidas? ¿Dónde Santiago? ¡Oh milicias celestiales que el Santo Angel acaudilla, venid a socorrer a Gerona, que muere!

Después, volviéndose hacia Gerona, exclamó:

—¡Ciudad vil e infame! ¡Tus doncellas serán profanadas por las manos de los salvajes! ¡Las vírge-

nes del Señor dejarán de serlo; el altar será hollado por las pezuñas de los caballos franceses; tus hijos sentirán en su cuello el áspero dogal del conquistador, y tú, tú misma, con tu corona ducal y tu sangriento escudo, serás amarrada al carro del que vence!

El padre Siset adelantó sus pies hasta el borde de la muralla; yo no había previsto que el bárbaro patriota hiciese aquel movimiento, y cuando quise retirar mi cabeza de la tronera, ya era tarde.

—¡Ah, tunante!—gritó el fraile descendiendo de la muralla—; ¿qué haces ahí? Pero ¡a qué preguntarlo? ¿Qué puedes hacer si no es esperar una ocasión de fugarte? Acaso eres espía de los gabachos, acaso te pagan los «monsieres» para que vendas a tu patria... ¡Ah, yo te diré cómo debe tratarse a los traidores!

Yo estaba aterrado; cerré los ojos para no ver aquellas disformes manos que se acercaban a cogermme, ni aquella boca enorme, cuyos gruesos labios se desplegaban con violentas gesticulaciones al proferir tantas amenazas.

—Sal de ahí al punto, traidorzuelo; ¡por el cordel de Judas te juro que hoy mueres!

—¡Ay, padre Siset—repuse yo en balbucientes frases, comprendiendo que mi resistencia sólo serviría para exasperar al fanático cogulla—; perdóneme vuestra merced! No me haga daño, no me pegue; no soy traidor; no quiero entregar a mi patria. Déjeme vuestra merced ir a buscar a mi abuela.

Salí de entre las ruedas del cañón, y no sé qué fué antes, si incorporarme o sentir en mis hombros las tenazas que me destrozaban, pues no otra cosa parecían los duros dedos del fraile.

—¡Perdonar!—vociferó él—; ¡perdonar!... Hoy no se perdona. Se mata o se muere, y tú vas a morir.

Arrastróme hasta la tronera; levantóme en vilo como podría yo haber alzado al gato de mi casa, y después de dejarme un momento en el suelo del camino cubierto, se acercó a la almena más próxima. No osé moverme, y permanecí acurrucado sobre el polvo. Un segundo después, que el acelerado impulso de mi corazón contó por un cuarto de hora, sentíme nuevamente suspendido en el aire. Créime lanzado al espacio, y mi conturbada imaginación me hizo ver debajo de mí negros abismos, erizados de peñascos escabrosos y en cuyo fondo me aguardaban los esqueléticos brazos de la muerte.

—¡Padre Siset, por San Narciso, perdóneme vuestra merced!—grité, agarrándome a las mangas de su burdo hábito franciscano.

—¡Perdonar al enemigo de Dios! ¡Eso es un crimen! ¡Y qué es la patria sino Dios, Dios, que se ha hecho tierra, árboles, casas, cielo azul y claros ríos de mansa corriente?

—¡Pero si yo no soy enemigo de mi patria! Yo no soy mas que un pobre huérfano, un muchacho abandonado de todo el mundo. ¡No me mate vuestra merced!

En mis desesperados esfuerzos para cortar el

funesto desenlace que esperaba por momentos con horror, logré asirme de una rueda de la cureña, y atenzando mis brazos en sus radios, dispúsemme a dejármelos arrancar antes de aflojar la presa. El padre Siset me cogió por la cintura y me bamboleó cruelmente.

—¡Suelta, perro de los infiernos, espía de Satanás!—gruñía con acento sordo—. No han de valerte tus tretas. Has de perecer aplastado. Eres el escarabajo vil que ha querido manchar el nido del águila, y como él morirás.

En esto ocurrió una cosa extraña. Oí un disparo más cercano que los que hacia la puerta del Carmen perturbaban sin cesar el silencio de la noche; vi su fulgor, que alumbró con fugaz llamarada un grupo de las avanzadas francesas...

Los brazos del padre Siset me soltaron; su boca aulló un bárbaro vocablo, y cuando momentáneamente, repuesto de mi temor, volví la vista hacia él, ¡horror!, ¡ya no estaba en la muralla! Sólo distinguí sus enormes y desnudas zancas, que, perdido el aplomo de su posición, se deslizaban al foso tras la cabeza y los brazos... Aquel disparo había matado al fraile.

Su cuerpo fué a parar al foso en espantosa caída, y las zarzas y cabrahigos, que recibieron la pesada carga, se quebraron, produciendo un ruido lúgubre. De entre su oscura masa salió volando, asustado por el estremecimiento del follaje, un buho, que con aleteo torpe y cansado fué a perderse en la oscura línea del horizonte.

—¡Aquella debía ser el alma de Siset!

No puedo contaros una palabra más del fraile, y a él debe ocurrirle lo propio, pues irremisiblemente hubo de morir aquella noche de atormentadores recuerdos para el que esto os refiere.

Como mi persona ha de interesar poco, no os diré de ella sino que padecí más de un mes terribles fiebres; que asistí en sueños a la rendición de Gerona, y que, después de restablecido, sólo dispartado sueño creía que fuese el ver los brazos de mi patria cargados con la ominosa cadena de la servidumbre.

Afortunadamente, los sucesos vinieron luego a gusto nuestro, y los franceses tornaron a pasar por Roncesvalles.

Un día, dos años después, en que, paseando por los muros del Condestable, revolvía con la punta de mi garrote un montón de escombros, me pareció descubrir entre ellos un hueso humano. Seguí revolviendo el cascote, y otros muchos huesos más aparecieron sucesivamente, todos los cuales debieron formar el esqueleto de un hombre. Un pedazo de paño burdo envolvía aún los correspondientes a la región torácica... Sí; aquel era el foso donde se estrelló el padre Siset... Cinco o seis pasos a la derecha de su descabalada osamenta encontré un cráneo. Estaba sobre la tierra, como si su dueño se dispusiese a salir al mundo a la vibración primera de la trompeta del último juicio, y en una de sus vacías órbitas había echado raíces una amapola de sangrienta flor... Aquel imprevisto y tris-

tísimo cuadro me horrorizó, y volví a mi casa embebecido en negras imaginaciones.

—Parece imposible—me decía mentalmente—que el fanatismo llegue a trocar en odioso crimen el santo amor a la patria.

*Noviembre, 1878.*

---

## FABULA NATURALISTA

---

Como el poeta se durmió, el libro se escapó de sus manos, y el buen viejo se quedó con la cabeza sobre el pecho y los brazos apoyados en la mesa. Un rayo de sol poniente iluminó el tintero de cristal, los pisapapeles de *fint-glas* tallado, las plumas y la cabeza del lector, el cual soñó de esta manera:

La cosa ocurría de noche. Los faroles rompían con puntos de oro la negrura, y sus reflejos corrían por las mojadas aceras. Los paraguas y las capas chorreaban la lluvia, que desde tres días antes no dejaba de caer. El paisaje que se divisa desde las Vistillas se borraba, se desvanecía, parecía disolverse al través de las rayas de cristal que la lluvia trazaba en el aire. El silencio era completo en aquella explanada. Una gotera, escurriendo sus perlas de agua en un farol, sonaba al modo de un reloj que contase la vida del páramo sombrío y desierto. De pronto, en lo lejano, más allá de la línea blancuzca que un puente diseñaba en la movible reverberación de sus faroles sobre el río, una vociferación aflautada, gangosa, estri-lente, una escala de silbidos, que se confundían

unos en otros, rompió el silencio, y la locomotora apareció como un fantasma rojo, arrojando un vaho luminoso, despidiendo chispazos de carbón, pedrisco de ascuas, envuelta en una ola de ruidos y otra ola de fuego. Entonces, de la esquina que con la calle de Don Pedro forma el palacio de Osuna salió un sombrero larguirucho y anguloso. Era un hombre que caminaba a saltitos, parándose, volviendo atrás la cabeza, que adornaba un sombrero disforme y asombroso. Iba envuelto en un largo capote con esclavina, que casi le llegaba a los tobillos; pero no era, con ser tan largo, lo bastante para ocultar que las piernas de aquel singular sujeto iban al descubierto y sin otro abrigo que unas medias de seda. Al cruzar bajo un farol, su rostro se diseñó en la pared, como un conjunto de líneas agudas, rematado atrás por un colete que se retorció en curvas bajo la falda peluda del sombrero. Sus zapatos de charol pisaban quedo en las losas más limpias y, huyendo de los charcos, levantaban el tacón, se apoyaban en la punta, y la suela, nueva y barnizada, crujía bajo el peso del vejete. Porque era un vejete temblón, pero tieso; caduco, pero arriscado—una voluntad sosteniendo un siglo—. Llegó a la última casa de la manzana, llamó a un portón antiguo, de arco peraltado, y abierto que fué uno de sus postigos, que más parecía de ventana que de puerta, colóse el viejo, y sus pasos de garza desplumada sonaron en la escalera de piedra y luego en el entarimado, que, por estar barnizado con cera, relucía

como un espejo. Era un salón grandísimo, iluminado con velas de cera puestas en coruscantes cornucopias, y sus reflejos se quebraban y partían en hacecillos múltiples de claridad en las arañas centrales, de complicada y artificiosa cristalería, donde la mano del moldeador había vertido gotas de agua sólida, creando una mágica vegetación de sarmientos de vidrio, de la que arrancaban flores de cardo concluidas en cuerpos de nereidas. Las luces se columpiaban en los espejuelos de las cornucopias, y, mirándose en ellos, simulaban las pupilas lujuriosas y encendidas del espíritu de la sensualidad ardiendo en su propio fuego, y enamoradas de las cosas que veían desde arriba al cruzar bajo ellas las escotadas mujeres.

Al entrar el vejete del sombrero despojóse del capote y descubrió su cabeza, adornada de peluca gris, cuyo cabello se acomodaba en dos alas rizosas sobre la nuca. Era el vejete una cuarema, todo huesos y ninguna carne; afilado de nariz, de largo labio, rasurado con tal esmero que brillaba; de pupila chiquita e inquiridora, y tanto fulgor en la mirada, que sus dos ojos parecían agujeritos abiertos en un horno.

—Soy el primero—dijo.

Dió una vuelta por el salón, contoneando su talle y haciendo ondear los paños de la casaca, de roja púrpura galoneada de oro. Requirió el espadín, que era una línea de acero, de vaina de cuero rojo y niquelado puño, del que cadenetas y sortijones pendían revueltos y sonajentes. Ten-

dióse en un sillón de armadura dorada y puso un pie sobre otro y ambos encima de una piel de tigre que delante de él había.

—¿Cuándo vendrán esas damas? ¿Faltarán a la cita? Ansío ver damas de mi edad vestidas al uso cristiano. El siglo puede más que el buen gusto; se las lleva, las arrebatata, sopla el aristocrático polvo de su cabello, hiela su corazón, infla sus vestidos, cose volantes en sus faldas, baja sus cinturas, despeina sus bucles... y a todo eso lo llaman *toilette*... ¡Palabra diabólica! Es como el conjuro de las modas infernales. El figurín del siglo es el de las arpías cuando daba fiestas Plutón.

Oyóse en esto ruido de coches y pisadas de caballos que, caracoleando, entraban en el pórtico de la casa. Levantóse con juvenil presteza el anciano, y apoyado el puño en el pomo del espadín, tirantes y en graciosa curva las pantorrillas, y derribada hacia atrás la cabeza, esperó a que la antigua y ruinoso carroza, que se había detenido en el zaguán, desembaulase su carga, que no era floja, si se atiende a que se componía de dos apopléticas damas quintañonas y barbiponientes, que se esforzaban por andar con garrido porte y subir la escalera con donosura. Vino después otro carruaje arrastrado por vieja mula, y más tarde —eran las nueve— una lechigada de sombras, envueltas en capas rojas, en gabanes amplios, en anchos pañolones, que al desembozarse, al abrirse y al deshacer sus pliegues, echaban fuera una multitud de señoras y caballeros, viejísimos todos y

todos adornados a uso del año 93. Se saludaban fina y ceremoniosamente, alargándose unos a otros los dedos helados de su mano derecha, y haciendo a par un amago de genuflexión, grotesca de puro rendida y cortesana. Pasaban al salón, y allí, en medio de la luz, que de candelabros, arañas y cornucopias venía, más amarillo se juzgaba el raso de los vestidos de ellas, más estrecho, aquilatado e inverosímil el talle de los hombres. Las mujeres traían la cintura en el seno, y éste parapetado tras corsé de coraza; plumas y garzotas multicolores sobre las pelucas; abundancia de esmeraldas en el cuello y orejas; ninguna flor del tiempo. Y había en la concurrencia círculo de toses, manos que tomaban rapé perfumado con «macuba» en cajas de oro, sonreír glacial y una urbana respetuosidad mutua, saturada del más fino comedimiento.

—¡Ah!—exclamó el vejete, a quien todos llamaban duque—. Permitidme que me regocije. Cien años hace que no nos vemos. Habéis sido puntual, condesa... Primo Barrueco, habéis venido también... Eulalia, Clotilde, Presentación... todas, todas, todas habéis sido fieles a la palabra que empeñasteis aquella noche... Acordaos bien: en esta sala nos hallábamos reunidos. Hace cien años de aquella noche. ¡Cuánto ha llovido desde entonces! ¡Cuántas espigas de trigo y cuántas cabezas humanas se han cortado! El hacha y la hoz han trabajado en competencia... La cita era para esta noche del día 6 de septiembre. Vosotros habéis venido de vuestros hogares, de vuestras pro-

vincias, de vuestras casas solariegas. ¡Gracias!... El siglo XVIII está aquí... Cerrad las puertas, cerradlas bien. La historia se ha quedado en la calle. La historia es un epitafio, y cree que al escribir el nuestro nos ha matado... ¡Ah, ah, ah!

Las voces de aquellos seres que habían sobrevivido al siglo XVIII tenían sonido desagradable y cascado; el gargarismo y la ronquera formaban el timbre de su hablar, y sus palabras eran anticuadas, oliendo al polvo de los diccionarios arcaicos.

—¡Abrazadme todos! Hombres y mujeres, estrechaos... El entusiasmo no tiene pudor.

Una efusión de cariño petrificado animó a las momias, y sonaron besos como bostezos y abrazos llenos de crujidos; esqueletos de brazos se desarticulaban al estrechar pechos sin carne ni amor; labios húmedos y cerdosos y encías desdentadas chocaban, buscando entre las sepulturas de sus perdidas muelas el alma de un beso olvidado.

Pasaban de doscientos los contertulios, y todos lucían las abigarradas ropas de la generación oficial que ilustró los salones palaciegos cuando Carlos IV era monarca de las Españas. Eran las plumas del colibrí adornando la desgarrada figura del flamenco, ¡cigüeñas vestidas de canario! ¿Quién fué la dama que se sentó en el clave? Su nombre quedó en el olvido; pero no las notas estridentes del instrumento, que se pulsaba como un piano y sonaba como una guitarra. Arpegios y escalas corrieron sobre el teclado, y en las decre-

pititas pantorrillas de los venerables currutacos, alineadas en la fila de los sillones, sobre el entarimado reluciente y brillante, advirtiéndose la impaciencia del baile. ¡Baile extraño! Unos frente a otros, en posturas académicas, alargando los cuellos, enarcando los brazos, oscilantes los pies, movíanse lentamente como sombras danzantes. Crujían los chapines, retorciendo sus tacones bajo el peso de tanto siglo. Al rozarse las telas de damasco y raso, simulaban el ruido de la lluvia, y estrechadas las manos para cambiar de figura, hacían un remolino graciosísimo en el centro del círculo de bailarines, una casaca violeta y una saya amarilla.

A las doce empezó la cena. Opípara la cocina de nuestros abuelos, dió de sí la más hermosa y succulenta prueba de valor y mérito. La mesa era extensa: un paseo vestido de blanco, un kilómetro de tablas adornadas con adamascada mantelería, cuyos dobleces delataban los siglos que había pasado encerrada en hondos y preñados arcones. La plata abundaba, y la luz rielaba en la vajilla, de loza del Retiro, de coralino borde y honda cavidad. El vino, servido en copas finísimas, anchas y profundas como cálices, tenía más antigüedad que los cipreses de Damasco, y su aroma punzante hería gratamente el olfato, y las agujas dulces de su sabor deleitaban el gusto.

—¡Hermanos míos, nobles hijos de la edad santa!—exclamó el Duque—. Este es el vino que ha conservado nuestras vidas. El vidueño de la voluntad, que yo cultivo en mis tierras de Andalu-

cía, echa de sus cepas este zumo que contrarresta el tiempo. Si cae una gota de este vino en un sepulcro, oiréis bajo la tierra el desperezamiento de los esqueletos que se incorporan y recobran la vida. Un chorro de este vino, arrojado al aire, le ilumina. ¡Es el ascua y la luz, el aroma y el gusto, la vida y la inteligencia, la dicha y el amor! Bebed y besad... ¡Qué alegría difunde! El alma se rejuvenece, el desengaño se aleja, volando con sus negras alas de pajarraco agorero... ¡El desengaño! Ese es el buitre de Prometeo... La noche de mi vejez se ilumina de mil puntos brillantes. Las pupilas de Flérida chispean enamoradas ante las mías... El amor me mece en sus brazos... ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!... Me parece un niño arrastrando un esqueleto... ¡Los ojos de Flérida! Nuestro divino Meléndez lo dice:

Si evitan, arteros,  
encontrar los míos,  
sus falsos desvíos  
me son lisonjeros.

Negándome fieros  
su dulce favor,  
tus lindos ojuelos  
me matan de amor.

—Prefiero a Noroña—afirmó el príncipe de Antuerpia, levantando su lomo jorobado—. Ese es mi poeta. Oíd:

Cuando miro, Fernando, congregadas  
las huestes sobre el llano...

—¡Abajo Noroña!—dijo el más joven de los o

mensales, que había cumplido ya los dos siglos—. Mi vate es Jovellanos.

—¡Hereje!

—¡Que se calle!

—Jovellanos es un impío, un diablo que habla en consonantes.

—Pido que se corone en mi persona al mejor poeta, a Teócrito—balbuceó el más viejo.

El rostro hacia el cual todos se volvieron para verle era un conjunto de canas y arrugas. La cabellera natural blanca parecía un puñado de algas nevadas; los párpados, pasas de Corinto; las mandíbulas, salientes, movíanse bajo la piel con un temblor enojoso.

—Ese es el poeta—repitió—. Allí está la belleza suma. El hace hablar a los campos, despierta sus ecos, agita las esquilas de plata de los rebaños, silba en la cornamusa de las pastoras y en la zampoña de Batilo; reproduce el aleteo de las mariposas, que enamoradas se persiguen; de los besos de los amantes sabe hacer rosarios musicales, cuyo ritmo de oro hechiza al que le escucha; deja a Dafnis y Cloe suspendidos sobre un lago en un columpio industriado de mimbres; va ciego por los bosques palpando los nidos de las avecicas, animando sus huevecillos con besos, y tocando con su mágica vara en todas las almas, en todos los corazones, en toda vivienda de seres capaces de amar.

—¡El poeta del amor!—refunfuñó un negro personaje, cuyo amarillo y cadavérico rostro parecía hecho de cera de cirios funerales.

Púsose en pie, alargó los brazos delgadísimos y embutidos en una ropilla negra, y prorrumpió luego:

—¡Endemoniado sujeto sin duda, digno del fuego eterno, sería ese Teócrito! El poeta grande aun no ha nacido; el poeta mayor de cuantos escribieron ha de ser el poeta de la vida infinita; el que abofetea al amor; el que moja su pluma de cisne negro en el óleo de las lámparas sepulcrales; el que, en vez de acercar a su oído la caracola de nácar donde durmió Venus, acerca un cráneo hueco, donde ha de resonar la eterna y única palabra que encierra la verdad de la vida: «¡Misericordia!»; el que, en vez de descender al Olimpo en busca de musas desvergonzadas y desnudas, desciende a las galerías subterráneas de las criptas a sorprender el silabeo de los sapos y el roer del gusano...

—¡Silencio!

—¡Que se calle!

—¡Que se siente!

—¡Mentecatos!—gritó el Duque—. ¿Queréis ver dónde reside la belleza suma? Vedla aquí.

Alzóse de su asiento, fué a una puerta del salón, abrióla, y de una estancia contigua sacó a una sombra blanca, alta, esbelta y gallardísima. Después tiró del cendal que la cubría, y apareció la desnudez más bella y profana que pudo idear artista griego.

Era una muchacha como de quince años, que por todo traje tenía una mantilla española de negro encaje a la cabeza.

—¡La décima musa!—dijo un viejo.

—¡La única musa!—objetó otro.

—¡La musa eterna!, Flérida—afirmó el Duque.

Lo cierto es que Flérida, aun cuando parecía una musa por lo bella, no pasaba de ser mortal muchachilla, y el espectáculo de la enorme mesa, del concurso de gimias, y además la vergüenza de verse desnuda, la hizo empurpurarse primero y palidecer más tarde. Su gallardo cuerpo, pulido y terso como de ágata, se estremeció de horror.

—¡Déjenme, déjenme! ¡Por la Virgen de la Antigua!—gimió, arrojándose al suelo y procurando cubrir con sus manos todo su pudor ofendido.

El Duque la miró con júbilo.

—Este era mi secreto—exclamó—. ¿No os ofrecí hace cien años una sorpresa? ¿No os prometí que mi ciencia sabría conservar con su juventud y su gracia, a través de los años, la mujer que me diese gana? Pues vedla aquí. La noche de nuestro festín... aquel festín que celebrábamos en esta misma estancia... empeñé mi palabra de noble y mi honor científico de presentaros hoy, joven como entonces lo fuese, a la primera muchacha que encontrase en la calle. Es ésta. Se llama Flérida. La poesía, la juventud, la gracia no han envejecido. Pasead vuestros ojos cansados por estas líneas curvas, donde la luz resbala como el agua en un torso de mármol.

—Tapadla—dijo, escandalizada, una decrepita dama, cuya barba puntiaguda salía entre las chorreras de artificiosa gola.

—He aquí mi capa.

El que la ofreció levantóse del sillón que ocupaba, extendiéndola en el aire, y el paño rojo de ella cayó sobre el cuerpo de Flérida. No sólo ocultó ésta su cuerpo en los pliegues del paño, sino también su rostro entenebrecido por el llanto.

—Las músicas clásicas están de enhorabuena—gritó el poeta melendiano—; Flérida resucita la suave y dulce poesía de nuestra época, en medio de los espantosos horrores de la musea romántica, esa depravación del gusto moderno.

—Ya no hay poetas clásicos ni en la Academia—exclamó con lúgubre tono el jorobado príncipe de Antuerpia.

—Pero ¿cómo habéis realizado el prodigio de detener la vida de esa mujer?—interrogó interesadamente la marquesa de Lanzarote, que traía ocultas sus arrugas bajo un revoco de albayalde y pintura.

—Mi ciencia lo ha hecho. Encerrada en un camarín de mi palacio, ha vivido en la más completa ignorancia de los crímenes de la época. He tapado bien las rendijas de las puertas, y no han llegado allí esa nube de papeles y libros que el siglo arroja sobre las conciencias. No ha leído a Víctor Hugo ni a Galdós. Desde el año 93, el tiempo no ha pasado para ella.

—¡Eso es imposible!

—¿Acaso nos ha sucedido a nosotros cosa distinta?

El sueño del poeta se desvaneció. Las figuras se levantaron del suelo y se disolvieron. Las cornucopias y las arañas se apagaron, lanzando cada vela un chorro de humo. Sin embargo, la mente, curiosa, buscó el desenlace de lo soñado, y palpando en las sombras del sueño, pudo encontrar algo. Volvió a ver al Duque, que entraba en casa del príncipe de Antuerpia, y que le decía indignado:

—¡Flérída!... ¡Flérída!... ¡Sabe usted?... ¡Se ha escapado con un escritor naturalista!

*Diciembre, 1885.*

---

## VENTURIELA

---

Astroso y malparado como Cardenio iba aquel hombre que, delante de mí, caminaba al paso castellano de su caballo peludo y enteco, del cual podía decirse lo que del caballo de Gonela, que *tanaum pelis et osa fuit*. Nada más extraño que su rota vestimenta. Traía gabán largo, raído y desfilachado, cuyo forro salía a luz por diversas roturas del paño; pantalón comido por los tobillos, y unas chinelas viejas en los pies, con los que espoleaba ansiosamente a la cabalgadura. ¡Inútil espoleo! El venerable cuartago no dejaba su paso sino para tomar un trotecillo saltón, aun más lento que la andadura. Era un conjunto pintoresco el que ofrecían aquel jinete deseoso de correr y aquel caballo deseoso de dar con sus huesos en la fosa, anhelado descanso del cruel matalotaje de su vida. Pudiera decirse que representaban al frenesí cabalgando en la inercia.

Cuando emparejé con el desharrapado caballero pude ver su rostro, que era profundamente simpático y lleno de atractivo. La tez morena, la barba negrísima y rizada, los ojos pardos y luminosos, el cabello muy oscuro y descuidado de pei-

ne y tijera, y no sé qué sombra de tristeza que le rodeaba, componían un semblante, si no bello, agradable, especialmente cuando miraba y hablaba (pues él me miró y me habló); y entonces adquirirían poderosa animación todas las facciones, combinándose en una armonía extrahumana la dulzura de la voz con la dulzura de las pupilas.

—¿Adónde se va?—me preguntó después del saludo.

—A Nidonegro—dije, refrenando mi jaca—. ¿Y usted?

—¡Yo!—exclamó con pena, moviendo la cabeza, como quien tiene lástima de sí propio—. ¡Si no lo sé!

—¡Singular viaje!

—Voy buscando cierto pueblo... y no sé hacia dónde cae. Usted puede que lo sepa.

—¿Cómo se llama ese pueblo?

—Se llama Villasoñada.

—¡Villasoñada! No le oí nombrar nunca.

—Todos me responden lo mismo. Nadie me quiere decir por dónde se irá a Villasoñada. ¡Es esto una conspiración de la humanidad para impedir mi dicha?

Así dijo, entre suspiros y sollozos, y luego se quedó pensativo y mudo, con la cabeza hundida en el pecho y el mirar extraviado. Después alzó la noble y ceñuda frente y se expresó de esta manera:

—A usted le habrán chocado mis palabras.

—Confieso que sí me han llenado de curiosidad y confusiones—respondí.

—Pues no es maravilla, que a todo el mundo le pasa lo propio. La misma ruta llevamos, y a fe a fe que debe faltar no poco para llegar al primer pueblo en que descansemos, pues en esta gran llanura que desde aquí diviso no se columbra casa ni choza, ni otro signo de existencia social... Así, pues, entretendremos el aburrimiento del camino con mi historia, que es interesante.

Prometí oírle con atención, y, ávido de sus palabras, le supliqué comenzara; él lo hizo de esta suerte:

—«Yo, señor, era estudiante de leyes, un verdadero estudiante, porque no estudiaba letra, ni iba a clase, y me curaba de Triboniano y de las Pandectas lo mismo que del primer cigarro que fumé. Vivía en Salamanca, en una casa viejísima, medio gótica, medio árabe, ocupando un cuarto cuya ventana, de hermosa ojiva, daba a un abandonado patio, donde crecían, con abundancia paradisíaca, mil plantas olorosas, algunas higueras bravías e innumerables huestes de zarzales. Allí me pasaba yo las horas muertas, soñando con lo que faltaba en aquel hermoso retiro: en una mujer rubia o pelinegra, alta o baja, que se llamase Luisa o Clara, Anita o Pilar, Lucrecia... o X, dechado y cifra de la poesía viviente. Transcurrían los meses y no llegaba el esperado ser, dueño de mi alma; cuando un día llegó...»

—¿Llegó «ella»?—le interrumpí.

—«No señor. Llegó el cartero con una carta para mí. Abrí el sobre, y eché una mirada indife-

rente sobre el pliego. Escribíame mi tío, hermano de mi difunta madre, suplicándome que fuese a pasar una temporada en su casa. Yo no conocía a aquel tío sino de nombre. Llamábase don Cipriano, y era maestro de latín en Villasañada.»

—¿Ya pareció Villasañada?

—«¿Dónde está?»—dijo mi compañero enderezándose en la silla.

—En su cuento de usted.

—«¡Ah! ¡Creía que hablaba usted del pueblo!—repuso con amargo desaliento—. Dudoso estuve en aceptar aquella invitación; pero al cabo de muchas vacilaciones, y con el propósito de pasar en tal aldea no más que una semana, emprendí la caminata en una diligencia que desde Salamanca conducía a la residencia de don Cipriano. Llegué... No hay otro verbo con que expresar la idea de la llegada al cielo. Este mísero idioma dice lo mismo: «llegué a gozar» que «llegué a sufrir...» Llegué y conocí a mi tío. Habitaba una casa pequeña, blanca, con persianas verdes, rodeada de un grandísimo jardín, en el que había millares de pájaros. Hallábase don Cipriano en su despacho, y así que me vió alzóse de la butaca que le sostenía y vino hacia mí con los brazos abiertos. Al mismo tiempo gritó:

—«¡Venturiela! Ven, que está aquí el primo Andrés.

»Sentí detrás de mí unos pasos leves, y un grito de sorpresa, que me pareció de timbre celestial. Volvíme y vi a una criatura como de diez y ocho

años, alta, esbeltísima y delgada, sin ser flaca. Sutil era su talle, ovalado e intensamente pálido su rostro, verdes sus ojos como los de «Pepita Jiménez» y castaño su cabello, puesto en trenzado rodete, que abrumaba la preciosa cabecita con su peso, como una corona de hermosura y juventud.

—«Aquí está tu primo—dijo mi tío presentándome a Venturiela.

—«Bien venido—murmuró ella bajando los ojos.

—«Señorita... Prima... Venturiela—exclamé yo.

«No sabía qué decir. Sorprendido con la inesperada presencia de aquella divina muchacha, cuya existencia y primazgo ignoraba, no acerté a buscar fórmula de salutación bastante expresiva y cariñosa... Sí, señor mío, sí; aquella era la mujer que yo aguardaba en mi ventana ojiva de la ciudad, bien se llamase Pilar o Lucrecia, Luisa o Clara. Así pensaba que tendría los ojos, y del mismo modo, sencillo a par que pulcro, vestí yo su gentil persona en el taller de modista de mi fantasía... Alojéronme en un cuartito en que todo era blanco: las paredes, los muebles de madera sin pintar, las ropas del lecho, las colgaduras de la ventana. El sol entraba hasta besar la almohada del lecho, y las aves del jardín venían al alféizar de un balconcillo a robar ¡socialistas! los cañamones del canario de Venturiela.

—«Este es el cuarto de Venturiela—me dijo don Cipriano, sonriendo.

«No sé cómo pude contener esta respuesta. ¡Eso ya lo sabía yo! ¡De quién sino de esa celestial

Venturiela puede ser este lecho, que exhala aroma de violetas, y esta estampita de la Virgen del Carmen, que es su retrato, y este tocador tan modesto y hechicero? Pero mientras pensaba esto, dijeron mis labios:

—No consentiré en arrojar a mi prima de su cuartito. Alójese en cualquier parte, pero no aquí. Eso sería profanar un santuario.

«Dióme gracias ella con una mirada por mi galantería, y abriéronse en su ebúrneo palmito las rosas del pudor... ¡Ay! Señor mío, ¡qué desgraciado soy! ¡Por qué me conserva Dios la vida después de tanta desventura? ¡Por qué no me mata o me da valor para que yo mismo me mate!»

Andrés, enardecido con el relato de su historia, había soltado las riendas del caballo, el cual se aprovechaba de la libertad para mordisquear las espigas que a un lado y otro del sendero salían a insultar su hambre con sus cabecitas de oro. Caballero y bridón no representaban ya a la actividad y a la inercia. Debajo de ellos hubiera podido grabar un escultor esta leyenda: «La poesía cabalgando en el hambre».

—No pienso molestar a usted relatándole prolijamente mis amores con Venturiela... Porque Venturiela me amó, me amó muchísimo... De noche era cuando nos veíamos en la sala. Don Cipriano leía cerca de su mesa a Virgilio y algún periódico. Nosotros hablábamos en la ventana, el uno junto al otro, sin tener alma para más que para mirarnos de hito en hito. Era mi novia tan

sería en sus afectos, que nuestra pasión parecía algo como culto religioso, y se delataba más por el perfume de las almas que por esos actos con que el orgullo de los amantes suele revelar al mundo el hilo de oro que une sus espíritus en dulce coyunda. Como estaba tres y cuatro horas seguidas mirándola desde tan cerca, luego, al quedarme solo, mis ojos no podían ver nada sin verla a ella. Su imagen quedaba estereotipada en mi retina, y la reproducía por un efecto, creo que moral y físico, con todos sus detalles, con sus pestañas larguísimas, tan largas, que parecían enroscarse unas en otras al mariposear ante la luz, con sus labios de tinte de amapola, con su color quebradito, con su seno poco exuberante, pero gallardísimamente colocado entre una garganta que era un fuste de columna y una cintura que parecía un tronco de olivo.

«Dos meses pasé en Villasofñada, y llegado que fué junio, mi tío me llamó un día a su despacho para decirme:

—«Sé que amas a Venturiela y sé que ella te quiere también. Esto me llena de alegría. Os casaréis... pero es preciso que concluyas tu carrera... Estamos en junio, el mes de los exámenes. Vete a Salamanca, examínate y vuelve a Villasofñada.

«Prometí hacerlo y lo hice. Despedíme de Venturiela al anochecer de un día nublado y caliginoso. Ella no lloró, porque en la serenidad ruginosa sublime de su alma no cabía la idea de que yo pudiese olvidarla, dando al traste con mis juicios.

tos... Llegué a Salamanca, pasé ocho días estudiando, si es estudio el devorar los libros con la inteligencia y apoderarse de sus ideas como se apodera un facineroso del dinero ajeno, haciendo acopio en una hora de lo que cien generaciones capitalizaron afanosamente; me examiné, me aprobaron y me dispuse a regresar a Villasofñada, a cuyo efecto enderecé mis pasos a la administración de la diligencia que hacía el servicio entre Salamanca y la aldea de don Cipriano. No recordaba bien en qué calle estaba, y así hube de preguntar a varios por ella. Ninguno me sabía contestar.

—¿Villasofñada?—me decían—. ¡No conozco ese pueblo!

»Al principio no me extrañó que hubiese en Salamanca gente que no conociese a Villasofñada; pero cuando pregunté a doce o catorce personas con el mismo negativo resultado, empecé a alarmarme.

»Fuí a la estafeta de Correos, y un viejo empleado a quien dirigí mi interrogación, me contestó, mirándome de arriba abajo:

—¿Tiene usted gana de broma? ¡Villasofñada! No hay tal pueblo en el mundo.

—¿Cómo que no, si he pasado yo dos meses en él?

—¿Está usted riéndose de mí? Cuarenta años llevo sirviendo en Correos; he viajado por toda España, y le aseguro a usted que no hay pueblo, aldea, lugar ni caserío que no conozca, de nombre al menos. Pues bien: Villasofñada no existe.

»Llenéme de congoja. Las ideas daban vueltas

en mi cerebro como soles encendidos de una pirotecnia, y el rostro de Venturiela y el de don Cipriano aparecían y desaparecían en aquel tumultuoso oleaje de mis dudas.

«¡Señor! ¿Qué me sucedió a mí? ¿Qué horrible y maravilloso acontecimiento era aquél? No sólo no acertaba a explicármelo, sino que ni aun sabía dar forma a mis preguntas ni a mi asombro... Cansado de recibir respuestas negativas y burlas, me determiné a buscar yo mismo el pueblo, y aquí me tiene usted que, nuevo Don Quijote, voy, no en busca de aventuras, sino en la de mi idolatrada Venturiela, de Venturiela que me aguarda, de la que me está reservada para esposa, de la que es para todos, menos para mí, «fuente sellada y campo cerrado».

Cuando acabó su historia el caminante y se quitó el sombrero de paja que cubría su cabeza para secar el sudor que saltaba de su frente, como rezuma perlas de agua una vasija de barro, no pude menos de mirarle con pasmo y estupefacción, hasta que vino a sacarme de ella el ruido de una campana que nos saludaba anunciándonos la vecindad de un pueblo.

—Ya vamos a llegar—dijo Andrés—. ¡Este tampoco es Villasoñada!

En esto llegaron a nosotros dos guardias civiles que, a buen paso, jadeantes y cubiertos de polvo, venían en dirección contraria a la nuestra. Detuviéronse al vernos, y dirigiéndose al desastrado viajero, dijo uno de ellos:

—Este es el que buscamos.

—Deténganse ustedes—añadió el otro guardia civil.

—No—repuso su compañero señalándome—. Usted puede seguir su camino; éste es el que nos llevamos.

—¿A mí?—preguntó con susto Andrés.

—Sí, a ti—replicó uno de los guardias.

Y sin más miramientos apeáronle del caballo y le maniataron bonitamente.

—Sepa usted, caballero—me dijo un guardia—, que este desdichado es un loco que se ha escapado esta mañana del Hospital de Salamanca.

Profunda tristeza me causó la desgracia de aquel pobre joven, y no queriendo ser testigo de ella por más tiempo, piqué espuelas a mi caballo y partí al trote.

Allí se quedó él sin ventura, gritando a voz en cuello:

—¡Venturiela, Venturiela! Espérame, que yo he de ir a buscarte.

*Mayo, 1879.*

---

## EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE OCTUBRE

---

¿Es que mueren las hojas, o es que recobran su libertad? Presas en el alto chopo, han sido mecidas y columpiadas por el viento, teñidas de oro por el sol, lavadas y barnizadas por el agua. Bajo ellas se ha escondido los gorriones, y bajo ellas también se han sentado los novios, porque el amor busca la sombra de los árboles. He aquí explicado por qué las manos de los novios se unen tantas veces, a través de una cortina de follaje, cogiendo un nido. Cupido tiene algo de pájaro.

---

Ellas caen, y secas, abarquilladas, guiñapos tristes del traje que Flora ostentó, corren arrastradas por los primeros huracanes. ¡Fúnebre concierto el que forman las hojas barridas por la escoba del viento, las tejas goteando sobre las losas de la calle, y el turbión empujando, agitando, queriendo apagar el farol de aceite encendido ante la imagen! Ahora empiezan los sueños inquietos. La

imaginación dormida entrega su cetro, que es un rayo del sol, a las manos del remordimiento; y el que tiene en la conciencia algún peso, algún rinconcillo poco limpio, algún gatuperio social de esos que el mundo perdona, que la ley perdona, que los jueces toleran... pero que el alma llora, ven surgir ante sus ojos furiosos emblemas de lo pasado...

¡Lo pasado... que es para unos un pedestal de mármol y para otros una estatua de cieno!

---

Dejadme revolver las alforjas de lo pasado y hallar en ellas esta historia.

---

Allá, allá lejos, donde las nubes bajan al río en busca de agua, donde se levanta aquel grupo de castaños, donde el terreno, siempre vestido de hojas, se encrespa, se irrita como mar detenido por dique poderoso, y produce ondulaciones, crestas, montañas, una epopeya de granito y musgo... allí hay una casa solariega que encierra entre sus pobres muros toda la vanidad hijodalga de aquellos ilustres guerreros que tenían un potro incansable, un mandoble invencible, un galgo cazador y un escudo sin mancha. Las rentas de sus moradores son escasas. Los nobles hidalgos han venido a menos. Su sangre es siempre azul, ¡pero su bolsa sólo

encierra cobre! El doblón se ha convertido en perro grande.

---

Murió el abuelo, murió el padre... queda sólo una mujer, último descendiente de lo que pudo ser dinastía y se convirtió en parentela. Su rostro expresa la tristeza; es bella, pero bella sin encanto. Su hermosura pertenece al orden gótico. Es un rayo de luna filtrado por un transparente de la catedral de Toledo... ¡Venus entre cirios funerales!

---

Las gentes del país la llaman la señorita de Albaladejo, porque Albaladejo se nombra el oscuro rincón en que finca un caserío donde hay más palomas que seres humanos, más hormigas que granos de trigo y más tejas rotas que pesetas para componerlas. Era una hidalga de gotera; mas no creía en su hidalguía. Consultaba más veces su corazón que su escudo, y sobre las diferencias de linaje asentaba la igualdad de sentimientos.

---

Iba aquella mañana camino de la iglesia, y como estos pueblos montañeses no están agrupados en aglomeración de casas, como los bollos de la tía Javiara, en un pelotón indescriptible, sino esparcidos por el bosque, no es posible salir a la puerta

de la calle sin ver el campo. El hombre vive allí en amores con la selva. El ciudadano se complica de Fauno. En toda gruta se esconde un sátiro.

Marta Albaladejo pasó por el talud del prado embebida en sus ideas, ¡pero no pudo menos de advertir que la primavera despertaba! Las madreselvas se desperezaban, columpiándose en sus colgajos verdes. Asomaban en el tronco verrugoso de las vides los primeros trajes del hombre, que fueron abuelos del frac... ¡las hojas de parra! El álamo se tornasolaba y las arañas tendían sus hamacas entre dos ramas. El junco chupaba al arroyo y al estanque su linfa sagrada, y el vilano—esa estrella errante de pluma—flotaba en el viento y se paseaba por la atmósfera. La cigarra preludiaba su cántico, que es la música de la pereza, y en todo manojito de flores había el propósito de convertirse en ramo, y toda música de fuente en endecha de amor, y toda palpitación del aire en caricia dulce de las frentes enamoradas. Marta llegó a la iglesia pensando en que aquella mañana tenía que sufrir la más horrenda de las humillaciones y en que aquella tarde iba a gozar el más excelsa de los placeres.

A las once, después de misa, iba a ver a don Nepomuceno, el avaro del pueblo, para pedirle un préstamo con que pagar la contribución. A las tres debía llegar en un coche, que hacía el servicio entre Albaladejo y Sisante, un hombre joven y hermoso, delicado y sublime... un Apolo con título de médico, de quien ella estaba enamorada.

Para llegar a las tres había que pasar por las once.

¡Ah, si el reloj hubiese sabido hacer brincar sus agujas sobre la hora enojosa, Marta, la pobre Marta, hubiese sido completamente feliz!

---

El avaro dió el dinero y el médico llegó. Marta fué feliz veinticuatro horas... Luego el cobrador de contribuciones se llevó el dinero, y el ferrocarril se llevó al médico.

---

El médico se hizo célebre. Parece que le amputó medio cráneo a un sabio y se le puso nuevo, viniendo a resultar que luego el sabio se convirtió en ignorante. Le había arrancado el órgano de la erudición. Aquel hombre quedó incapacitado para ser académico, pero llegó a viejo. Además, el médico descubrió que el hombre se podía morir de un par de enfermedades nuevas. Esto era sublime; era hacerle dos agujeros más al puchero que encierra el licor de la vida; dar dos títulos más a la muerte e introducir agradables innovaciones en el arte de escribir epitafios... El médico se hizo popular, y Marta, escondida en su Albaladejo, cuidando sus gallinas, tejiendo sus calcetas, vivía en una santa frugalidad sensual y espiritual, de que sólo la sacaban los atracones de gloria que le producía

el lejano resplandor de aquel sol de los flebotomos. Ella le amaba, por más que él no la escribía. Ella le esperaba, aun cuando él no le había dicho que iba a volver. Marta estaba a media correspondencia con la felicidad.

---

Y pasaron muchos otoños, y el valle de Albala-dejo y los lejanos verdes picachos de Nidonegro se blanquearon de nieve, se pintaron de abigarrada floración, se llenaron de ganados de alba lana, y quedaron de nuevo tristes, solos, hechos panteón del idilio; y cuando la luna vino con luz en el primer creciente del mes de octubre, la sombra helada y rígida de aquel ciprés negro y escueto se marcó en el suelo desnudo como el mástil del falucho de la muerte encallado entre las peñas de la eternidad.

---

Marta había adelgazado mucho, se había espiritado y convertido en un ser casi transparente. Había cumplido los treinta años. Los treinta años son a la mujer lo que el mes de octubre al año. Viene la primera cana; hiela en el alma el primer filón de nieve; en la ideal y soñada canastilla de novia hace su primer nido la lechuza. Entonces es cuando Virginia sabe que Pablo ha muerto.

---

Pero, delgada y todo, esperaba siempre. Ella soñaba con que el médico, harto de gloria, iría a buscar el amor, y en que dejaría los lechos de los hospitales por el de Himeneo... Entonces supo que el médico había llegado al pueblo.

—¡Hoy ha llegado! ¡Hoy vendrá a verme!—pensaba Marta.

La coquetería despuntó bajo la tristeza como el resalvo del pino bajo la nieve... Marta se compuso; se ajustó el talle, enredó una flor de nardo en sus bucles, buscó el espejo, y en él una mirada complaciente y aduladora que la dijese: «¡Eres bonita! ¡Puedes ser amada, idolatrada, adorada con pasión, con frenesí!» El espejo estaba roto, el nardo se cayó del bucle... y las ilusiones... de su alma. El médico no vino. Dígase la verdad: ni siquiera se acordó de que existía Marta. La embriaguez de su gloria le hizo olvidarse de aquel amor de niñería, de aquella primavera en que él y Marta se perseguían entre las moreras y buscaban cangrejos en la margen del arroyo... Y se volvió a Madrid, llamado por un hombre de Estado que se moría de dimisión, un mal desconocido de la patología de entonces.

---

La señorita de Albaladejo fué haciéndose más transparente. Llegó a ser un alma y unos ojos. El cuerpo se consumió y los treinta años le quitaron toda la gracia... No pudo, con todo, ser solterona, porque el día en que iba a empezar a serlo, se mu-

rió. Su primera arruga fué la que la muerte dibuja en los párpados.

Y decía el doctor anoche, cuando la luz del día se fué y la lluvia arreció, y se quedó solo en su despacho, a obscuras y aburrido:

—¿Qué es esto que me muerde en el alma? ¿Es un remordimiento? ¡Señor, si yo no he cometido ningún crimen!

Un árbol que delante del balcón de la estancia mecía su rígida copa, soplada por el viento, soltó un puñado de hojas, y éstas, en vez de caer al suelo, parecieron animarse, tomar vida y formar un cuerpo extraño, que atravesó, sin romperlos, los cristales que tenían las ventanas del despacho del doctor, y cruzar sobre las vidrieras de los estantes en que estaba aquel rico almacenaje de monstruosidades, de cráneos absurdos, de fetos conservados en alcohol, de esqueletos y culebras...

Y el doctor quiso sonreír, burlándose de sus pueriles temores, y agitó su cabeza, como queriendo alejar toda idea enojosa; pero la sombra se enderezaba en sus pies y crecía, y el doctor escuchaba un chasqueo espantable en los esqueletos del armario, y veía las culebras disecadas correr y retorcerse en las paredes, y escuchaba a los fetos pedir la palabra y maldecir a sus autores, y las botellas de Leyden, que estaban en un rincón de la más lejana mesa, se disparaban arrojando cabelleras de chispazos, y la momia egipcia, que estaba en un armario, salía brincando de su escondite.

—¡Marta!—balbuceó el doctor—. ¡Marta! Dé-

jame... Aquello fué un absurdo... Aquel amor fué risible... Huye... no quiero que me atormentes... Tú has muerto tísica... Tú no has muerto por mí... por amarme y no ser amada de mí... Yo sé que enfermaste de un pulmón... Déjame tranquilo... Yo analicé tu aliento y sé que tu pecho estaba enfermo... Pero yo, ¿qué tengo de culpa en ello? Mi amor te hubiese curado... Esa es una receta imposible... Esto no puede ser remordimiento, porque mi culpa es leve... Se mata con una puñalada... no con un sentimiento...

---

Pero la alucinación creció, y a la mañana siguiente hallaron los criados del doctor a éste desmayado en el suelo, teniendo agarrada fuertemente entre sus brazos la momia egipcia.

*Noviembre, 1880.*

---

# LA NOVELA DE GIL SOPLETE

---

## I

### La fábula de la abundancia.

Aquella noche, bien sabéis que hacía mucho frío. El barro de las calles estaba helado. Por los cristales de los escaparates veíanse caer gotas de agua, y detrás de los mostradores, a los dependientes de las tiendas de ultramarinos, alegres y ágiles, despachando a más y mejor. Madrid andaba por las calles hambriento y glotón; pasaba con desdén junto a los escaparates de las joyerías y se detenía absorto en los de las fondas. Entre una diadema de brillantes y un plato de tembladora gelatina, se decidía por la segunda. Diríase que un hambre heroica había estremecido las entrañas de este gran pueblo. En dondequiera que se despachaba por libras la gula, veíanse ojos ansiosos que escudriñaban las enjundias doradas de las aves y el dulce entresijo de las anguilas.

Gil Soplete iba por la plaza Mayor embebecido en la deliciosa perspectiva de los inmensos montones de naranjas. Como era tan bajo, se tenía

que empinar en las puntas de los pies para alcanzar a las mesas que eran base de vistosas pirámides de turrón. En uno de los puestos, titulado «A la Pirámide de Egipto» (¿a cuál de ellas?), se detuvo entusiasmado Soplete, porque había una verdadera pirámide de Cheops de cajas de jalea. Imposible parecía que hubiese en el mundo tanta dulzura. Con su abundancia oceánica desafiaban aquellas cajas a la glotonería de la especie humana, y delante de ellas hubiese podido decir un hambriento:

—¡Desde esa altura os contemplan tres generaciones de empachos!

## II

### Dinastía de los Sopletes.

El reloj de la Tercera Casa Consistorial dió las seis. Soplete se dijo:

—¡Caramba! ¡Y me estará esperando mi madre!

¡Su madre! A esta idea, el estómago dejó de estremecerse por la gula y empezó a brincar el corazón. Tres meses llevaba sin verla. Soplete se limpió una lágrima con el dorso de la mano y echó a andar hacia el cuartel.

¿Cómo? ¿Aún no os habéis fijado en Soplete? ¿Habéis visto su rojo pantalón, su chaquetilla obscura y su gorrilla de cuartel, y no habéis comprendido que el señor de Soplete es corneta de órdenes?

Pues sí, sabedlo. Los sabios que componen esas

largas listas de nombres salvajes, que fueron dinastías druídicas, tendrán en lo por venir que darse de calabazadas para recomponer el limpio y claro linaje de los Sopletes, oriundo de la patriarcal llanura de Getafe, extendido después, merced a no se sabe qué acaecimientos, por los linderos de la pópulosa Polvoranca.

En la estirpe prolífica de los Sopletes hubo gloriosa escuadra de leñadores, de cazadores furtivos, de papelistas y revendedores de billetes, de honradísimos jornaleros, de criadas de servir y niñeras perpetuas, que pasean por el mundo su doncellez y su virtud... Un momento de esplendor sumo sobrevino para el linaje de los Sopletes, y éste fué cuando Iracundio Soplete fué nombrado maestro de escuela en el Boalo, y otro aun mayor cuando Benedicto Soplete cantó misa en el Seminario Conciliar de Cuenca.

Natural era que, después de tan altivos esplendores, la hueste de los Sopletes descendiera. No hay astro que, después de fulgurar en su apogeo, no palidezca en su perigeo. Ni Alejandro que, al otro día de un gran triunfo, no sufra el justo desmayo de una gloria, por humana, intermitente. Ni rosa que en la primera quincena de mayo florece, llegará a la segunda con sus hojas frescas. Ejemplos todos por demás profundos, que justifican el que, después de tanto esplendor, los Sopletes fuesen de capa caída; es decir, sin capa, que es la más caída de todas las capas posibles.

¡Mucho bajaron, mucho! . .

## III

**La dinastía de los Sopletes pide limosna.**

Pero no tan abajo que llegasen al peldaño del Código penal. Se quedaron en pobres, y fueron protagonistas de esa primera página de las novelas por entregas que hablan invariablemente de un personaje que «era hijo de padres pobres, pero honrados».

El padre de Gil Soplete fué cartero. Digamos, en honor de los Sopletes, que todas las cartas que él debía repartir llegaban a poder del destinatario. Elogio que parecerá, por inverosímil, hipóbole del panegirista.

Un mes de diciembre descendió el termómetro a las heladas regiones de «bajo cero». La pulmonía salió de su nido de témpanos. Se paseó por la villa; escogió sus víctimas. El cartero Soplete, aquel prodigio de actividad y celo, que llegaba al último sotabanco con la carta de amor y descendía al sótano con la esquila de funeral; aquel incomparable e ilegislable Soplete, rápido como Céfiro, esperado como Favonio y temido como Mavorte (comparaciones que me ha prestado el clásico de la esquina), falleció. María Juana, su mujer, se quedó en la miseria, con un hijo de tres meses.

¿Quién diría que aquel muñeco había de ser, a los nueve años, el heroico Gil Soplete, el corneta

de órdenes del regimiento número 99 (de Tarifa la Nueva)?

Heredó de su padre los pulmones, notable herencia. El cartero la empleaba en escalar las alturas del sotabanco, y el corneta en hacer vibrar aquella lengüeta de bronce, que era la voluntad del regimiento.

¡Ay! Pero antes de que el muñeco envuelto en mantillas llegase a ser el héroe envuelto en el rojo paño nacional, la pobre María Juana pidió limosna muchas veces.

¿Habéis pasado alguna noche del año 73 por la calle de Ciudad Rodrigo? Pues bajo una de sus bóvedas habréis visto una mujer que, teniendo un niño en brazos, os pedía limosna. Esa matrona era la desventurada María Juana.

Fué más heroica que Carlota Corday, más heroica que Agustina Zaragoza, más heroica que la doncella de Orleáns...

María Juana resistió al hambre.

#### IV

### A g a p e .

Andando, había pocas fuerzas terrestres y aéreas que sobrepujasen y vencieran a Gil Soplete. Estaba acostumbrado a seguir al noble bruto del coronel, al caballo del jefe del regimiento, en aquellas solemnes paradas, en aquellos cansados ejer-

cicios, de los cuales decía Gil Sopleto, viendo cómo se enseñaba a los soldados a marcar el paso:

—Nos están enseñando a morir a compás.

En poco más de cinco minutos llegó el corneta a la plaza de San Marcial. ¡Qué pedacillo de luna lucía en el horizonte! Era una raja de melón mal cortada, con sus dulces filamentos de rayos pendientes de la parte más aguda de la sección. El tranvía pasó a escape, lleno de gente. Gil entró en aquella taberna que hay frente al cuartel de San Gil debajo de tierra. En la sala de comidas, colocada detrás del mostrador, le aguardaba su madre, de pie, con su cara triste de viuda pobre, que se alegró con todos los esplendores de la aurora maternal al ver llegar a su hijo. Cogió al heroecillo entre sus brazos la viuda, le suspendió en el aire, le besó con furia, con ansia, con vehemencia. ¡Si alguna vez los labios se han vuelto locos, fué entonces! Se sentaron María Juana y Gil en los bancos que había clavados frente a las largas mesas, mesas de pobres, sin mantel ni comida. Allí hablaron. Gil tenía una insaciable curiosidad por saber qué cosas habían pasado en el pueblo, en Polvoranca. Preguntó por sus amigos Tónico, Facó y Andresillo; por el señor cura y por la yegua del escribano, que tantas veces había llevado a beber agua al pilón de la plaza, y, sobre todo, por la hija de don Alejandro, aquella sílfide lugareña, esbelta como una espiga, graciosa y conmovedora como el sueño de la noche de Reyes.

La madre quería que empezaran a cenar. Aque-

lla era la noche de Nochebuena: la noche del mantel limpio y de la cena abundante; la única noche en que la gula no es pecado capital.

## V

### Filosofía compatible con una digestión.

María Juana había venido desde Polvoranca a pie para unirse a su hijo. El camino, con ser tan yermo y desolado, hábale a ella parecido hermoso, lleno de vegetación pasmosa, de encantos inefables. Los gorriones, que, medio helados, piaban de hambre y frío en las zarzas, le decían a María Juana: «¡Qué hermoso día! ¡Qué dichosa está hoy la naturaleza porque hoy vas a ver a tu hijo!» Un carro de estiércol que, arrastrado por moribundo jaco, iba a las huertas del Llusio, le pareció a María Juana la carroza del triunfo. Llegó a Madrid. Ella odiaba a Madrid porque Madrid tenía preso a su hijo en aquella invisible cárcel que se llama la disciplina. Pidió permiso al sargento; fué concedido; citó a su hijo en aquel figón, donde ella había hecho preparar una libra de sardinas y un cuartillo de Cariñena. La cena fué, pues, espléndida. Agape de sentimientos, en que se devoraron más besos que manjares.

## VI

## Andando y llorando.

¿Es ya la una? Sí. Han empezado los banquetes de los poderosos. El *champagne* ha disparado cien millones de tiros, de que es bala el tapón de corcho, sobre la frugalidad, que cae en tierra vencida y extenuada.

¿Hay hambre ahora sobre el mundo cristiano? Es, entonces, que los cristianos han dejado de serlo. Porque Jesús mandó que esta noche el duro no fuese del que le tiene, sino del que le necesita.

¿Por cuánta cabeza adornada de diamantes burbujea ahora el *champagne*? ¿Cuántos labios descoloridos se tiñen de rojo por la influencia de la gula satisfecha?

Pues bien: ahora es cuando la madre de Gil Soplete sale para Polvoranca. ¡Qué frío hace! ¡Qué frío! La pobre mujer piensa en su hijo, y esta idea le produce en el corazón el calor de un horno... Se aleja... se aleja... Casas de Carabanchel Bajo, que visteis pasar a la pobre lavandera, decidnos su secreto: ¿reía o lloraba? Su pena, ¿era tan grande que no tuviese remedio?

Y vosotros, dioses marciales del cuartel de San Gil, decidnos: ¿qué le pasaba entonces a Gil Soplete?

Gil Soplete se había dormido soñando con su

madre, con la hija de don Alejandro, con su corneta de oro, con el caballo del coronel.

¡Héroe de nueve años! ¡Atomo de carre humana! ¡Qué será de ti? ¡Cuál será tu próxima Nochebuena? ¡La del amor o la del hospital!

*Julio, 1888.*

---

# MI PRIMA ANTONIA

(EPISODIO DEL AÑO 9)

---

## I

¡Noche de jolgorio! ¡Nunca te olvidaré! Hasta mi humilde personita, que aun no había cumplido los doce años, se refociló de lo lindo en el gran banquete con que mi padre, señor de Haro, Quintalapedra, Alzacantueso, Mastranzo, El Llano y otras cinco o seis villas manchegas, solemnizaba el vigésimosegundo aniversario del nacimiento de mi bella prima Antoñita.

Estuvo el salón de nuestra casa solariega resplandeciente de luces de cera, puestas en doradas cornucopias; de sillones de raso amaranto, de casacones violeta y marrón, llegados éstos sobre las ilustres espaldas de mis parientes, que habían acudido a conmemorar el fausto suceso. Poco les importaba a aquellas buenas gentes que el mariscal Agincourt anduviese con doce mil gabachos cerca de Cuenca: mi padre era de esos hombres que no se doblegan ante los hechos. ¡Llegaban los franceses al Ebro? «¡Viva Carlos IV!», gritaba. ¿Habían entrado ya en el Maestrazgo? «No importa.

¡Viva Carlos IV!» ¡Estábamos en su poder, vencidos, prisioneros, malparados, sin ejército, sin generales, sin Gobierno, sin honor casi? «¡Viva Carlos IV!» Y ¡viva! y ¡viva! ¡Ah! ¡Qué ceguedad tan patriótica la de mis egregios antepasados!

Llegado había yo a Carcabuey pocos días antes de las vacaciones de Navidad, y cuando me apeé del macho pasilargo que me traía en sus lomos y me ajusté en la rubia cabeza el bonete del Seminario, varios brazos femeninos rodearon mi cuello, estrechándome cariñosamente. Eran unos los de mi madre, otros los de mi tía Luisa y otros los torneados y hermosos de mi prima Antoñita. Lindísima estaba con su falda de alepín morado, su jubón de terciopelo negro y su cabeza llena de rizos. Aquellos ojos negros se clavaron en mí, y aquellos labios movibles y picudillos vinieron a encender mis mejillas con su roce suave.

Habéis de saber que yo, con mis doce años, mi carita de santo, mi sotana de colegial y mis zapatos adornados de clericales hebillas, estaba... ¡no os riáis!... estaba enamorado de mi prima. El padre Cantuello me regaló un día un moquete inolvidable porque, declinando el «Musa Musæ», dije «Antonia, Antonia»; y otra vez, analizando una oración primera de activa, como en vez de «Yo amo a Pedro», según mandaba la gramática de Nebrija en su enfadoso ejemplo, dijese: «Yo amo a Antonia», esto me valió una encerrona en la bóveda de la capilla.

Calculad, pues, mi gozo al sentir aquellos labios,

comparables a cerezas que se mueven, posados en mi rostro, y calculad mi alegría al verme al lado de la gentil Antoñita.

—¿Has visto franceses en el camino?—me preguntó mi padre, acariciándome con su ruda mano de labrador hijodalgo.

—«Nemine»—repuse, pues así era verdad.

—Mañana llegarán aquí, pero eso no importa. ¡Viva Carlos IV!—dijo el autor de mis días.

Llegó la noche; pasó la noche, o al menos una buena parte de ella, y resistiéndome en vano al sueño, caí por fin en sus brazos. Trataba yo con hercúleos esfuerzos de voluntad de abrir mis ojos y no podía; procesiones de chispas cruzaban ante mis pupilas; enjambres de motitas azules, verdes, tornasoladas, multicolores, ascendían y descendían en abigarrada combinación de matices ante mi retina. Al fin quedé dormido. Entre la vaguedad de mi primer sueño oí los acordes del clave en que los dedos flacos y sarmentosos de mi tía Luisa ejecutaban una gavota; oí también el monótono asonante de veinte pies que marcaban el compás arrastrándose sobre la encerada madera, y oí, por último, la voz agria de mi tía la susodicha, que cantaba aquella vieja canción del «Contrabandista» que me era tan conocida.

## II

Cuando volví a dar cuenta de mi vida, creí que aun seguía el baile; pero abrí los ojos y me hallé

en la obscuridad. ¡Bailaban a oscuras? Porque, indudablemente, yo escuchaba el ruido de los pies marcando el compás, sólo que más lejano, más profundo, más sordo... Ahora bailaban en la calle. ¡Y qué baile! Más de diez mil pies chapoteaban en el barro, y más de cinco mil parejas se movían delante de la ventana de mi alcoba. Muerto de miedo me asomé al vidrio y vi... una línea inmensa, larga, oscura, articulada, culebreante e inquieta de bultos negros... No eran bailarines: eran soldados, eran los franceses. Silenciosa era su marcha, y sólo de rato en rato se escuchaba una voz de mando o una imprecación blasfema, dicha en gabacho, para que los santos españoles no la entendieran; algún ruido de metal rozando con metal, el piafar de un caballo, el gruñido de una acémila hostigada por el soldado que regía su jáquima. Esto era todo.

Pasaron, desfilaron, siguieron pasando, siguieron desfilando, ciento, diez mil, cien mil, cuatro mil millones... toda la humanidad viva y muerta. ¡Imposible parecía que sostuviese la tierra a tantos hombres!

Por fin se acabó el desfile y vi a lo último del camino una luz roja, vagorosa y temblona. Producíanla cuatro hachas de viento sostenidas por cuatro soldados de a caballo. En medio de ellos venía un jinete de edad caduca, cuyo capotón azul ostentaba altas insignias de oro y plata en el cuello y embozos. Vi su rostro que asomaba sobre el barboquejo del sombrero apuntado, y sus bigotes

canos, gruesos, morcilludos, que acababan en punta, pendiendo de la aguileña y fina nariz, como dos ratones blancos de un gancho de carnicería.

Seguían a este jinete otros diez o doce, y todos hicieron alto en la plaza. Allí hablaron, giraron, vocearon... pero en francés, y se les dió la callada por respuesta. Además, el pueblo dormía. Carcabuey parecía una ciudad muerta. Retiréme de mi observatorio aterrado. Me introduje en el lecho, y me tapé hasta los oídos con la ropa. Allí esperé los sucesos.

### III

Sonaron tres golpes en el portón ferrado de mi casa; tres golpes de amo que viene a dar órdenes, no de peregrino que pide asilo. Nadie contestó; pero al repetirse la llamada, oí la voz de mi padre que, asomándose al balcón, decía:

—¡Fuera los franceses! ¡Viva Carlos IV!

Respondiéronle abajo cinco o seis carcajadas, y la puerta retembló bajo los golpes certeros de culatas por puños de titanes descargados. Cedió la puerta, y mil ruidos llenaron instantáneamente los amplios pasillos de la planta baja.

—¡Mi hijo, mi Andresillo, mi Andrés!—gritó mi madre allá a lo último de la escalera.

Y una sombra blanca vino volando casi hasta mí. Abrazóme con ternura, besó mi frente con amor, llamóme hijo, prenda suya, pichón de su alma, florecilla querida y otras mil delicadas palabreas. ¡Qué bueno es tener madre, madre mía!

—¡Se van a llevar a tu padre!—me dijo la buena señora, envolviéndose en una manta—. Han entrado en el cuarto de Antoñita.

—¡Ah, pillos franceses! ¿Conque os habéis atrevido a profanar ese santuario? ¿Conque no respetáis ni siquiera a mi prima?

Nada respetaron los franceses, y mi padre, mi madre, mi tía, mis diez tíos, con sus caras desnudas, sus nobles coletos despeinados, sus respetables personas desnudas, sus ilustres pies descalzos y sus venerables brazos atados codo con codo, fueron entrando en un siniestro carretón tirado por bueyes, donde debían transportarlos a Cuenca.

¿Y yo?

Yo pasé inadvertido. Un señor coronel me cogió en brazos, y llamándome *monsieur le chanoine*, me obligó a fumar una pipa horrible, que con su humo acre hacía a mis pobres ojos arrasarse en lágrimas. Después, el mismo señor coronel me dejó en el suelo, y yo me encontré solo en la estancia. Alceme con resolución, salí al portal, y como viera que a lo último del camino revolvían ya el ángulo de la carretera dos carruajes, eché a correr hacia allí.

Tiraban de ellos recias mulas, que, aun cuando fatigadas, llevábanlos con mucha presteza, levantando nubes de polvo, que el sol, apenas nacido, tornaba en lluvia de oro. Pero más corrí yo que las mulas. Yo no quería quedarme en Carcabuey. ¿Qué iba yo a hacer en Carcabuey solo? ¿Qué podía yo aguardar en aquel pueblo donde no estaban ni mi madre ni mi Antoñita? ¡Adelante!—

pensé—, y puse a los pies en acción con una celebridad vertiginosa.

Llegué al último carruaje, y vi en aquel momento que la ventanilla se abrió con fuerza y que una mano de hombre movía un pañuelo. Acerquéme más, y vi... ¡vi a mi prima, señores, a Antoñita desmayada! A su lado iba, casi de pie y encorvado, por no permitir otra cosa lo estrecho del quebrantahuesos, el señor coronel que me había obligado a fumar y que me llamó *monsieur le chanoine*, quien agitaba un pañuelo, sin duda para hacer aire que aspirase mi pobrecita prima.

Quise gritar, quise subir al coche, quise matar al coronel, al mayoral, a las mulas, destrozarse el carruaje, a mis padres, a mis tíos, a mis criados. Destrozadas sus ropas, cadavéricos sus semblantes, más parecían estatuas del dolor que seres humanos. ¿Y Antoñita? Nadie me dijo una palabra de aquellos ojos negros, ni de aquellos labios comparables a cerezas que se mueven; nadie me habló más de la encantadora muchacha, que excusaba toda respuesta categórica, y mi ansiedad, mis temores de algún mal horrible que podría haberle acaecido tomaron forma de dolencia crónica.

Aun no sé lo que pasó a mi adorada prima. Mas os diré que odio a muerte a todos los coroneles franceses.

*Noviembre, 1877.*

## EL VALS DE CALIXTO

---

Calixto era un viejo, auxiliar en la Biblioteca del arcaico lugarón de Muriedro. La edad le había quitado la esbeltez y la gracia que dicen que tuvo. Era delgado, con un rostro cetrino comparable a una máscara de bronce moldeada sobre las facciones del dolor. Ahora está en la sección de infolios y pergaminos arrugados, puesto siempre delante de un facistol movable, en el que se renuevan grandes pedazos de rugoso cuero amarillo llenos de letras rojas que parecen heridas abiertas en la historia, por las cuales sangran aún los héroes muertos de que en ellas se habla. Calixto traduce al castellano aquellos cronicones antiguos donde se elogian las más brutales carnicerías y se ensalza a los más crueles carniceros. Calixto es un sabio de esos que sólo saben lo que pasó, y para quienes es el porvenir, algo brumoso y desconocido, una batalla de nubes sobre un abismo.

---

Cuando yo fui a verle, el sol se ponía y era una tarde de octubre. Caía lentamente la luz, volvien-

do naranjados los vidrios amarillos de los transparentes. El viento sonaba retorciéndose en la calleja inmediata. Calixto, envuelto en el postrero rayo de sol, tenía no sé qué extraña fisonomía de íntimo júbilo.

—¡Ah!—me dijo—. Hoy he vuelto a recordar aquellas notas... Un vals. Debe de ser el primero que se ha escrito... Es una carcajada que acaba en llanto... Nunca te he contado esta historia... Es la del único día alegre de mi vida, y el más horrible de ella al mismo tiempo... El amor se asomó a mi alma y echó en ella una lluvia de jazmines que me perfumaron... y murieron. La ilusión me prometió en un solo instante una dicha eterna... La ilusión es la hermana menor del desengaño. Ella nos enamora, nos sonríe, nos da una cita en su reja, y cuando hemos acudido, llega el hermano... y nos mata.

---

Leocadia—continuó Calixto—era prima mía. Yo he sido primo de la hermosura. Sus ojos chispeaban con lumbre de amor, y su nariz recta tenía dos alillas trémulas, y en medio de la mejilla siniestra un lunar negro que parecía, sobre la blancura del cutis, una mata de juncos en un campo nevado.

---

—¡Horas dichosas las pasadas en el destartalado salón de la casa solariega de mi tío! Yo adora-

ba a Leocadia, y al verla vestida de blanco con las trenzas negras mal atadas rozando el cuello y el talle, tan endeble como una columnilla de marfil, me parecía una de aquellas princesas de mis libros viejos que, saliendo al mundo de la realidad de detrás de la más elocuente página, resumía en el breve cielo de sus ojos los premios prometidos a los vencedores de cien combates. Yo perdí el aplomo, la calma, el sosiego. Me encontraba tan feo, tan pobre, tan ruin, tan ridículo, que llegar a alcanzarla lo tenía por un sueño; que me amase, absurdo, y que yo la olvidase, imposible.

---

Ella tocaba el «fortepiano»; sus manos corrían semialadas sobre las teclas. Combinábanse la celeridad de sus dedos blancos y el concento de la música. Era un relámpago de blancura sobre una carcajada de armonía.

---

Y estar allí, cerca de ella, sentado junto al piano, viendo moverse sus ojos, estudiando las inflexiones que tomaba la curva de su garganta al levantarse el rostro y alentar el seno; y no obtener de aquella mujer ni una mirada, ni conmover un instante la fría, la helada impassibilidad de su espíritu... era un paraíso complicado de infierno, una caricia y una puñalada.

---

Leocadia no podía amarme. ¿Pero amaba a otro? Esta pregunta me mataba. ¿Cómo resolverla? Espié de noche sus balcones, esperando ver pendiente de ellos una escala de seda y oscilando sobre el empedrado la capa del amante abandonada en el ba-laustre. Rondé la verja del jardín y crispé mis puños más de una vez, imaginando que los arbustos negros eran hombres. Yo veía en toda la sombra un rival.

---

Una tarde me esperaba Leocadia; me dejó estrechar su mano; yo me estremecí de dicha.

—¡Pobre mío!—exclamó ella.

—¿Por qué dices eso?

—Tú me quieres bien. Tú lo sentirás.

Y una lágrima escurrió de sus pestañas largas y sedosas. Después sus manos pulsaron el teclado, y oí este vals, que he vuelto a recordar hoy al cabo de veinte años. Es una música endiablada de enamorados que se persiguen, de silfos que corren tras mariposas, de geniecillos y hadas jugando al escondite en los cálices de un bosque de azucenas. Ella le ejecutaba mirándome como se mira a un niño antes de darle un pequeño disgusto... A la noche me marché.

---

Pero volví a espiar las verjas del jardín... y entonces vi una cosa horrible. Vi un embozado que salía llevándose del brazo a Leocadia. La sombra

les envolvía; pero no tanto que dejara yo de apercibirme de que al traspasar las lindes del huerto sus bocas se unían en un beso... No fui dueño de mí. Corrí tras ellos. Mi mano se armó de un cuchillo... Herí a ciegas, con fuerza, brutalmente. Una ola de sangre salpicó mi rostro y quedé sin vista. Caí al suelo, y me pareció que por el balcón salía ruido de música, que Leocadia estaba de nuevo sentada al piano y que este maldito vals sonaba, burlando mi furia, porque yo había matado a su amante y había hecho inmortal su amor, poniendo entre dos almas una tumba.

*Abril, 1882.*

FIN

# INDICE

---

	<u>Páginas.</u>
Itinerario para andar por estas páginas .....	5
Eladía (retazos de un cuento) .....	11
El nido de un drama (apuntes para una novela) .....	75
Angeles y brujas .....	108
El padre Siset (cuento de la guerra) .....	124
Fábula naturalista .....	138
Venturiela .....	151
El sueño de una noche de octubre .....	161
La novela de Gil Soplete .....	170
Mi prima Antonia (episodio del año 9) .....	179
El vals de Calixto .....	186

---

6244









UNIVERSITY OF MICHIGAN



3 9015 06293 1277



